


TAYLOR INSTITUTION
DOMI NUS ILLU
MINA TIO MEA

LA
POESÍA LÍRICA
EN CUBA.

LA

POESÍA LÍRICA

EN CUBA

(APUNTES PARA UN LIBRO DE BIOGRAFÍA Y DE CRÍTICA.)

POR

D. EMILIO MARTIN GONZALEZ DEL VALLE,

Catedrático que fué en la Universidad de la Habana

SEGUNDA EDICIÓN CORREGIDA Y AUMENTADA

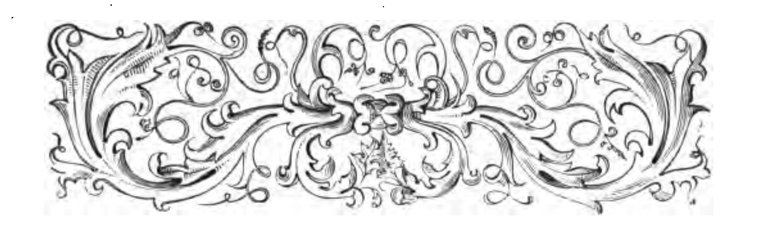


BARCELONA

TIPO-LIT. DE CELESTINO VERDAGUER

CALLES DE LLULL Y CERDEÑA, (ENSANCHE)

1884



INTRODUCCIÓN.

The properstudy of mauk ind is Mau.

POPE.

TROPEZÓSE el autor de estos apuntes con una obrilla lujosamente impresa en París, y de no escaso mérito literario. Su autor, que fué su amigo en tiempos mejores, se despacha á su gusto dando golpes de bombo y platillos en loor de los poetas americanos; y tanto de ellos habla, y tan retebién los aplaude, que casi, casi, habíase formado, leyendo tantas alabanzas, un concepto sobradamente exagerado de la poesía lírica de estos pueblos.

Conocía, por aquel entónces, la silva á la *Zona tórrida*, de Bello, los versos de la Avellaneda, y uno que otro pasaje de Olmedo; pero ignoraba, é ingenuamente lo confiesa, que hubiese, por estos mundos de Dios, poetas tan esclarecidos y tan



excelentes literatos, que pudieran rayar á la altura de los nacidos en la madre patria.

Vergüenza, y muy sobrada, es la que siente al recordar ahora este delito de lesa literatura, que, ó mucho se engaña, ó como tal debe reputar la ignorancia en que se encontraba. Pero quiso la suerte, y de ello se goza, que en sus manos cayera la obra de su amigo, esparciendo nueva luz sobre asunto tan oscuro, y avivando su deseo de conocer y estudiar joyas literarias de tan subido precio. Registró bibliotecas, recorrió librerías, habló á todo el mundo de esa literatura tan poco conocida, y, aconsejado por unos, auxiliado por otros, tomando apuntamientos aquí y allá, escribió el presente libro, que, á falta de otro mérito, puede presentar cuando menos, el de la novedad.

No pretende el autor de estos «Apuntes» dar á la imprenta obra de subido precio y docta erudición, y esto viene en justificación de su título, por demás eximio. Los obstáculos con que ha tenido que luchar fueron grandes é insuperables; sólo su constancia, firme siempre, y las cariñosas frases que le dirigían, deseosos de alentarle en tal empresa, distinguidos amigos, á quienes, como deuda de amistad y consideración, dedicaría la presente obra, sino fuera tan pobre y menguada, para expresar afecto y agradecimiento tan altos, hicieron que olvidando lo fatigoso del trabajo, y la recompensa que habría de recibir de muchos, diese término y remate á estos «Apuntes».

Y... ¿para qué negarlo?... El deseo de contribuir al mayor explendor de la literatura patria, siquiera fuese con pequeño óbolo, contribuyó también muy poderosamente á la publicación de este libro.

Pocos y de escaso mérito son los estudios críticos que versan sobre asunto tan difícil; casi todos nacidos en estrecha

amistad, encierran más alabanzas que vituperios, y mejor que estudios sinceros y formales, pueden considerarse como meras demostraciones, ya que no de una *claque* vergonzosa, de liviano y tornadizo ánimo, que se complace en aplaudir las obras de compatriotas y amigos (1). A este apologético género pertenece *Cuba poética*, colección de versos que vió luz pública en la Habana, allá por los años de 1861. No quiere el autor de estos «Apuntes» ocuparse detenidamente en ella, ni tampoco ha de hacer aquí particular mención de las *Joyas del Parnaso cubano,* (1855), ni mucho menos de una lucubración indigesta, en la que, á vuelta de mil afeites retóricos, y mil exageraciones de una crítica necia y sin sentido, viene á demostrarnos su autor, el poco estudio que de la literatura americana había hecho (2).

---

(1) «Usted sabe perfectamente que la exageración entra por mucho en nuestro carácter, y que en la mayor parte de las apreciaciones crítico-literarias publicadas en nuestro país, sobre escritores cubanos, raras, muy raras veces ha presidido una crítica justa, serena é imparcial.»

Carta de D. Francisco Sellen al autor.—New-York Agosto 18 de 1875.

(2) Lástima que no exista una historia de la literatura de la América española, ni aún una colección medianamente hecha de poetas americanos. Tengo entendido que se han publicado algunas compilaciones particulares como el *Parnaso venezolano,* etc.; pero apenas han circulado en Europa.

El tomo de poesías de la América meridional, impreso por Brockaus, en Leipzig, carece de mérito y de criterio, encerrando piezas detestables, que es imposible pasar por buenas en América, ni en parte alguna del mundo civilizado.»

Menendez Pelayo.—Horacio en España.—Pág. 389.

Con tan escasísimos elementos, y con numerosas dificultades que vencer para reunir las rimas de los poetas cubanos que con más acierto é inspiración cantaron, sólo una voluntad de hierro, una inteligencia poderosa, podría dar cima y cumplida terminación á obra de brillante mérito. Ni por sus años, que son pocos por fortuna, ni por sus conocimientos literarios, bien escasos y menguados, por cierto, podría presentar al que leyere un acabado y correcto estudio acerca de la poesía lírica en esta isla; trabajo que abrazaría una porción de cuestiones de interés latente, pero de peligroso y difícil desempeño. Muchos de los poetas cubanos cobijados bajo una bandera contraria á la de la patria, se encuentran hoy en suelo extraño, envueltos en la miseria, llorando la ruina y desolación de su país. No cumple á su propósito, ni se ajusta á las miras particulares del autor de estos « Apuntes », hacer aquí consideraciones más ó menos atinadas sobre la desastrosa guerra que asola los campos de Cuba. Como leal y caballero deplora de todas veras los males de la patria, con tanto más motivo, por cuanto ha nacido en la infortunada Perla de las Antillas. Patriota ante todo, sólo quiere el bien de la patria, y, consecuente con éste, y encontrándole estrechamente ligado al de España, no quiere ver á Cuba separada de la madre que le dió el ser, legándole, á un tiempo mismo, su literatura admirable y su historia portentosa, donde tan grandes ejemplos de caballerosidad y de nobleza tiene que imitar. Pudiera, sin embargo, si consideraciones de otra índole más alta no se lo vedaran, retratar, en estas páginas, el estado social y político de la Isla, su deplorable y ruinosa administración, sus defectuosos aranceles, tan contrarios á sus intereses como á los generales de la nación, y deducir de aquí con inflexible lógica aquellas consecuencias inevitables,

que pondrian de manifiesto lo que toca hacer al Gobierno de la Metrópoli por acallar los ánimos y acudir al remedio de tantas necesidades que aquí se sienten; pero tomando por más trillada senda, deja tan espinosa labor para otros, y ofrece á quién leyere, otra más grata y de mejor acomodamiento (1). Atendiendo á tan poderosas razones, ha de pasar en silencio algunas obras de los ingenios cubanos. Ageno á la política palpitante, y ganoso de hacer bien á su país, sólo trata de presentar en este libro algunas poesías líricas que, nacidas del calor de los trópicos, sirvan de noble y legítimo orgullo á nuestros hermanos de allende, y de estudio, consideración y respeto á los que aquí se dedican á la espinosa carrera de las letras.

¿Tiene la isla de cuba literatura propia, como se ha pretendido asegurar? Cuestión es esta de resolución muy fácil. Cuba, como parte integrante de la nacionalidad española, tiene que seguir precisamente la marcha progresiva de ese pueblo (2).

(1) Empero, debemos declarar y declaramos que no estamos de acuerdo con la opinión del diputado Santos Guzmán, cuando pedía á las Córtes del Reino, que las provincias ultramarinas se rigieran por las mismas leyes que las otras que constituyen la nación española. Este es un error que nos llevaría indefectiblemente á grandes males. La verdadera igualdad consiste en tratar de un modo desigual las cuestiones desiguales,—ha dicho con gran oportunidad nuestro compañero Sr. Armas, con quién nos hallamos conformes en el asunto que aquí se menciona.

(2) Las literaturas no se improvisan; son el resultado laboriosísimo, para el que han de acudir muchos y muy diversos elementos. La lengua es el claro é inefable reflejo del carácter de un pueblo, la expresión fija de su personalidad, y por eso he considerado siempre como un axioma el decir que los pueblos que no se han creado un lenguaje,

Pero ampliemos la pregunta.

La América latina ¿tiene una literatura que la sea peculiar? Sus literatos ¿son originales? Lo único que pudiera darle un carácter *sui generis* sería el asunto. Si nuestros poetas y novelistas se ocuparan en la descripción de las infinitas bellezas que encierra nuestro suelo, el asunto sería americano, y considerada nuestra literatura bajo este punto de vista, sería original.

Si tratáramos de la forma, si ha de ser objeto de nuestras especulaciones el arte, pueblos nacidos ayer, sin tradiciones propias, encontrándonos en los balbucéos de la vida, tenemos que aprovecharnos de los conocimientos de otros pueblos, que estudiar la civilización de otros países, y seguir la vida evolutiva de la humanidad. Por eso es original Andrés Bello cuando canta las maravillas de la *Zona tórrida;* por eso Heredia, contemplando el Niágara, es original en cuanto al asunto, pues, como ya hemos dicho, y, como de seguida puede notarse, la inspiración de uno y otro se asemeja á la de Rioja y Quintana. —Y ya que tratamos esta cuestión, pasemos ahora á las derivaciones que de ella surgen.

En Cuba, merced á ese carácter complaciente y fácil de sus hijos, siempre que alguno de estos ha sobresalido en el estudio de las letras, sin acordarse de notar sus defectos, baten palmas en loor de su talento, sobradamente exagerado por la amistad y el compañerismo. Y he aquí porque vemos elevar la figura de Plácido á tan grande altura; pues si bien es cierto que posee

---

que han tenido que tomarlo prestado, nunca pueden llegar á tener una literatura verdaderamente original.

Enrique Piñeyro.—Revista de la Habana, dirigida por el malogrado Zenea.—1862.

éste una imaginación lozana y gran facilidad y sencillez, quizás excesivas para versificar, no es menos verdad tampoco que carece de erudición y sentido filosófico, y que sus versos, siendo dulces y galanos, rayan en el prosismo en ocasión frecuente. Nadie mejor que Gabriel de la Concepción Valdés conocía la índole propia de su carácter poético, en el exactísimo epígrafe que á la primera edición de sus rimas puso:

«Flores son de un ingenio sin cultura
cual las que dan los campos de mi patria,
ricas de olor, de tintas y hermosura.»

Aquí se vé á Plácido tal como fué, « como un inculto guajiro, de imaginación más fecunda que otros, de más instinto de forma y delicado gusto.»

¿Y Fornáris, uno de los poetas más populares en Cuba? Si hubiéramos de señalar ahora la analogía y semejanza que entre sí guardan sus obras, la imitación que prontamente se descubre en todas ellas y el apego que manifiesta este autor al célebre Zorrilla, demostraríamos, hasta la evidencia, que no es otra cosa más que un versificador mediano, con ribetes de incorrecto, que, á lo sumo, presenta tal cual atisbo de belleza en sus versos, muy encubierto y oculto entre lugares comunes y frases por demás prosaicas, desprovistas de buen gusto y de arte. Él, como algún otro, compatriota suyo, ha tratado de crear una poesía especial, característica al pueblo cubano; y sacando á colación tiempos pasados, de los cuales conócese muy poco con certeza, trae á la memoria leyendas extravagantes que ni

por su índole, ni por el fin á que responden, han podido aclimatarse en la Perla de las Antillas (1).

Estos lunares de imitación que hemos señalado en Plácido y Fornáris, se hacen extensivos á todos los demás. Milanés, que es indudablemente uno de los poetas más floridos, alambica el pensamiento, decae en la dicción, é incurre en prosaísmos imperdonables en el cantor de *La Madrugada*. Mendive, más atildado y correcto que ningún otro, carece de fuego y virilidad, menospreciando en ocasiones, por fortuna bien pocas, las reglas de la métrica. Y ya que dijimos esto, hemos de apuntar algo sobre el romanticismo, tal como se entiende en nuestra patria.

No pretendemos defender el clasicismo; somos hijos de nuestra época y no abjuramos de nuestro siglo. «Queremos libertad en literatura, como en las artes, como en la industria, como en el comercio... Hé aquí la divisa de nuestra época, hé aquí la nuestra; he aquí la medida con que mediremos; en nuestros juicios críticos preguntaremos: ¿Nos enseñas algo? ¿nos eres la expresión del progreso humano? ¿nos eres útil?—Pues eres bueno.» (2).

Somos clásicos, á semejanza de Horacio y de Boileau, de Moliere y de Moratín; somos románticos al estilo de Calderón

(1) «Creemos que no habrá quién juzgue como espontaneidad, ni como documentos que pueden significarse como cubanos, los *Cantos del Ciboney* de Fornáris, que tanto daño han causado á la buena literatura... y que son las rosas más exóticas que producir podría la floresta cubana.»

Revista de la Habana. Artículo de J. de G. G. García.—1857.—Citado por Lopez Prieto en la introducción á su Parnaso.

(2) *Larra.* V. *Obras de Fígaro.*

y de Shakspeare, de Byron y de Lope; todo lo que pueda conducir la poesía á la realización de su fin, á la expresión artística del pensamiento, á la belleza; y no creemos ni concedemos tampoco autoridad en materia literaria á ninguna escuela determinada, porque pensamos con Boileau, que sólo el género fastidioso es el malo, y que á los demás no se les puede condenar en absoluto; pero lejos de profesar estas doctrinas, los hombres de letras en Cuba, encerrándose en estrecho círculo, salidos de la esclavitud, corren tras el libertinaje, dejando las sujeciones á las reglas de los clásicos, hacen del romanticismo una anarquía, lanzándose en abierta y desesperada lucha contra la lógica y la sindéresis, sin ver que, como advierte un distinguido escritor, por esos medios sólo puede llegarse al *Ilomunculus* de Wagner.

Románticos son los versos de Espronceda, y, sin embargo, poco se ha escrito en nuestra lengua tan correcto y bello como la introducción de *El Diablo Mundo*.

* * *

La historia de la poesía lírica en Cuba no se remonta á tiempos muy lejanos; tenemos que buscarla á últimos del siglo pasado; pues si existieron poetas antes, conócese bien poco de ellos (1), y lo conocido es de mérito escaso.

---

(1) D. Félix Veranés, buen orador sagrado, publicó algunas letrillas al estilo de Cadalso (1805), bajo el anagrama de *Luís Fanerexe* (*Papel Periódico*). El P. Fr. José Rodriguez Veres, primer dramático

Rubalcaba y Zequeira son los coriféos de esta literatura. Ellos le imprimieron un carácter especial de sabor clásico puro, elevándola á un rango que hasta entónces no habia tenido; sígueles en tiempo, sobrepujándoles en mérito artístico José María Heredia, glorioso timbre del suelo que le vió nacer. De génio arrebatado, de inspiración robusta, canta la tempestad de un modo brillante, y henchido de entusiasmo pide, como Espronceda:

« Un caballo, un caballo y campo abierto.»

Después del cantor del Niágara, se nos presentan Delmonte y Velez (*Plácido*) é Iturrondo (*Delio*), la Avellaneda y Orgáz; y en época más posterior y ya casi en nuestros dias, Zambrana, Joaquín Luáces, Tolón, Luisa Montes de Oca, Palma, Milanés, Mendive y Fornáris, acompañados de Zenea, Guerrero,

---

cubano, que compuso algunos epígramas, dedicándose á este género, en el cual rayó á buena altura en el retruécano.

Otros poetas *menores* cita en su obra el Sr. Lopez Prieto, pero todos de mérito escaso. De ellos no hemos de hacer relación, pues no nos proponemos historiar los comienzos de la lírica en Cuba. Este libro no es una Historia: se forma de breves apuntes de crítica ligera. Por otra parte; ¿qué dicen los versos que copia el Sr. Lopez Prieto? Nada que venga á nuestro propósito, ya que, á la postre, solo prueban la pobreza de nuestra lírica en la época á que nos referimos. Bien se están en la obra del Sr. Prieto, que á nosotros nos basta hacer las indicaciones de la presente nota. En una historia cabe el menor detalle, para estudiar la evolución progresiva de las ideas estéticas de un país. En una colección de biografías críticas, un rasgo saliente, una frase afortunada, pueden é importan á veces más que esas menudencias.

Sellen y otros, que forman el complemento de nuestra literatura.

Hecha esta breve reseña histórica, parecia justo apuntar aquí los caractéres especiales de la poesía lírica en Cuba. Pretender como dijimos antes, el sello de originalidad con que se distingue la literatura de todos los países, es imposible. Si examinamos á Zequeira y Rubalcaba, notaremos de seguida sus aficiones clásicas, reminiscencias acaso de la escuela de los Argensolas; Heredia, por el contrario, imita más bien á los poetas ingleses, haciendo de sus cantos un gemido perenne, que sólo logra olvidar en sus magníficas descripciones. *Plácido* siguió las huellas de Martinez de la Rosa, descubriéndose en los versos posteriores á él la influencia del autor de los *Miserables* y del poeta de *Granada*.

Pero nos equivocamos.

En la isla de Cuba existe una poesía original, una poesía que le es característica y peculiar; brillante en ocasiones, débil y vulgar en otras, suena siempre en nuestro oído, como el susurro de las palmas. Nos referimos á las *guarachas*, y á los cantos de los guajiros. En ellos se ve claramente la facilidad que tienen los hijos de este suelo para la versificación. Penas, lágrimas y amoríos, luchas del corazón, todo, todo lo que de noble y santo encierra nuestro sér, es objeto de estos sencillos cantos, ora tristes, ora alegres, soñadores siempre y siempre melancólicos.

*
* *

Dar á conocer los poetas cubanos más notables; presentar á grandes rasgos las bellezas y defectos de sus obras, estudiando

las vicisitudes porque atravesaron en esta vida, para prefijar la índole de sus versos y el fin á que propenden; tales fueron nuestros propósitos y tales los motivos que animaron nuestra pluma.

Si no salimos airosos en nuestra empresa, á otros toca juzgarnos. Obramos con conciencia, y con ella, y sin dejarnos llevar de ningún sentimiento de rencor, que no abrigamos, pues lejos de eso, miramos siempre con atenta y cariñosa solicitud cuanto se refiere al engrandecimiento de nuestra patria, hemos seguido el curso de estos *Apuntes*, valiéndonos, como con repetición hemos dicho, de los datos, consejos y aclaraciones que tuvieron la bondad de concedernos amigos muy queridos.

Jóvenes somos y por lo tanto, nuestros juicios críticos deben carecer de la profundidad y del acierto que son menester á esta clase de trabajos; pero... ¿por qué callarlo?... Creemos que nuestra obra, incorrecta y falta de erudición y sólida base, es más aceptable y completa que cuantas se publicaron en Cuba sobre este mismo asunto.

Podemos decir á este propósito, parodiando una frase de Chateaubriand:

« Las bellezas de esta obra se componen de los defectos de otras anteriores.»

Habana, 1874.





MANUEL DE ZEQUEIRA Y ARANGO [1]

> «..... tú, que el primero,
> desdichado Zequeira, indico lauro
> á tu frente ceñiste..... »

Con propósito firme de ser fieles guardadores de la verdad, tomamos la pluma para trazar á la ligera la biografía de un poeta de gabinete; y á fe que nos duele y sentimos pena de ello, pues á pesar de lo atrasadísimo de la época en que floreció, y de las consideraciones á que esto se presta, cumpliendo religiosamente nuestro intento, hemos de censurar algunas obras de Zequeira, aplaudiendo, empero, su beneficiosa influencia en las letras de Cuba. Casi nos sucede lo mismo, tratando de este poeta y de Rubalcaba, que á cierto distin-

---

(1) Zequeira usaba de la Z en lugar de la S en su apellido, como una parte de los individuos de su familia; pero hoy dia, no sabemos por qué razón prevalece el de la S en la rama que conserva el título de conde de Lagunillas.

guido literato que deseaba levantar una estátua al erudito Feijóo y quemar sus obras alrededor de ella.

Nació Manuel de Zequeira y Arango en la Habana, en 28 de Agosto del año de gracia de 1774, y á muy corta edad ingresó de cadete en el regimiento de infantería de Soria, y pasando por diferentes grados, hasta el empleo de coronel, sirvió cuarenta y seis años, desplegando en este tiempo conocimientos poco comunes, que le hubieran llevado á ocupar los más elevados puestos de la milicia, si el trastorno de sus facultades mentales no atajara sus pasos en tan gloriosa carrera. Destinado *pro natura* al cultivo de las letras, y aficionado de suyo al ejército y á las armas, demostró una vez más que no es incompatible la pluma del escritor con la espada del guerrero, y así le vemos pasar en 1793 á Santo Domingo en la expedición que fué al socorro del cuartel de Cahobas; encontrarse en la acción del río La-Matrie, y en lucha desigual y desaforada contienda vencer á sus enemigos, que, en crecido número, huían abandonando dos piezas de artillería.

Pero no debemos detenernos por más tiempo en la carrera militar de Zequeira; que otro es el fin á que propenden estos *Apuntes*.

De toda voluntad dijimos al comienzo que Zequeira era un poeta de gabinete, hombre estudioso, de libros, no de inspirado y valeroso estro.

Y tanto es así, que, por reverencia solo hemos de decir algo, muy poco acerca de sus obras, haciendo otro tanto con las de Rubalcaba, pues uno y otro no son más que un débil reflejo de nuestros poetas clásicos, y en sus versos, si bien hay bellezas, no dejan de abundar, pese á sus admiradores, que ambos los tienen, defectos de muy dificultosa absolución.

Oigámosle, sino, en su canto épico intitulado: *Batalla naval de Cortés en la Laguna.*

Iban delante veinte mil flecheros

De miradas ardientes y sutiles;
Detrás llevaban los carcaxes fieros,
Y delante bordados escampiles:
Amarillos y rojos los plumeros
Adornaban sus frentes varoniles;
Embrazan arcos, y, por más decoro,
Pisan la arena con sandalia de oro.

La pintura que hace del monstruoso fantasma ó máquina sorprendente, aunque nos hace recordar á Camoens, no puede ser más propia y terrible:

En su mano siniestra relucía
De una sierpe infernal la ardiente escama,
Y en la membruda diestra sostenía
La triple fecha con que Marte brama;
Dos torrentes sulfúreos despedía
En vez de aliento, que el ambiente inflama;
Y antes de abrir sus labios criminales
Sonaron las trompetas infernales.

Pero si el personaje imaginativo está presentado con tanta maestría, no sucede así con el héroe de la acción. La descripción de la batalla es minuciosa y peca de prolija, aunque no deja de presentar interés y belleza, apareciendo perfectamente todos los personajes, y siendo excelente el retrato de Pedro de Barba, muerto « por el terrible impulso de una flecha »:

Tendido estaba el ínclito guerrero,
De sangre y de sudor humedecido;
El escudo abollado, y el acero
De la heroica diestra desprendido;
Sin donaire marcial sobre el sombrero,
De purpúreo color también teñido,

Reclinaba el semblante formidable,
Que era, aún después de muerto, respetable.

Y ya que dijimos al comenzar que encontrábamos versos prosaicos y cojos, ripios y otros defectos, vamos á copiar algunos, para que por sí se convenza el que leyere:

« Qué numen — dijo — contra mis decretos. »
« Sudó culebras y lloraba furias. »
« Chocan las armas de los combatientes. »
« Un vómito encendido de Vulcano. »
« Por otra parte la caballería. »
« Para imponer silencio abre la boca. »
« Vomitando mil mónstruos y animales, » etc.

También cantó Zequeira *La Nave de vapor*, *El Primer sitio de Zaragoza* y *El Dos de Mayo*; pero nos parece tan inferior en estas composiciones, especialmente en la última, si la comparamos con la elegía de Gallego, que de todo intento no queremos citar nada; no siguiendo igual conducta con el soneto titulado *La Ilusión*, soneto que algunos atribuyen á Rubalcaba, pero que nosotros, de conformidad con la opinión de literatos de reconocido mérito en Cuba, y comparando el carácter, profundidad y valentía de este soberbio rasgo con el génio de uno y otro poeta, creemos sinceramente que es obra de Zequeira:

Soñé que la fortuna en lo eminente
Del más brillante trono me ofrecía
El imperio del orbe y que ceñía
Con diadema inmortal mi augusta frente.
Soñé que hasta el ocaso desde Oriente
Mi formidable nombre discurría,
Y que del Septentrión al Mediodía
Mi poder se adoraba humildemente.

De triunfantes despojos revestido,
Soñé que de mi carro rubicundo
Tiraba César con Pompeyo uncido.
Despertóme el estruendo furibundo;
Solté la risa, y dije en mi sentido:
« ¡ Así pasan las glorias de este mundo ! »

Tal fué el primer poeta de Cuba.

Hombre instruído, ardiente y arrebatado, parece ser la personificación de la poesía en este suelo. Formó parte de la Real Sociedad Económica y amigo cariñoso y leal del no menos distinguido cubano Tomás Romay, dirigió con él *El Papel Periódico*, trabajando con ardimiento por alcanzar días mejores para su patria.

A su muerte, en 1846, se leyeron versos y artículos sobre su tumba. ¡ Débil y pobre homenaje alcanzado por el talento y la virtud !

Con ocasión de haber publicado un periódico de New-York este artículo, hace ya bastantes años, anunciando la próxima aparición de la primera edición del presente libro, el distinguido literato Sr. Lopez Prieto, tuvo la bondad de citarlo en dos pasajes de su obra, y al referirse á lo que decimos de Zequeira, se expresa del siguiente modo: « El 12 de Mayo de 1877, publicó en *Las Novedades*, periódico español de New-York, el Sr. D. Emilio Martín Gonzalez del Valle, un artículo titulado: *Un poeta cubano, — Manuel de Zequeira y Arango*, que nos dijo ser parte de un libro que se estaba imprimiendo en París. *La Poesía lírica en Cuba*, — libro que no hemos podido todavía proporcionarnos, no obstante nuestra solicitud para ello. El Sr. Gonzalez del Valle juzga á Zequeira *poeta*

de gabinete, hombre estudioso, de libros, no de inspirado y valeroso estro. — Sentimos no estar conformes con el juicio de dicho poeta y literato distinguido, que nos parece contestado con el siguiente: «Rubalcaba y Zequeira anuncian con inmejorables auspicios la musa cubana. Depositarios de gloriosísimas tradiciones; almas enteras y generosas, solidarias del sentimiento de su raza, sus inspiraciones brotan espontáneas de los purísimos manantiales de la buena poesía». — *Discurso pronunciado en el acto de la inauguración del Círculo científico y literario de la Habana la noche del 23 de Abril de 1876 por su Presidente D. Ramon Lopez de Ayala. — Habana. — Imprenta del Directorio. — 1876* (1).»

Mucho nos duele en verdad, que un hombre de luces y natural discurso é instrucción como el autor del *Parnaso Cubano* saque á colación el dicho de un bohemio político como afirmación seria y concluyente en materia literaria. — No, señor Prieto, este Ayala no es literato, es lotero. En este destino y en otros análogos le conocimos. — ¿Quién calumnió á la patria de Heredia, el autor de este libro que si no reconoce á Zequeira como poeta de primer órden, dice que fué hombre instruído é inclinado al cultivo de las letras, personificación de la poesía en su época, ó ese doctor *in utroque* que se descolgó con un discurso tan peregrino como el citado?

Lea el Sr. Prieto el grito de indignación que arrancó á los nobles sentimientos del Sr. Varona la obra de Ayala, y si quiere fijarse en ello vea lo que á este propósito publicamos en *El Moro Muza*, periódico que á la sazón salía á luz en la Habana. — ¿Quiere que le digamos al señor Prieto lo que nos valió ese trabajo de ligera forma aunque no escasa intención? Pues en un papel, de cuyo

---

(1) *Parnaso Cubano,* por Lopez Prieto.

nombre no queremos acordarnos, se nos llamó filibusteros y otra porción de cosas, afirmando que al hablar de la Universidad, aludíamos al fusilamiento de los estudiantes; cosazas, todas ellas, á cual más ultrajantes y estúpidas.

¡Menguado empeño y condición bellaca que tantos males ocasionó á Cuba!

El artículo de *El Moro Muza*, dice así:

NOVEDADES... NUEVAS.

(ESTILO Á LA MODA.)

Por fin, llegó el momento, que todo llega en este mundo, y las puertas se abrieron, y brilló el gas por su... presencia, y se reunieron los *bohemios*, y... allí fué Troya.

A mí me dispararon un discurso, ó cosa así, no sé cómo ni cuándo; pero... ¡ca!... No puede ser... Este discurso no pudo haberse pronunciado sino allí; sí, señores, allí.

¿Dónde es allí?... Ya lo verán ustedes. ¡Qué lujo de palabras el del tal discurso! Mentira parece que se permita alguno ese despilfarro, cuando todos aseguran que estamos... como tres en un zapato.

Comienza el *preopinante*, como decía el otro, con una clasificación de las ciencias, que da el opio. Es decir, el opio precisamente, no; pero produce los mismos efectos.

¡Qué gravedad!... ¡qué elevación de miras!... y sobre todo, ¡qué apóstrofes!...

¡Vamos, si cuando les digo á ustedes que es cosa de desmayarse!... ¿Me querrán ustedes creer?...

La imaginación sigue constituyendo la mitad más her-

mosa del entendimiento humano; y esto, aunque me tiene sin cuidado, francamente, no lo comprendo.

La Universidad, con sus cláustros desiertos, abatida y postrada, está como diciendo al honrado padre de familia:

« Aquí de ciencia y saber
Sólo nos queda el recuerdo;
Si te he visto, no me acuerdo;
Memorias á tu mujer.»

La Academia de Ciencias Médicas, anémica; sí, señores, *anémica*, y esto me parece muy fuerte.

En fin, lo único que está flamante, nuevecito, es... la Asociación de *bohemios*.

Y ¿por qué?... ¡Ah! porque en esta desgraciada provincia no ha habido poetas, y... ¡vean ustedes lo que son las cosas!... como no conocíamos esa « planta maldita con frutos de bendición »... no hay nada como ser *bohemio* para estar flamante.

Respiremos.

Hay quien asegura, como en una conocida zarzuela, que no es todo verdad; quien dice que aquí ha habido poetas muy notables, que han merecido aplausos de Lista, Quintana, Villergas y algunos críticos extranjeros; pero ¡bah!... lo que es á mí, después de haber leído ese discurso, no me convence ni una ametralladora.

¿Qué hizo Heredia?... ¿Cantar con brillante estro la catarata del Niágara?... ¡Si por acaso hubiera escrito algún drama original!... Ya ven ustedes que fué un zascandil.

¿Y la Avellaneda?

Compuso muy buenos versos, ¿eh? Pues me alegro infinito; pero, á pesar de alegrarme y á pesar de sus magníficos dramas, ¿qué fué la Avellaneda?

Casi estoy por creer que no remendaba la ropa de su marido.

Es preciso desengañarse; aquí no ha habido poetas: no, señores, no los ha habido. El tanto por ciento lo llena todo: hasta el corazón de las suegras.

¡Oh dolor!... ¡oh desesperación!... Después de esto, bueno será que ustedes sepan que el periodismo, ese cuarto poder del Estado — ¿cual será el sexto? — es una calamidad, porque al fin y al cabo, nada más fácil que escribir un buen artículo, meter mucha bulla — más que los carretones de la Habana — y convertirse de la noche á la mañana en un Castelar ó un Valera.

Luégo en los periódicos se suministra la ciencia en dósis homeopáticas, y maldecimos del libro porque le encontramos pesado y prolijo.

Esto matará á aquello, que diría Victor Hugo.

¿Me explico?

Decididamente, la Asociación de *bohemios* viene á llenar un vacío, á realizar una obra veneranda.

Ella despertará el amor á las Letras, á las Bellas Artes, á todo; porque, eso sí, no hay como el decir que en Cuba hace mucho calor para que llueva en las Batuecas.

El discurso inaugural es magnífico.

Su autor es un enamorado defensor de la ley del progreso, y esto me reconcilia con el sentido común.

Habana 11 de Mayo de 1876.



M. J. DE RUBALCABA.

Musa, contempla tu víctima.

ON este nombre comenzó á figurar en Santiago de Cuba, su pueblo natal, un poeta célebre en las faldas del Turquino, un trovador amigo de Zequeira. Como él, siguió también la carrera de las armas, rindió fervoroso culto á Apolo y á Marte, y ora la espada, ora la pluma, compartía sus días en el manejo de ambas.

¡Época de estancamiento y natural atraso atravesaron! Apénas si concebimos cómo con tan pobres elementos pudieron uno y otro elevarse á la altura que lograron, sacando nuestras letras de la postración en que yacían, y abriendo nuevos y más dilatados horizontes á la juventud, siempre ganosa de gloria y de renombre. Por eso, en los versos de Rubalcaba nótanse defectos imperdonables en un escritor de su fama, aunque muchos necesariamente tenemos que atribuirlos al poco acierto del Sr. Balart, que fué quién coleccionó sus obras, sin

cuidarse más que de presentarle « tal como fué, con todas sus incorrecciones y con todos sus defectos. » ¡ Procedimiento bien menguado, en verdad, tratándose de honrar la memoria de un poeta!

Pues qué ¿ no tuvo el Sr. Balart que recoger muchos de los versos de Rubalcaba, de manuscritos que no habían sido hechos para ver la luz pública ? ¿ Acaso de borradores que debían permanecer en cartera ? ¿ Tal vez de boca del mismo pueblo ? ¿ Y son estos los mejores conductos con que pueden llegar á nuestras manos las obras de un poeta, ó bien por el contrario, estamos en el deber ineludible de recoger esos datos y depurarlos con el escalpelo de la crítica, pensando con acierto que su autor así lo hiciera, ó más bien que esos fragmentos, al pasar de mano en mano y de boca en boca, habían perdido mucho en la forma y en su fondo ? Preguntas son éstas, que, estampadas aquí, nos servirán de resguardo, por si alguno imagina que tratamos de rebajar el mérito de Rubalcaba. Piense el lector que cuando censuramos algo, culpa será de la colección hecha por el Sr. Balart.

Mas, á pesar de la falta de pericia con que procedió este señor, como quiera que Rubalcaba sabía sentir y expresar lo que sentía, no dejamos de encontrar algunos rasgos felices, tal cual asomo de belleza; sirvan de ejemplo estos tercetos:

¡ Y cuántos del relámpago ayudados,
Sólo bosquejan la anchurosa vía
Para darles sepulcros ignorados!

. . . .

Yo escucho al ruiseñor tal vez en la haya,
Y al ver el horizonte que refleja,
Requiebra su polluelo que desmaya;
Y en la tierna impresión que su voz deja
No se puede juzgar si es de contento
El natural idioma de su queja.

. . . .
¡Ya son oscuras noches mis auroras;
Volvédme, sí, volvédme, amigas mías,
La posesión de mis antiguas horas!

No es menos bello el soneto á *Nise bordando un ramillete,* que termina así:

Me parece que al verte colocada
Cerca del bastidor, dándole vida,
Sale Flora á mirarte avergonzada;
Llega, ve tu labor mejor tejida
Que la suya de Abril; queda enojada,
Y sin más esperar vase corrida.

En el género festivo, en las ligeras anacreónticas, también nos dejó traza de su numen. Dígalo, sino, aquella graciosa letrilla que dice:

Busque amor
Quién te descifre mejor.

Pero en medio de estos rasgos, que dejan adivinar el talento y la imaginación poética de nuestro autor, á poco andar se tropiezan versos incorrectos en extremo:

¡Oh noche, tu retórica figura
Es la del sueño!

Como hemos dicho al principio, Rubalcaba, lo mismo que Zequeira, fomentó el progreso literario de nuestro país, y sólo por respeto y consideración á esto mismo colocamos sus nombres al frente de nuestra galería. Es inútil buscar en sus obras el fuego pindárico de Heredia, la sencillez y armónica cadencia del cantor de *La Madru-*

gada, la valentía y gallarda expresión de Luáces. Apegados al estudio de nuestros clásicos, luchando con las preocupaciones de la época en que florecieron, nótanse en sus versos reminiscencias de los Argensolas, ayes de desaliento y de amargura, que revelan claramente la verdad con que exclamó el poeta de *Las Meditaciones*, refiriéndose á otro no menos inspirado:

Musa, contempla tu víctima.





JOSÉ MARÍA DE HEREDIA.

Nom Omnis moriar.

I.

Este poeta, el más notable de los nacidos en Cuba, alcanzó una época de relativo progreso y de adelanto. En ella se crearon diferentes cátedras hasta entonces olvidadas; se dió mayor impulso á la imprenta, desarrollándose gran afición al estudio de las letras. Enseñaba la ciencia de Platón y de Aristóteles en el Real Seminario de San Carlos el Padre Valera, uno de los cubanos más ilustres, maestro, amigo y compañero del sabio José de la Luz, de quién nos reservamos el placer de decir algo en el apéndice de esta obra, si nuestras ocupaciones no nos permiten dar remate y terminación cumplida á otra que intitulamos *Filósofos Cubanos,* y en la cual sobradas cosas hablaremos de Valera, Romay, Mestre, Zambrana y otros mil entre los cuales es justo y para nosotros muy gustoso el poder citar al joven Varona, mo-

desto y erudito humanista, que figura al frente de nuestra juventud, no echando en saco roto al maestro infatigable, al padre de nuestra generación, al ilustre Director del colegio de San Salvador.

En pocas provincias de la monarquía se habrá efectuado una revolución filosófica tan brillante y digna de llamar la atención como en Cuba. En este apartado rincón nació y vivió el sapientísimo Valera, que, dejando la rutina escolástica, abrió con mano firme, nuevos y más dilatados horizontes á la ciencia y al saber. No fué sólo un erudito, sino que revestido de talento con lozana imaginación y suelta pluma, trazó cuadros de verdad, se adelantó á su época y contribuyó, no poco, al mejoramiento de su país. Siguióle en tiempo y casi fué su coetáneo José de la Luz, pensador sincero, de ideas profundas. Mucho antes que Stuart-Mill ya había sustentado esta proposición. « Los medios que tiene el hombre de asegurar-» se de sus conocimientos y de ensancharlos, son la in-» tuición, la inducción y la deducción. Presintiendo á » Guillermo Wundr sostenía con gran lucidéz, que el » juício es anterior en todo rigor á la idea y como la base » de todas las operaciones mentales. » Combatió el causinismo, á la sazón boyante en todas partes, y defendido en Cuba por los hermanos Gonzalez del Valle, quienes, con Mestre, Rodriguez, Bachiller y otros forman y completan el cuadro de filósofos de esta época. Al presente toman las ideas otra senda en nuestro país. El nombre de Varona que hemos citado, es el más ilustre de los que hoy batallan por el esclarecimiento de la verdad en la serena región de las ideas. A él convergen todos los amantes de la ciencia. Allí figuran Enrique Piñeiro, Teófilo Martinez, Escobar, Ricardo Delmonte y otros (1).

(1) Véase la serie de conferencias filosóficas que publicó en la Habana en 1880 D. Enrique José Varona.

A los comienzos de esta renovación filosófica asistió Heredia, cuyo espíritu se hallaba inficionado por las ideas disolventes de la revolución francesa. En vano trató Zambrana de librarle de este cargo. Las razones que alega dejan en pié la afirmación de Cánovas del Castillo, y antes parece como que vienen en su auxilio y ayuda que otra cosa (1). Debido á ello y viendo el panorama que ofrecía á sus ojos la América española, apeteció y quiso para su país igual suerte. Pero ella luchó con ardimiento, y por su causa halló bien pronto el desengaño y más tarde la muerte.

Nació José María de Heredia en Santiago de Cuba, en 21 de Diciembre del año de gracia de 1803. Su padre, D. José Francisco, magistrado íntegro y literato distinguido, trató de dar á su hijo una educación esmerada dedicándolo al estudio de la jurisprudencia, carrera que concluyó á la temprana edad de diez y ocho años, recibiéndose de abogado en Puerto-Príncipe. Desde niño, cuando apenas contaba dos lustros, sintió necesidad de fantasear y escribió unos ensayos poéticos, en los cuales advierte Cánovas del Castillo «el poder de su entendimiento maravillosamente formado para edad tan temprana, inclinado al filosofismo tanto como á la poesía.»

No hemos de seguir á nuestro joven poeta en todas las vicisitudes de su vida.—Rindiendo, como ya dijimos, culto á la independencia cubana, conspiró con fe exaltada, y comprometido en sus delirios políticos, se vió precisado

(1) Queriendo dar la razón á Zambrana, (cosas y querencias de familia) pretenden Bachiller y Morales que ni Cánovas ni el erudito Sagra conocieron el verdadero intento de Heredia, y le defiende copiando el siguiente párrafo de Maza, de celebrado crítico de la *Revista de ambos mundos* de París: «Heredia, no es propiamente un poeta revolucionario; sus versos son la expresión ideal y ardorosa de ese vago instinto de independencia que fermenta en el corazón de la juventud cubana.»

á emigrar en 1823.—Fuese á los Estados-Unidos, y allí compuso sus mejores versos, pero la facilidad del idioma y lo benigno del clima le llamaron, *malgré lui*, á Méjico, donde se casó, siendo nombrado magistrado del Tribunal Supremo de Justicia, y senador de aquella República (1827).

La primera edición de sus obras apareció en Joluca en 1825; la segunda, que dedicó á su esposa, se publicó en Méjico, y mucho más tarde en Barcelona se publicó la tercera. Posteriormente, en una de las bibliotecas populares de New-York, hemos podido examinar una última edición más completa, si se quiere, que las anteriores, pero á nuestro juício inferior á la primera, si tenemos en cuenta las variaciones en ella introducidas.

Fué la vida del cantor del Niágara agitadísima en extremo. El mismo lo reconoce así cuando en uno de sus prólogos afirma que á los veinte y cinco años había sido maestro de lenguas, historiador, magistrado, viajero, conspirador y poeta.

Falleció Heredia en Joluca el 12 de Mayo de 1839.—En su sepulcro se leía la siguiente inscripción, escrita por Lacunza, si mal no recordamos:

Su cuerpo envuelve del sepulcro el velo;
Pero le hacen la ciencia, la poesía,
Y la pura virtud que en su alma ardía
Inmortal en la tierra y en el cielo.

Mas tarde, asegura Carpio, que, queriendo visitar á su paso por Méjico la tumba del poeta, la encontró sustituida por otra. Sus restos habían pasado á la fosa común, por haber transcurrido el plazo legal, y no haber adquirido la propiedad del nicho.

¡Pobre Cuba!

II.

Un soplo de libertad, dice Mr. Villemain, recorre esas regiones libres de los cuidados de la teoría, de la ambición y de la guerra civil. Allí es donde se engrandece un poeta nacido en Cuba á principios del siglo, hijo de un jurisconsulto, partidario de las ideas modernas. El niño que debía ilustrar el nombre de Heredia, era enfermizo y endeble; pero, el vigor y la energía de su espíritu vencen los obstáculos de su cuerpo. Estudiando las lenguas griega y latina, bien pronto siente arder en su alma la llama de la inspiración. Conducido á Caracas, donde su padre fué nombrado presidente de la Audiencia Real, respirando el aire de la primera república proclamada en Venezuela, no desea más que volar al combate, y empuñar la trompa de Tirteo. Con esta esperanza vuelve á Cuba en 1824 y trata inútilmente de conjurar á sus compatriotas, y perseguido por el Gobierno español, se ve precisado á marchar á la América del Norte, donde encuentra triunfante toda la libertad que había soñado. Hasta aquí Heredia no había hablado en sus cantos más que de los sufrimientos morales de su vida, sin gloria y sin amor (1).

(1) Essais sur le genie de Pindare et sur la poesía dans ses rapports avec l'elevation morale et relígieuse des pleuples, par Mr. Villemain, de l' Institut.—París, 1859.

Visita la catarata, y entonces muestra todo el poder de su genio y exclama:

Dadme la lira, dádmela, que siento
En mi alma estremecida y agitada
Arder la inspiración. ¡ Oh cuanto tiempo
En tinieblas pasó, sin que mi frente
Brillase con su luz !... Niágara undoso:
Solo tu faz sublime ya podría
Tornarme el dón divino que ensañada
Me robó del dolor la mano impía.
Torrente prodigioso, calma, acalla
Tu trueno aterrador; disipa un tanto
Las tinieblas que en torno te circundan;
Dejándote mirar tu faz serena,
Y de entusiasmo ardiente mi alma llena.
Yo digno soy de contemplarte. Siempre
Lo común y mezquino desdeñando,
Ansïé lo terrorífico y sublime.
Al despeñarse el huracán furioso,
Al retumbar sobre mi frente el rayo,
Palpitando gocé: ví al Occéano
Azotado por austro proceloso
Combatir mi bajel, y ante mis plantas
Sus abismos abrir, y amé el peligro,
Y sus iras amé; mas su fiereza
En mi alma no produjo
La profunda impresión de tu grandeza.
Corres sereno, y majestuoso, y luégo
En ásperos peñascos quebrantado,
Te abalanzas violento, arrebatado,
Como el destino irresistible y ciego.
¿ Qué voz humana describir podría
De la sirte rugiente
La aterradora faz ? El alma mía
En vagos pensamientos se confunde,

Al contemplar la férvida corriente
Que en vano quiere la turbada vista
En su vuelo seguir, al ancho borde
Del precipicio altísimo ; mil olas
Cual pensamiento, rápidas pasando
Chocan y se enfurecen,
Y otras mil y otras mil ya las alcanzan,
Y entre espuma y fragor desaparecen.
Mas llegan, saltan ; el abismo horrendo
Devora los torrentes despeñados :
Crúzanse en él mil iris, y asordados
Vuelven los bosques el fragor tremendo;
Al golpe violentísimo en las peñas
Rómpese el agua; vaporosa nube
Llena el abismo, en torbellino sube,
Gira en torno y al cielo
Luminosa pirámide levanta;
Y por sobre los montes que la cercan
Al solitario cazador espanta (1).
Mas ¿ qué en tí busca mi anhelante vista
Con inquieto afanar ? ¿ Por qué no miro
Al rededor de tu caverna inmensa
Las palmas ¡ ay ! las palmas deliciosas
Que en las llanuras de mi ardiente patria
Nacen del sol á la sonrisa y crecen,

---

(1) Para que vea el curioso lector como se despacha Fornáris al copiar esta composición en su Cuba poética, atienda á esta estrofa:

Rómpese el *agua* y *salta*, y una nube
De revueltos vapores
Cubre el abismo en *remolinos;* sube, etc.

Preciso se hace estar dejado de la mano de Dios para colgarse á un poeta semejantes prosaísmos.

Y al soplo de las brisas del Occéano
Bajo un cielo purísimo se mecen ?
Este recuerdo á mi pesar me viene...
Nada ¡ oh Niágara ! falta á tu destino
Ni otra corona que el agreste pino
A tu terrible majestad conviene.
La palma y mirto y delicadas rosas
Muelle placer inspiren y ócio blando
En frívolo jardín, á tí la suerte
Guardó más digno objeto, más sublime :
El alma libre, generosa y fuerte
Viene, te ve, se asombra,
El mezquino deleite menosprecia,
Y aun se siente elevar cuando te nombra.
¡ Dios ! ¡ Dios de bondad ! En otros climas
Ví mentidos filósofos que osaban
Escrutar tus misterios, ultrajarte,
Y de impiedad al lamentable abismo
A los míseros hombres arrastraban.
Por eso siempre te buscó mi mente
En la sublime soledad ; ahora
Entera se abre á tí : tu mano siento
En esta inmensidad que me circunda,
Y tu profunda voz baja á mi seno
De este raudal en el eterno trueno.
¡ Asombroso torrente !
¡ Cómo tu vista el ánimo enagena
Y de terror y admiración me llena !
¿ Dó tu origen está ? ¿ Quién fertiliza
Por tantos siglos tu inexhausta fuente ?
¿ Qué poderosa mano
Hace que al recibirte
No rebose en la tierra el Occéano ?
Abrió el Señor su mano omnipotente,
Cubrió tu faz de nubes agitadas,
Dió su voz á tus aguas despeñadas

Y ornó con su arco tu terrible frente.
Miro las aguas, que incansables corren,
Como el largo torrente de los siglos
Rueda en la eternidad! Así del hombre
Pasan volando los floridos días,
Y despierta al dolor ¡ay! ya agostada
Siento mi juventud; mi faz marchita
Y la profunda pena que me agita
Ruga mi frente de dolor nublada.
Nunca tanto sentí como este día
Mi mísero aislamiento, mi abandono,
Y lamentable desamor... ¿Podría
Mi alma apasionada y borrascosa
Sin amor ser feliz? ¡Oh! si una hermosa
Digna de mí me amase,
Y de este abismo al borde turbulento
Mi vago pensamiento
Y mi andar solitario acompañase!
Cual gozara al mirar su faz cubrirse
De leve palidéz, y ser más bella
En su dulce terror, y sonreirse
Al sostenerla en mis amantes brazos!...
¡Delirios de virtud! ¡Ay, desterrado
Sin patria y sin amores
Solo miro ante mí llanto y dolores!
¡Niágara poderoso!
Oye mi última voz: en pocos años
Ya devorado habrá la tumba fría
A tu débil cantor. ¡Duren mis versos
Cual tu gloria inmortal! Pueda piadoso
Al contemplar tu faz algún viajero,
Dar un suspiro á la memoria mía.
Y yo, al hundirse el sol en occidente,
Vuéle gozoso dó el Criador me llama,
Y al escuchar los ecos de mi fama
Alce en las nubes la radiosa frente!...

Cierto es que en esta poesía no hay, como dice Villamain, la belleza severa del gran lírico de la antigüedad. En presencia del Etna y en la descripción de los fenómenos del mar de Sicilia, Píndaro, no se acuerda de sí, no mezcla á los terrores de la Naturaleza su personalidad, ni se queja de su vida sin amor y sin gloria. — Heredia, por el contrario, ve la catarata, se asombra, la mide con las fuerzas de su espíritu, y creyéndose digno de ella, canta su belleza, describe su grandor, encuentra semejanza entre el torrente que se desborda y los siglos que se atropellan; lamenta su juventud y se acuerda de su patria; llora su triste abandono y piensa en Dios, fuente de todo lo bello. ¿Qué más puede pedírsele á un poeta? Nosotros hallamos en esta composición de Heredia una discreta distribución de partes y una lógica de sentimientos que nos encanta. La Naturaleza, su juventud, la patria, la inmortalidad y Dios. He aquí su pensamiento.

No es esta poesía la única excelente que escribió el desventurado bardo. Otras cuenta de reconocido mérito, y hemos de tomar al acaso algunos fragmentos de ellas, seguros de lo mucho que habrá de agradecérnoslo el que leyere. Comencemos por *La Tempestad*.

Huracán, huracán, venir te siento,
Y en tu soplo abrasado
Respiro entusiasmado
Del Señor de los aires el aliento...
¿Al toro no miráis? ¡El suelo escarban
De insoportable ardor sus piés heridos;
La armada frente al cielo levantando,
Y en la hinchada naríz fuego aspirando,
Llama la tempestad con sus bramidos!...
Los pajarillos callan y se esconden
Al acercarse el huracán bramando,
Y en los lejanos bosques retumbando,

Le oyen los bosques y á su voz responden.
Llega ya; ¿ no le veis ? ¡ Cuál desenvuelve
Su manto aterrador y majestuoso...
¡ Gigante de los aires, te saludo !...
En fiera confusión el viento agita
Las orlas de su parda vestidura...
¡ Ved... en el horizonte
Los brazos rapidísimos enarca
Y con ellos abarca
Cuanto alcanzó á mirar de monte á monte !
¡ Oscuridad universal ! Su soplo
Levanta en torbellino
El polvo de los campos agitado ;
En las nubes retumba despeñado
El carro del Señor, y de sus ruedas
Brota el rayo velóz, se precipita,
Hiere y aterra el delincuente suelo,
Y su lívida luz inunda el cielo...
¡ Sublime tempestad ! ¡ Cómo en tu seno,
De tu solemne inspiración henchido,
Al mundo vil y miserable olvido,
Y alzo la frente, de delicia lleno !
¿ Do está el alma cobarde
Que teme tu vigor ?
. . . .

Heredia, es ante todo, un poeta descriptivo, como se desprende de cuanto llevamos copiado; pero en su lira tiene también otros sonidos, y matiza sus cantos con pensamientos filosóficos de primer orden. Ejemplo son de esto los *Fragmentos de un poema mejicano*, y el poema *Placeres de la melancolía*.—Pero ya los oiremos más tarde: veamos este apóstrofe con que comienza su oda al Sol:

Yo te amo, sol; tú sabes cuán gozoso,
Cuando en las puertas del Oriente asomas,

Siempre te saludé : cuando tus rayos
Nos arrojas fogoso
Con gloria alzado en la mitad del cielo,
Del bosque hojoso entré la sombra grata,
Me deleito al bañarme en la frescura
Que los céfiros vierten en su suelo,
Y me abandono *á mil cavilaciones*
De dulce y melancólica ternura,
Cuando reclinas la radiosa frente
En las trémulas nubes de Occidente.

« ¡ Qué *cavilaciones* tan funestas ! pero ¡ qué apóstrofe tan bello ! » exclama Cánovas del Castillo, y á fe que tiene razón.

A los diez y siete años de edad, estando en Choluca, escribió una composición descriptiva, antes citada ya, que bien puede contarse entre las mejores.

¡ Oh, cuán bella es la tierra que habitaban
Los aztecas valientes !...
. . . . Sus campos
Cubren, á par de las doradas mieses,
Las cañas deliciosas. El naranjo
Y la piña y el plátano sonante,
Hijos del suelo equinoccial, se mezclan
A la frondosa vid, al pino agreste
Y de Minerva al árbol majestuoso.
. . . .
Era la tarde. La ligera brisa
Sus alas en silencio ya plegaba,
Y entre la yerba y árboles dormía,
Mientras el ancho sol su disco hundía
Detrás de Iztacihual. La nieve eterna,
Cual disuelta en mar de oro, semejaba

Temblar en torno de él; un arco inmenso
Que del empireo en el zénit finaba. . . .
. . . .

Pero ¿á qué cansarnos citando versos y versos? Si hubiéramos de hablar de todas las bellezas de sus obras, nos veríamos en el caso de ser prolijos; y no esa suerte anhelan estos pobres esbozos biográficos.

III.

Como asegura Mr. Villemain, ese soplo de libertad, ese deseo de independencia que había recorrido las vastas regiones de la América, animaba á Heredia en sus postrimerías, y exaltando su imaginación le dicta una epístola, que dirige á *Emilia,* por demás galana en sus versos, y por desgracia nacida de político intento. Dice así:

Pluguiera al cielo, desdichada Cuba,
Que tu suelo tan sólo produjera
Hierro y soldados... La codicia ibera
No tentáramos, no... ¡ Patria adorada!
De tus bosques el aura embalsamada
Es al valor, á la virtud funesta.

Peligroso asunto es este que trata nuestro poeta. Empapado en las ideas de la Revolución francesa, con el ejemplo de toda la América española, desea y pide la libertad y la independencia de Cuba, conspira por alcanzarla,

Que no en vano entre Cuba y España
Tiende inmenso sus olas el mar.

y viendo la inutilidad de sus esfuerzos, se refugia en los Estados-Unidos, donde se conceptúa *libre de tiranos y esclavos, sin escuchar el crugir de los azotes ni las lamentaciones del oprimido.*

Por esta época, el país que tomaba por modelo llevaba en su seno escondida la serpiente de la esclavitud, con lo cual dicho queda, que había allí también señores y esclavos.

Pero ¿porqué detenernos más tiempo en estas poesías que tocan á la cuestión política? Otro es nuestro plan y á él debemos ajustarnos.

Hizo algunas traducciones é imitaciones notables, luchando en ellas su propio talento con las bellezas del original. En el canto á Napoleon, de Delavigne, notamos este rasgo, digno de un poeta castellano:

Vanamente en las lides ya te fuera
La España generosa
De gloria y de peligros compañera,
Esclava la anhelaste...
Mas no, sus sacerdotes, sus guerreros
A la lid mútuamente se excitaron
Supersticiosos, fieros,
Los pueblos al clamor se levantaron...
Los hijos nobles de Pelayo fuerte.

Entre las traducciones é imitaciones merece también citarse este rasgo de H. Fóscolo:

. . . . El caro nombre
Conserva el mármol ó la piedra humilde,
Y árboles odoríferos, floridos,
Con blanda sombra las cenizas bañan...
Sólo quién al amor negó su pecho
Se concentra en la tumba...
Su polvo
Cubren los cardos y ominosa ortiga,
Que sobre las reliquias de los muertos
Jamás brotaron apacibles flores
Sino las riega del afecto el llanto (1).

Debátese por algunos si es ó no, en efecto, una imitación del poema de Legouvé *Les Mérites des femmes* el que con el mismo título escribió el vate cubano. Para nosotros no hay duda. La obra de Heredia tiene rasgos felices, quizás algunos originales; pero el plan, el método y hasta el mismo asunto, son de Legouvé.

Concluyamos:

El poeta de Santiago de Cuba es el más notable de cuantos pulsaron la lira en la America latina. Superior á Zequeira y Rubalcaba, sus antecesores, se manifiesta grande y sublime cuando describe; apasionado y tierno cuando llora la inconstancia de su amor. Afean sus versos algunas asonancias, que pudieran evitarse, prosaísmos, y y figuras harto atrevidas y libres, que, en buena lógica no pueden admitirse.

Salud, ¡Oh padre
Del sér, y del amor, y de la vida!

dice, refiriéndose al sol, lo cual ni la hipérbole justifica.

(1) También el erudito Menendez Pelayo tradujo esta composición.

En la silva al Niágara, que es el esfuerzo de su genio, conserva algunos de esos descuidos imperdonables en el

Astro eclipsado en su primer mañana

como poéticamente le llama su compatriota Tulá.

Bello, en su *Repertorio americano*, juzga que los cantos de nuestro bardo, se asemejan algo á los de Byron, por el tinte melancólico y sombrío que los domina y el enérgico y varonil esfuerzo que revelan. No lo negamos; pero, habrá de convenir el que leyere que la entonación, el *savoir faire*, como dicen los franceses, es enteramente castellano, y se refleja en las odas de Rioja, Quintana y Gallego, como así lo reconoce el Sr. Menendez Pelayo, afirmando de paso que Heredia fué un poeta de estro fácil y abundante y de limpio y terso lenguaje, viviendo —dice— *El Huracán* y *El Niágara* cuanto dure la lengua de Castilla, que este mal aconsejado vate usaba para maldecirnos con frecuencia.





GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

Musa velat mori.

I.

De muy antiguo nos viene, y eso habrá de perdonársenos si en parquedad incurrimos, mirar con cierta prevención toda obra de mujer antes de examinar el mérito que encierra. Y decimos esto, no porque abriguemos la opinión, por demás absurda, desacreditada ya, de que toda clase de ilustración es perniciosa á las mujeres, sino porque, acostumbrados á leer páginas detestablemente escritas y firmadas por nuestras modernas poetisas, temerosos andamos siempre que á nuestras manos llegan sus producciones, como aquel que engañado una vez, trata de precaverse y percatarse contra nuevo engaño. Mas no sucede esto, y alejamos del ánimo toda sospecha, deleitándonos en su lectura, si tropezamos con las obras de Carolina Coronado, Fernan Caballero y otras, entre las que encontramos muy gusto-

so el mencionar aquí á la Sra. Pardo Bazán, gallega de nacimiento, á lo que sabemos, y castiza por sus cuatro costados, y muy discreta y atinada en el plan y desempeño de sus obras.

En nuestra patria, á pesar de la afición á la amena lectura que tiene el bello sexo y la no pequeña inclinación al estudio de los idiomas extranjeros, vemos, con no poca extrañeza, que muy contadas son las que despuntan por hacer versos, aunque muchas se atrevan á publicarlos con indiscreto alarde. Empero, el Parnaso cubano cuenta con celebradas poetisas, y servir puede de ejemplo Luisa Perez Montes de Oca, viuda á estas fechas de Ramón Zambrana, médico, catedrático, periodista y literato, todo ello con mejor voluntad que desempeño (1). También Raquel (Matilde Troncoso) escribe con bastante corrección; pero lo hace, por lo general, en prosa, aunque con el tono altisonante del misticismo que arroba su alma profundamente cristiana. Y si no estuviéramos convencidos de que el cumplimiento de los deberes domésticos y y conyugales no está reñido, ni tiene para que estarlo con el cultivo y afición á las Bellas Letras, nos alejaría de toda duda el estudio que intentamos hacer de la vida y de las obras de Gertrudis Gomez de Avellaneda, á quien concede D. Juan Nicasio Gallego «la primacia sobre

(1) Debemos reconocer su benéfica influencia en las letras de Cuba. Era hombre estudioso y discreto, pero carecía de genio. Escribió mucho, y entre tantos escritores como hubo en Cuba, bien puede Zambrana figurar honrosamente. Compuso poesías regulares, algunas de ellas muy estimables. Tiene un romance por demás sonoro que comienza así:

Pues es crisol del idioma
el primoroso romance,
donde el estilo se pule
y se ennoblece la frase, etc.

cuantas personas de su sexo han pulsado la lira castellana, así en éste como en los pasados siglos.»

II.

Había cumplido diez y ocho años— dice la Avellaneda en sus memorias—y excepto leer y escribir, y representar tragedias, nada sabía. Todos los desvelos de mi madre por hacerme progresar en la música y el dibujo no habían podido llevarme más lejos que á tocar de memoria algún vals, á cantar algunas arias de Rossini con más expresión que arte, y á pintar mal algunas flores. Mi maestro de aritmética me había declarado incapáz de conocer los números; mi profesor de gramática me decía que era imposible hacerme comprender una sola regla; en fin, cuantos se habían encargado de mi educación parecían convencidos de mi ineptitud para todo; y, sin embargo, yo escribía y hablaba con más corrección de la que es común en mi país, y, no obstante mi natural desidia para aprender, tenía sed ardiente de saber, y leía mucho y pensaba mucho.»

Tales son los rasgos fisionómicos con que ella misma se nos presenta. Ese abandono, el poco apego á los estudios serios y formales, todo debía desaparecer bien pronto; pues á los veinte y cinco años de edad, dejándose en Cuba su soñadora pereza é indolencia, establecida en la córte, respirando en aquella atmósfera de entusiasmo que reinaba entonces, su alma se enciende en viva luz, su mente se inflama y brotan de su pluma poesías llenas de inspiración y de buen gusto; estudia con afan nuestra

lengua, sorprende sus más bellos encantos en las obras de nuestros poetas, y llama hacia sí la admiración de todos.

¡Perla del mar, estrella de Occidente,
Hermosa Cuba, tu brillante cielo
La noche cubre con su opaco velo,
Como cubre el dolor mi triste frente.
¡Voy á partir!... La chusma diligente,
Para arrancarme del nativo suelo,
Las velas iza, y pronta á su desvelo
La brisa acude de tu zona ardiente.
¡Adiós, patria feliz, eden querido;
Doquier que el hado en su furor me lleve,
Tu dulce nombre halagará mi oido.
¡Adiós!... Ya cruge la turgente vela...
El ancla se alza, el buque estremecido,
Las olas corta y silencioso vuela.

¿No es verdad que esta composición tiene todo el perfume de nuestros mejores poetas del siglo diez y siete? Pero la Avellaneda había nacido en otra época, y llevaba en el fondo de su alma el germen de todo pesar; ese no sé qué, mezcla de fastidio y abatimiento que todos sentimos cuando contemplamos la pasmosa rapidéz con que pasan las risueñas y alegres horas de la juventud. Ejemplos de esto son *La Contemplación, La Luna* y *El Cementerio;* reconócelo ella así, cuando en otro de sus mejores sonetos exclama:

En vano ansiosa tu amistad procura
Adivinar el mal que me atormenta;
En vano, amigo, conmovida intenta
Revelarlo mi voz á tu ternura.
Puede explicarse el ánsia, la locura

Con que el amor sus fuegos alimenta...
Puede el dolor, la saña más violenta
Exhalar por el labio su amargura.
  Mas de decir mi malestar profundo
No halla mi voz, mi pensamiento, medio,
Y al indagar su origen, me confundo;
  Pero es un mal terrible, sin remedio,
Que hace odiosa la vida, odioso el mundo,
Que seca el corazón... en fin, es ¡ tedio !

No hemos de buscar el fundamento de estas quejas, el motivo de estos disgustos. A poco que nos detuviéramos á analizar todas las vicisitudes porque pasó, sobrados desengaños hallaríamos; pero no queremos ir tan allá; nos basta reconocer su mal, saber que esa enfermedad no se apoderó solamente de la Avellaneda, sino que la llevamos inoculada en nuestra sangre los que en este siglo nacimos; que es una dolencia general, hija tal vez del estado de duda en que nos hallamos, rota y maltrecha la estátua de la fe, con esa fiebre de saber que nos devora. En otros tiempos, cuando se apoderaba de nuestro espíritu, en las soledades del cláustro hallábase su remedio, y allí entre mil salmodias religiosas, entre aquellas nubes de incienso que se elevaban al cielo iluminados por la incierta luz que penetraba por los cristales de colores que cerraban el gótico rosetón, el ánima apenada y perturbada recobraba la salud, y se volvía con nuevo esfuerzo á la tarea de la vida. Hoy... el bullicioso ruído de los talleres, el crugir incesante de la locomotora, que nos llama y anuncia constantemente las grandezas de este siglo; hoy cuando el ánsia del saber nos sumerge en el mar borrascoso de la duda, y sentimos en el fondo del corazón ese tedio que hace odiosa la vida y odioso el mundo, según la frase del poeta, todos esos portentos de la civilización que alcanzamos, brillante, deslumbradora y gigantesca, no nos dan la paz deseada, no nos curan nuestro espíritu enfer-

mo y triste, no nos dejan ¡ sabroso engaño! ser felices y vivir dichosamente.

Pero volvamos á abrir el libro, y así encontraremos consuelo á nuestros pesares. Oidla en la muerte de Heredia:

Voz pavorosa en funeral lamento
Desde los marès de mi patria vuela
A las playas de Iberia; tristemente
En són confuso la dilata el viento;
El dulce canto en mi garganta hiela,
Y sombra de dolor viste mi mente.
¡ Ay! que esa voz doliente,
Con que su pena América denota,
Y en estas playas lanza el Occéano,
¡ Murió, pronuncia, el férvido patriota!
¡ Murió, repite, el trovador cubano!
Y un eco triste en lontananza gime:
¡ Murió el cantor del Niágara sublime!

. . . .

¡ Patria, numen feliz, nombre divino,
Ídolo puro de las nobles almas,
Objeto dulce de su eterno anhelo!
Ya enmudeció tu cisne peregrino...
¿ Quién cantará tus brisas y tus palmas,
Tu sol de fuego, tu brillante cielo?

. . . .

¡ Silencio! de los hados la fiereza
No recordemos en la tumba helada,
Que lo defiende de la injusta suerte.
Ya reclinó su lánguida cabeza,
De genio y desventuras abrumada,
En el inmóvil seno de la muerte.
¿ Qué importa el polvo inerte,
Que torna á su elemento primitivo,
Ser en èste lugar ó en otro hallado?

¿Yace con él el pensamiento altivo?
. . . .
No más, no más lamente
Destino tal nuestra ternura ciega,
Ni la importuna queja al cielo suba...
¡Murió!... A la tierra su despojo entrega,
Su espíritu al Señor, su gloria á Cuba.
¡Que el genio, como el sol, llega á su ocaso
Dejando un rastro fúlgido á su paso!

¡Qué rasgos tan sublimes de sentimiento! ¡Qué versos tan hermosísimos! No cabe más dolor, más conformidad cristiana. ¿Y hemos de entretenernos en examinar todas sus obras? Si tratáramos de un poeta desconocido ú olvidado, nos ocuparíamos más en el examen de sus versos; pero hablando de la Avellaneda, á quien todos admiran y conocen, debe sernos permitido no entrar en perfiles críticos, al presente innecesarios, y, á la postre, poco adecuados á la índole de este libro.

Enrique Piñeyro, que es, sin disputa, un excelente crítico, al darnos noticia de la muerte de esta celebrada poetisa, hace algunas consideraciones acerca de sus obras, muy dignas, como suyas, de tenerse en cuenta. En cuanto al carácter peculiar de su lírica estamos conformes en afirmar como notas características la virilidad, la fuerza y el vigor, hasta el punto que, como asegura Piñeyro, sino supiéramos el nombre del autor, no se nos pasaría por las mientes atribuirlo á una mujer. Después de algunas indicaciones sobre el teatro de la Avellaneda, en que compara el *Alfonso Munio* y el *Saúl* á las tragedias de Alfieri, el más viril y crudo de los poetas italianos, concluye de esta manera: «Nadie en Cuba ni en el resto de la América latina, ha escrito como ella. Ni Baratt, ni el mismo Bello, á pesar de su cabal conocimiento de la lengua y de su sintáxis, supieron presentar tan completamente hasta la esencia del génio literario español, y en-

contrar sin esfuerzo acentos tan genuinamente castellanos, tan parecidos á los de Herrera y Luís de León, sin pedantesca afectación de arcaísmo, con todo el calor y el vigor de la sávia moderna.»

III.

Nació Gertrudis Gomez de Avellaneda en 1816 en la ciudad de Puerto-Príncipe, y muy joven aun empezó á distinguirse por sus buenos versos; pero el genio necesita mayor espacio donde tender sus alas, y la inspiración robusta y varonil de la hija del Camagüey se ahogaba en el estrecho círculo de su pueblo natal, y por eso la vemos correr á Europa, establecerse en Madrid, y allí estudiando con detenimiento las obras de los maestros, trabando amistad con los más distinguidos literatos, recoger señalados triunfos en el Liceo, ser aplaudida en el teatro (1) y

(1) Entre sus obras dramáticas, la que más fama goza es la titulada *Alfonso Munio*. Cuéntase de ella, que, asistiendo á una de las primeras representaciones cierto académico, tuvo la buena ocurrencia (que tambien los académicos suelen tener buenas ocurrencias) de exclamar, notando la valentía de los versos y lo pujante de la frase: «¡ Es mucho hombre esta mujer!»

No solo en los Ateneos de la córte halló tal acogida. A su regreso á Cuba, después de algunos años, relata el Sr. Balmaseda el recibimiento que se le hizo en el Liceo de la capital. « La Habana ha presenciado, llena de júbilo, una de esas grandes solemnidades que forman época en la historia de los pueblos y que son, sin duda, sus más bellos títulos de gloria. El Liceo, legítimo representante de las letras en

coronada de laurel y oro en nombre de doña Isabel de Borbón. «La corona triunfal del Tasso — dice Pastor Diaz — había adornado solamente un ataud; el áureo laurel de nuestra escritora fué su guirnalda nupcial; guirnalda, empero, que estaba fatalmente destinada á colocarse también en el mármol de un sepulcro.» Y así fué; casada con D. Pedro Sabater, diputado á Córtes y jefe político en aquella época, vió sonreir la muerte en los umbrales de su matrimonio. Pero llegó entonces en auxilio suyo el ángel de la religión, y en su viudéz y desconsuelo se encerró por algunos meses en el convento de Nuestra Señora de Loreto, en Burdeos, fortaleciendo su fe con la vida austera del claustro y las meditaciones de la soledad. Y aunque aparece de nuevo en Madrid, nótase de seguida en sus producciones un cierto tinte melancólico, marcándose señaladamente en ellas la exaltación religiosa que se había apoderado de su espíritu.

Cuba, quiso enaltecerlas otorgando una corona de laurel de oro á la poetisa eminente Sra. D.ª Gertrudis G. de Avellaneda, nacida en nuestro suelo... Delante del Excmo. Sr. Presidente, en una mesa con tapete de damasco, se veía la rica corona... En una de sus cintas se hallaba esta inscripción: *El Liceo de la Habana á Gertrudis Gomez de Avellaneda. Año de 1860.* — Reinó un instante profundo silencio, y adelantándose el Sr. Betancourt, leyó un discurso en que hizo resaltar las eminentes dotes de nuestra renombrada poetisa. En seguida la señora de Zambrana nos hizo oir un soneto que había improvisado; don Francisco Gil Miranda recitó una oda compuesta por Fornáris y otra de Zafra. Lo avanzado de la hora no permitió continuar la lectura de las demás poesías; y poniéndose en pié el Excmo. Sr. Presidente y cuantos en la escena estábamos, tomó S. E. la corona, pasándola á manos de la Condesa de Santo-Venia y Sra. de Zambrana, quienes la colocaron en las sienes de la ilustre poetisa, hiriendo el aire al mismo tiempo un himno, letra de Betancourt y música del profesor García. Al terminar el canto, la Avellaneda, visiblemente conmovida, se adelantó al proscenio y pronunció una preciosa poesía, llena de sentimiento, quedando ahogadas sus últimas frases por los entusiastas aplausos de la concurrencia.»

Después, sérios disgustos con motivo de una resolución tomada por la Academia en hora en que había presentado su candidatura, hicieron que nuestra poetisa, llevada de desdeñosa soberbia, escribiese los artículos intitulados *La Mujer* y el drama *Oráculos de Talía*, en los cuales se echa de ver la impresión que este suceso había producido en su alma.

Contrayendo segundas nupcias á los nueve años de su viudéz, con el coronel de artillería D. Domingo Verdugo Massieu, vió deslizarse los tres primeros años de esta unión entre placeres y alegrías. Pero nada hay eterno en este mundo. El mónstruo de la política había envuelto en sus redes á Verdugo, y á la caída de O'Donnell fué víctima de un atentado, que le puso á los bordes del sepulcro.

Las brillantes muestras de consideración y de aprecio que recibía de todas partes, no eran punto á disipar la amarga zozobra de su ánimo; y después de veintitres años de ausencia, con la esperanza de que el cambio de clima favoreciese á su querido enfermo, atravesó el Atlántico, voló á Cuba y allí recibió mayores muestras, si cabe, de la estima que todos indistintamente le profesaban. Inútil afán y engañoso remedio. Ni la influencia del clima, ni los cuidados de su consorte fueron bastante á detener el curso rápido y fatal de la enfermedad de Verdugo, que le preparaba un desenlace funesto, y acaecida su muerte, vistió la Avellaneda la negra toca de la viudéz, pasó á la Península, estableciéndose en Sevilla, donde vivió hasta que en 1873, con general sentimiento de todos los amantes de las letras, dió el último adiós á la vida.

De propósito no hemos señalado detenidamente sus obras, que son muchas para hablar de ellas con un tan poco sosiego como escribimos, y muy importantes las más para ser tratadas por nuestra humilde pluma. Celebrada por Villemain, que la llama heredera de la lira de Fr. Luís de León; elogiada por Durieu; aplaudida por

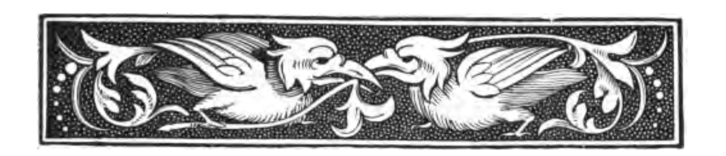
Quintana, Gallego y otros varones no menos distinguidos en la república literaria, ¿qué nos resta decir á nosotros en alabanza suya y en provecho de sus obras?...

Concluyamos estos breves apuntamientos y esbozos repitiendo con Pastor Diaz:

« Fué uno de los poetas más ilustres de su nación y de su siglo; fué la más grande entre las poetisas de todos los tiempos. Fué uno de los escritores que más realzaron el lustre y la majestuosa pureza del habla castellana. Fué una mujer muy hermosa; fué hija y hermana ejemplar; fué excelente esposa; fué buena, constante y tierna amiga.»

16 de Enero de 1878.





GABRIEL DE LA CONCEPCIÓN VALDÉS.

(PLÁCIDO).

I.

UIÉN no ha oído nombrar á este desgraciado poeta? Es el más popular de toda la América latina; sus cantos corren por todas partes; los que los ignoran, los adivinan.

Nació en la Habana en 18 de Marzo de 1809. De condición humilde, tostado color y pelo rizo, sin instrucción ninguna, iluminado por el genio, se lanzó al campo de las letras. Su lira, según la felíz expresión de un crítico, semejante á la estátua de Mnemnon, resonaba al soplo de la brisa. Con más entusiasmo y fe que ningún otro, aspirando á ser poeta clásico, estudió las obras de Martinez de la Rosa, imitándole frecuentemente.

Los redactores de *Cuba Poética*, que todo lo encomian, como si todo fuese digno de aplauso, aseguran, con una candidéz que causa risa, y una ignorancia que produce enfado, que los sonetos de *Plácido* pueden ser comparados con los de Lope, Argensola y Quevedo. Es el soneto

una de las combinaciones métricas en que se estrellan los mejores poetas. ¿Qué había de suceder á Valdés? En la edición que tenemos á la vista encontramos treinta y dos, y en Dios y en nuestra ánima aseguramos que los más nos parecen detestables, y los menos, regulares, y nada más que regulares. Verdad es que presenta algunos con rasgos muy felices, como estos tercetos que tomamos del que titula *La Sombra de Mina delante de Bilbao :*

« Añada en mi sepulcro el vate ibero
Un triunfo más á mi brillante historia. »
Dijo la sombra del audaz guerrero ;
Y fijando el laurel de la victoria
En las sienes del ínclito Espartero,
Voló serena al templo de la gloria.

Y también no deja de mostrar belleza de arte en los discretéos de amor que canta :

Mira, mi bien, cuán mústia y deshojada
Está con el calor aquella rosa
Que ayer brillante, fresca y olorosa,
Puse en tu blanca mano perfumada.
. . . .
Que habiendo en todo el mundo tal mudanza,
¿ Sólo en tu corazón habrá firmeza ?

Son asímismo excelentes estos seis versos con que termina *El Canario :*

Cubre aquel seno con tus alas de oro,
Donde oculto el amor placer respira ;
Abre tu pico de coral, sonoro ;
Cuéntala el gozo que su edad me inspira ;
Y entrega para siempre á la que adoro
Mi corazón, mis versos y mi lira.

Entre los que cita Fornáris en su *Libro de elogios mútuos,* es el mejor el de la *Muerte de Gesler* , y sin embargo, notamos en él un verso prosaico y antigramatical, que de propósito señalamos:

Tórnanle á *echar* las ondas y los vientos.

Por lo demás, el soneto es bueno y merece aplauso. No así sucede con la *pampirolada* dirigida á D. Martín Arredondo, improvisada, y por más señas con acróstico y final forzado. En ella no sabemos que admirar más si el mal gusto y detestable costumbre literaria del autor, ó la estupidéz de quien coleccionó sus obras. Y para que el lector no vaya á creer que hay exageración en nuestras palabras, vamos á copiarlo aquí:

AL Sr. D. MARTÍN ARREDONDO.

M arcial, felíz, benéfico y human
A pareces sublime y generos
R ápido como el rayo estrepitos
T olerante en juzgar como Trajan
I lustre, fuerte, ardiente american
N aciste á inmediación del yaque undos
A migo dulce, militar glorios
R asgaste las enseñas del tiran } o
E n calma sin igual goza adormid
D el lauro inmarcesible que has ganad
O rgulloso de haberle merecid
N unca el dolor te aqueja, y extasiad
D ijo querub del cielo descendid
O rne tu frente de arrayan sagrad

¡ Mentira parece que en pleno siglo XIX pueda imprimirse este soneto en las obras de un poeta á quien se trata de honrar!

II.

« Plácido — dice Salas y Quiroga — es un hombre de genio... un peinetero de Matanzas, un sér humilde... Al través de la incorrección de su lenguaje hay chispas que deslumbran, y no conozco poeta americano ninguno, incluso Heredia, que pueda acercársele en genio, en inspiración, en hidalguía y dignidad. » — No podemos estar conformes con esta opinión. Asegurar que Valdés es superior á Heredia nos parece una blasfemia literaria ó una galantería de mal gusto, faltando á sabiendas á la verdad. ¿Y cómo podía suceder otra cosa cuando su misma condición humilde, su nacimiento, engendro y fruto de ilícitos amores de una bailarina española y un mulato, el abandono de su madre, la pobreza en que cayó el autor de sus días, y la general preocupación que existe en Cuba de mirar, en cierto modo, con mengua y repugnancia á la gente de color, le alejaban de todo comercio literario, de todo trato y beneficioso estudio, teniendo que trabajar día y noche para alcanzar un mezquino pasar y no caer en brazos de la miseria?

Diga Salas y Quiroga que Plácido tenía un temple de alma extraordinario; que su lira hallaba suaves matices que reflejar en su imaginación cándida, apasionada y ardiente; que modulaba dulces canciones que le recordarán siempre; pero déjese por Dios de comparaciones enojosas que á nada conducen, ni ilustran, ni dan, ni quitan más valor al poeta que las inspira, ni al interés que las mueve.

Ninguno con más entusiasmo cantó á Cristina y á Isabel, y en el corto espacio de su vida literaria lo hizo *trece veces* nada menos, exclamando después en una epístola al Marques de Casa Calvo, con no lúcido estro:

No con aquella *degradada* lira,
De ingratas cuerdas y oropel cubierta
Con que tan sin razón y sin justicia
Aplausos suelo prodigar, *malgrado*
De mi *fiel* corazón, en voz *ficticia*
Celebraré tu mérito elevado.
. . . .
. . . .
No la *adulante humillación* me inspira,
Ni el *sórdido interés;* jamás mi canto
Se postró del poder ante las aras,
Ni su voz imperiosa oyó temblando.

Lo cual no le quitó que el dulce y sentido milanés escribiese los siguientes versos, en los que se trasparenta una alusión bien clara á la conducta del poeta.

¡Torpe! que á su pensamiento
Siendo libre como el viento
Por alto dón;
Le corta el ala, se oculta
Y en la cárcel le sepulta
Del corazón.

Difícil nos sería escoger aquellas composiciones que libres de defectos estuvieran, y vano fuera nuestro propósito si intentáramos tal cosa. Los versos de este poeta no se distinguen por la corrección, y no en grave apuro nos encontráramos si tratásemos de probar esto mismo. Leed *La Flor de la caña,* esta preciosa letrilla, por demás recomendable, y os convenceréis de lo que decimos. Hay en

ella gracia, espontaneidad, sentimiento y belleza; pero hay en ella también prosaísmos, versos defectuosos, ripios y lunares de fácil remedio. Veámosla:

Yo ví una veguera
Trigueña, tostada,
Que el sol envidioso
De sus *lindas gracias*,
O quizás bajando
De su esfera sacra
Prendado de ella,
Le quemó la cara.
Y es tierna y modesta
Como cuando saca
Sus primeros tilos
La flor de la caña.

La ocasión primera
Que la vide, estaba
De blanco vestida
Con cintas rosadas.
Llevaba una gorra
De brillante paja,
Que tejió ella misma
Con sus manos castas
Y una hermosa pluma,
Tendida, canaria,
Que el viento mecía
Como flor de caña.

Su acento divino,
Sus labios de grana,

Su cuerpo gracioso,
Ligera su planta,
Y las rubias hebras
Que á la merced vagan
Del céfiro, brillan
De perlas ornadas,
Como con las gotas
Que destila el alba
Candorosa ríe
La flor de la caña.

El domingo antes
De Semana Santa
Al salir de misa
Le entregué una carta,
Y en ella unos versos
Donde la juraba,
Mientras existiera,
Sin dobléz amarla.
Temblando tomóla
De pudor velada,
Como con la niebla
La flor de la caña.

Halléla en el baile
La noche de Pascua;
Púsose encendida,
Descogió su manta
Y sacó del seno
Confusa y turbada,
Una petaquilla
De colores varias.
Diómela al descuido;
Y al examinarla,

He visto que es hecha
Con flores de caña.

En ella hay un rizo
Que no lo trocára
Por todos los tronos
Que en el mundo haya;
Un tabaco puro
De MANICARAGUA,
Con una sortija
Que ajusta la CAPA;
Y en lugar de TRIPA,
Le encontré una carta
Para mí más bella
Que la flor de caña.

No hay ficción en ella,
Sino estas palabras:
« Yo te quiero tanto
Como tú me amas. »
En una reliquia,
De rasete blanca,
Al cuello conmigo
La traigo colgada,
Y su tacto quema
Como el sol que abrasa
En Julio y Agosto
La flor de la caña.

Ya no me es posible
Dormir sin besarla,
Y mientras que viva
No pienso dejarla.

Veguera preciosa,
De la tez tostada,
Ten piedad del triste
Que tanto te ama;
Mira que no puedo
Vivir de esperanzas
Sufriendo vaivenes
Como flor de caña.

Juro que en mi pecho
Con toda eficacia
Guardaré el secreto
De nuestras dos almas;
No diré á ninguno
Que es tu nombre Idalia;
Y si me preguntan
Los que saber ánsian,
Quien es mi veguera,
Diré que te llamas,
Por dulce y honesta,
La flor de la caña.

No es ciertamente esta poesía la más popular y aplaudida que escribió. Su *Adiós á la lira* y la *Plegaria á Dios* son las que de mayor fama gozan; y no sin fundado motivo, pues las circunstancias en que fueron escritas, las angustias y desvelos de Plácido, la próxima terminación de su vida y el valor intrínseco de estas dos composiciones, bastan á justificar la nombradía de que gozan.

Pero copiémoslas aquí, y así podrá formarse de ellas mejor idea el que leyere:

ADIÓS Á MI LIRA.

No entre el polvo de inmunda bartolina
Quede la lira que cantó, inspirada,
De lirios y laureles coronada,
La gloria de Isabel y de Cristina;
La que brindó con gracia peregrina
La *siempreviva* al cisne de Granada;
No yazga en polvo, no, quede colgada
Del árbol santo de la Cruz divina.

Omnipotente Ser, Dios poderoso,
Admitidla, Señor, que si no ha sido
El plectro celestial esclarecido
Con que os ensalza un querubín glorioso,
No es tampoco el laud prostituido,
De un criminal perverso y sanguinoso;
Vuestro fué su *destello* luminoso
Vuestro será su postrimer sonido.

Vuestro será, Señor, no más canciones
Profanas cantará mi estro fecundo;
¡ Ay ! que me llevo en la cabeza un mundo
Un mundo de escarmiento y de ilusiones;
Un mundo muy distinto de este sueño,
De este sueño letárgico y profundo
Antro quizás de un genio furibundo,
Sólo de llantos y amargura dueño.

Un mundo de pura gloria,
De justicia y heroismo,
Que no es dado á los profanos

Presentir mundo divino,
Que los hombres no comprenden,
Que los ángeles han visto
Y aún con haberlo soñado
No lo comprendo yo mismo.
¡ Acaso entre breves horas,
Cuando divise el empireo
Postrado ante vuestro trono,
Veré mis sueños cumplidos!
Y entonces, vueltos los ojos
A esta mansión de delitos,
Os daré infinitas gracias
Por haber de ella salido.
En tanto, quede colgada
La causa de mi suplicio;
Es un ramo sacrosanto
Del que hicisteis vos divino.

¡ Adiós, mi lira! A Dios encomendada
Queda de hoy más... ¡ adiós!... ¡yo te bendigo!
Por tí, serena el ánima inspirada,
Desprecia la crueldad de hado enemigo,
Los hombres te verán hoy consagrada;
Dios y mi último adiós queden contigo;
Que entre Dios y la tumba no se miente.
¡ Adiós, voy á morir!... muero inocente.

PLEGARIA Á DIOS.

Sér de inmensa bondad, Dios poderoso,
A vos acudo en mi dolor vehemente,
Extended vuestro brazo omnipotente;
Rasgad de la calumnia el velo odioso.

Y arrancad este sello ignominioso
Con que el mundo manchar quiere mi frente.

Rey de los reyes, Dios de mis abuelos,
Vos sólo sois mi defensor, Dios mio;
Todo lo puede quién al mar bravío
Olas y peces dió, luz á los cielos,
Fuego al sol, giro al aire, al Norte hielos,
Vida á las plantas, movimiento al río.

Todo lo podéis vos, todo fenece,
O se reanima á vuestra voz sagrada;
Fuera de vos, Señor, el todo es nada,
Que en la insondable eternidad perece;
Y aun esa misma nada os obedece,
Pues de ella fué la humanidad creada.

¡Yo no os puedo engañar, Dios de clemencia!
Y pues vuestra eternal sabiduría
Ve á través de mi cuerpo el alma mía,
Cual del aire á la clara trasparencia,
Estorbad que humillada la inocencia
Bata sus alas la calumnia impía.

Mas si cuadra á tu suma omnipotencia
Que yo perezca cual malvado impío,
Y que los hombres mi cadáver frío
Ultrajen con maligna complacencia,
Truene tu voz, y acabe mi existencia!...
¡Cúmplase en mí tu voluntad, Dios mio!

También merece citarse, con particular encomio, su precioso romance *Jicotencal*, obra bastante acabada y correcta, si se tiene en cuenta lo poco ó nada que sabía su autor, su triste y miserable situación y el desamparo en que vivía.

Como dijimos en la introducción á estos «Apuntes,» nadie mejor que Gabriel de la Concepción Valdés conoció la índole de su carácter poético en el exactísimo epígrafe que á sus obras puso. En él se ve á Plácido rico de imaginación, con algún instinto de forma y delicado gusto.

En cuanto á su erudición, también lo hemos dicho ya, se reducía á las obras de Martinez de la Rosa, á quién solía imitar, y, por desgracia, no en lo atildado de la frase y en la pureza de dicción, prendas ambas las más notables y valiosas en aquel cisne de Granada.

Pero, con todo y con eso, Plácido fué uno de los más inspirados hijos de Cuba. Muchos críticos reconocen que el mismo Heredia no estuvo naturalmente dotado de tan primorosas facultades, y es de lamentar que las circunstancias á que aludimos no le hayan dejado tiempo ni condiciones buenas para su perfecto y completo desarrollo; pues alejado de todo comercio literario, sin libros en que estudiar, sin amigos y sin dinero, no llegó en el breve espacio de su desgraciada vida, á proporcionarse esos indispensables medios de subsistencia que, al par que cubren las más apremiantes necesidades del vivir, proporcionan tiempo y lugar para el cultivo de las relaciones sociales. Pobre peinetero de oficio, mulato de condición, sin estudios ni cultura, vino á proporcionarse algunos conocimientos tarde y mal, y por eso le vemos imitar á unos y á otros, sin rumbo fijo, sin estilo propio, sin convicción ninguna, pero con estro nativo y gallarda y lozana imaginación. Incorrecto en la forma, desleido en la frase, es siempre dulce, apasionado y tierno en el fondo. Los defectos en que incurre pueden perdonársele en gra-

cia de su pobre condición. ¡ Quién sabe! ¡ Si hubiera hallado una mano protectora, quizá fuera hoy la gloria más alta de la poesía lirica americana.

Murió Plácido fusilado el día 28 de Junio de 1844 (1).

¡ Pobre poeta !

La primera edición de sus versos fué publicada en Matanzas allá por los años de 1848. En París hízose otra (1856) plagada de yerros tipográficos y en la que no hubo gran acierto literario.

Plácido pasará á la posteridad, no sólo por su genio y su inspiración, sino también por sus desgracias y su muerte.

Hé aquí unos fragmentos de una carta que escribió Valdés momentos ántes de morir :

« Dejo memorias á Martinez de la Rosa, Gallego y Zorrilla.

« No dejo expresiones á ningún amigo, porque sé que en el mundo no los hay.

GABRIEL.»

¡ Qué desengaño tan amargo encierran estas palabras !

---

(1) Sus delirios revolucionarios le comprometieron : su color le vendió, y las sospechas de las comisiones militares, formadas por el que más tarde fué duque de Tetuán y á la sazón Capitán general de la ísla, le llevaron á tan triste fin. Los procedimientos de aquel Gobierno no supieron respetar la preciosa vida de Plácido, hallando así la muerte quién, por su talento, por su poderosa imaginación y brillante estro, debía ilustrar la historia de su patria.



RAMÓN DE PALMA.

APARECIERON sus primeros versos bajo el pseudónimo de Alfonso de Maldonado, y con este nombre publicó su *Aves de paso,* colección de rimas que mereció la más cumplida aceptación del público habanero; dando, en tiempo posterior, á la imprenta los cuadernos intitulados *Hojas caídas* y *Melodías poéticas*.

Sin que pretendamos colocar á Palma á la altura de nuestros mejores poetas, no por eso hemos de hacer traición á su numen, dejando de reconocer la perfección del plan de sus composiciones, su florido estilo y la severidad de su frase. Cierto es que deslustra alguna vez que otra estas cualidades la imitación que desde luégo se descubre en sus obras, imitación que le daña, pues haciéndonos recordar su modelo, le encontramos flojo y sobradamente inferior á él.

¡ Ay ! cuánto tiempo inanimado, estéril,
En silencio pasé, sin que mi labio
Sonase con tu voz...

dice en una de sus mejores composiciones, parodiando á Heredia, cuando á la vista del Niágara exclama:

¡Oh! cuanto tiempo
En tinieblas pasó sin que mi frente
Brillase con su luz...

Este defecto, y otros varios, que encontramos en sus *Faces sociales*, desvirtúan la bondad de sus escritos, haciendo olvidar rasgos de animación y sentimiento tan donosamente expresados como éste:

¡Mi dicha es el amor! Tierra de Cuba,
Por los ardientes trópicos ceñida,
Tierra de luz, de palmas y de vida.
Mi dicha es el amor!
De tu espléndido sol, de tus estrellas,
De tus brisas del mar y de tus flores
Se desprende el raudal de sus amores,
Que bebe el corazón.

Si bien es verdad que en la misma composición, de donde tomamos estos versos hay conceptos triviales y pobres en demasía como pudiéramos probar citando:

¡Ventura loca!
Y estreché su mano bella
Y su cintura gentil.

Pero ¿han de bastar estos yerros y descuidos para condenar á un poeta como Palma? No juzgaría con razón el que leyere, si tal fallo profiriese, sin ver en sus *Devaneos de amor:*

Un silfo fué quién del Oriente trajo
La rosa purpurina

Con que perfuma su gentil tocado,
Quién á su planta célica
Calzó el coturno de luciente seda.

Y sin oírlo en *El Suspiro:*

¡ Cuán feliz correspondida
Es la cándida doncella,
Que arde en la pura centella
De una licita pasión.
Semejante al airecillo
Que retoza en los verjeles,
De su boca en los claveles
Vaga el suspiro de amor!

El himno de guerra del Cruzado está escrito con gran sonoridad en la versificación, aunque no le concedemos de buen grado, la primacia que le otorga Guituas entre su clase y género. Eso no lo puede asegurar quien haya leído el canto á Misolongy, de Luáces.

¿ Qué más? Antes de juzgar á Palma se hace necesario estudiar la época en que brilló (1835 á 50), el movimiento literario que entonces reinaba, los estudios que había hecho, todas las manifestaciones sociales que contribuyen á formar el alma de un poeta. Fué desgraciado éste en sus empresas. El profesorado y sus versos apenas le dieron para comer. No andaban medrados en Cuba los que por esta época se dedicaban á tan penosas tareas. Viendo, pues, que su laboriosidad infatigable no recibía otro galardón que vítores y aplausos, resolvió tomar por más utilitaria senda, y protegido por Aldama, desempeñó el cargo de secretario del ferro-carril de la Habana y la dirección judicial de los negocios particulares de aquel opulento prócer, á quién revueltas insurreccionales le llevaron más tarde, á perder su inmensa fortuna. Así vivió Palma dichoso y contento, gozando la relativa holgura

de su nuevo destino, y las delicias de su tranquilo hogar, que tanto embellecía su amante esposa D.ª María de los Dolores de Saint Maxent. En tan bonancible y casi próspero estado, le sorprendió la revolución anexionista, y comprometido en ella por sus marcadas tendencias políticas, miró en peligro su vida y hacienda, sufriendo los rigores de una prisión estrecha y mal sana, por espacio de algunos meses. De ella salió cuando, merced á las diferentes notas que cruzaron con el gabinete de Washington, los de Europa, hizo aquél declaraciones categóricas y concretas sobre la anexión, prohibiendo resueltamente las expediciones armadas que se preparaban en algunos puertos de la república. Estas peripecias y disgustos apenaron su ánimo esforzado, y los sinsabores, como lima sorda y penetrante, fueron enfermando su corazón, y produciendo una dilatación en sus paredes, lo que trajo consigo la muerte del pobre Palma.

Acaecida esta, sus amigos trataron de coleccionar sus obras, y hasta, que sepamos, llegaron á publicar un tomo de ellas; pero, la poca afición á comprar libros de puro entretenimiento, por una parte, y por otra el silencioso olvido de la muerte, obraron el milagro de dejarnos sin la colección, cosa muy de sentir, tratándose de un autor tan recomendable, atildado y nimio como el cantor de las *Aves de Paso.*

Se nos dirá que los versos de Palma carecen de fuego, que su estilo no es propio; pero ¡qué importa!... ¿No hay corrección y elegancia en su frase? ¿no tiene sentimiento en la expresión y arte y limpieza en sus obras? Volvemos á decirlo: Palma no puede compararse á Heredia, ni á Milanés ni á Plácido; sus versos no tienen la robustéz y virilidad que las odas de la Avellaneda y Luáces; no es tan dulce y tierno como Zenea y Mendive, pero tiene suficientes títulos para ser apreciado, y en sus obras y en las agitaciones de su vida literaria, puede estudiarse la revolución de ideas y de doctrinas que se realizaba en nuestro país.



JOSÉ JACINTO MILANÉS.

NADA más difícil para un crítico, que tratar de obras de mérito reconocido por todos; pues si no ha de seguir la corriente general, y procura poner la verdad en su punto, necesita colocarse enfrente de todos, y luchar á brazo partido con la pública opinión, no consiguiendo el logro de sus deseos y sufriendo en pago la mal querencia de muchos.

Ocúrresenos esta observación al estampar ahora el nombre de Milanés, no porque vayamos á rebajar su mérito, sino porque al examinar sus obras, obligados estamos á condenar, si en razón y en justicia nos ponemos, aquellas que precisamente forman el mayor deleite de sus compatriotas, mereciendo de ellos la más cumplida alabanza.

Ya al hablar de otro poeta dijimos algo sobre esto mismo, y sentimos pesar de haberlo dicho, y mucho mayor de repetirlo aquí, porque hásenos acusado por ello.

No fué propósito nuestro combatir el género social á

que dedicó Milanés algunas composiciones, aunque á ser francos, confesaremos que no es de nuestro agrado. Lo que hicimos entonces, lo que pretendemos hacer, fué probar que el poeta de Matanzas, era inferior á sí mismo, digámoslo así, cuando siguiendo á Zorrilla y sus bastardos imitadores, se extravía en un falso romanticismo, que es la negación del arte. Y tan cierto es esto, y tan hondas huellas nótanse de seguida en las obras de sus últimos tiempos, que si tuviéramos que separar las unas de las otras, no cobraríamos miedo de equivocarnos.

No se piense de aquí que fué sólo el romanticismo mal entendido, el que informó la mala dirección de su carácter poético; antes bien tuvo en ello mucha parte el desbarajuste que á la sazón reinaba en el país, en materia de letras, y el intento de torcer la verdadera índole y naturaleza del arte, pensando darle otro fin distinto del que propiamente tiene. Cuestión es esta que, de no ser grave y extensa para tratarla á vuelapluma, hablaríamos aquí un poco; porque algunos escritores cubanos han dado en la flor de aplaudir estos extravíos, atribuyendo á Delmonte esa tendencia moral de ciertas composiciones de Milanés. Podrá éste presentarse en ellas con alma pura y cándida, á quién causan honda y penosa impresión los males sociales que deplora; pero trabajo juzgamos más á propósito para sermón de cuaresma que para la lírica, el de corregir las faltas y cicatrizar las abiertas heridas sociales. El arte tiene su fin propio, peculiar y enteramente suyo, y no hay que confundirlo con la moral, porque, en este caso, puede suceder muy bien, que, por servir á esta, nos olvidemos de aquél. Pero, digamos algo de la vida del poeta y procedamos con método.

Nació José Jacinto Milanés, en Matanzas, el año 1814 y aún cuando su afición no era poca al estudio de las letras, no empezó á darse á conocer hasta después de haber cumplido veinte y tres años. Entonces lo hizo en el *Aguinaldo Habanero*, que, como hemos dicho en otro esbozo

biográfico, dirigían Palma y Echevarría; y en breve tiempo fué tan conocido de todos, que en las más pequeñas poblaciones de Cuba, era ya considerado como uno de nuestros mayores poetas.

La desgracia, que parece cebarse en los hijos más esclarecidos de aquel suelo, no echó en olvido á Milanés; y en 1843, abrumado por graves y complicadas afecciónes, sin que fueran bastantes los recursos de la ciencia y los constantes cuidados de la familia, y solicitud de los amigos, enmudeció para siempre, preso de una enagenación mental que le llevó al sepulcro tras largos padecimientos y dolores en 1863.

Tal fué la vida de este desgraciado poeta que, en frecuente ocasión exclamaba como Rabistone:

Mon cœur bat dans la solitude,
Le fil est long, la tacle es rude,
Belle étoile, ¡ah! je vaudrais bien
Un cœur, un cœur auprés du mien!

Y le atormentaba el infinito, como á Alfred de Musset; y, sin embargo, podía hacer suyos estos versos de Lafechebre.

Une promesse parle au fond de la souffrance
L' infi te tourment et l' infi t' attend.

Hablemos de sus obras; y ya que no conocemos más que la edición que hizo su hermano D. Federico, ajustemos á ella nuestra crítica.

Milanés, que es uno de los poetas más populares en Cuba, fué el primero que, desviándose del ejemplo presentado por los anteriores, trató de dar á sus cantos un colorido propio, retratando de tal modo los cuadros de la naturaleza tropical, que, si concediéramos á Cuba una literatura original y distinta de la castellana, citaríamos

algunas piezas de este autor, y otras tantas de Tolón, desechando á los demás, por no tener ese sello *sui gèneris* que es el *exequatur* de toda originalidad. La sencillez y dulzura, y sobre todo, la melancólica y soñadora tristeza de que se hallan impregnados sus versos, contribuyeron, tanto como el estro innegable de este poeta, á darle la fama y nombradía de que goza.

Aprovechándose de las ventajosas condiciones que le concedían sus poco comunes conocimientos, su instrucción nada vúlgar, y el estudio que había hecho de la literatura castellana, principalmente de los escritores del siglo XVII, trató de imitarlos, y, en muchos casos con no poco acierto. Ensayos hizo en este género muy recomendables; y á estos trabajos se debe, sin duda, la pureza y sencillèz de sus cantos. Enamorado del brillo de García Gutierrez, con quién tiene algún parentesco en la dulzura de sus versos, escribió su *Conde Alarcos*, tomando su argumento del Romancero. Ya Lope se había valido de esa trama, en una de sus más débiles comedias; Guillén de Castro y Mira de Amescua también habían llevado esta fábula al teatro. La obra del poeta matanzero alcanzó gran boga en su tiempo, y se representó con verdadera solemnidad en los primeros coliseos de la Isla; pero, en rigor de verdad, no pasa de ser un felíz ensayo escrito con fuego y talento, que arranca lágrimas al más indiferente.

¿Quién que se pique de literato no ha oído recitar su canción á *La fuga de la tórtola?* ¿Quién habrá que, amando lo bello, no se haya entusiasmado leyendo *La Madrugada?*

Ninguno. ¡Es imposible! Hay tal sencillez, tal encanto, tanta poesía en esas composiciones, que preciso se hace ser completamente refractario al buen gustó, para dejar de admirar la fuerza creadora del génio. Pero, copiémoslas aquí, que seguros estamos de que habrá de agradecérnoslo el que leyere:

LA FUGA DE LA TÓRTOLA.

¡ Tórtola mia ! Sin estar presa,
Hecha á mi cama y hecha á mi mesa,
A un beso ahora y otro después,
¿ Porqué te has ido ? ¿ qué fuga es esa,
Cimarronzuela de rojos piés !

¿ Ver hojas verdes sólo te incita ?
¿ El fresco arroyo tu pico invita ?
¿ Te llama el aire que susurró ?
¡ Ay de mi tórtola, mi tortolita,
Que al monte ha ido y allá quedó !

¡ Oye mi ruego, que el miedo exhala.
¿ De qué te sirve batir el ala,
Si te amenazan con muerte igual
La astuta liga, la ardiente bala
Y el canto *jubo del manigual ?*

Pero ¡ ay ! tu fuga ya me acredita
Que ansias ser libre ; pasión bendita
Que, aunque la lloro, la apruebo yo.
¡ Ay de mi tórtola, mi tortolita,
Que al monte ha ido y allá quedó !

Si ya no vuelves, ¿ á quién confio
Mi amor oculto, mi desvario,
Mis ilusiones que vierten miel,
Cuando me quede mirando el rio
Y á la alta luna que brilla en él ?

Inconsolable, triste y marchita,
Me iré muriendo, pues en mi cuita
Mi confidente me abandonó.—
¡ Ay de mi tórtola, mi tortolita,
Que al monte ha ido y allá quedó !

LA MADRUGADA.

Necio y digno de mil quejas
El que ronca sin decoro,
Cuando el sol, con rayo de oro,
Da en las domésticas rejas.

¿ Puede haber cosa más bella
Que de la arrugada cama
Saltar, y en la fresca grama
Del campo estampar la huella ?

Campo, digo, porque pierde
La mañana su sonrisa,
En no habiendo agreste brisa,
Mucho azul y mucho verde.

No hay que gozarla en ciudad:
En todo horizonte urbano
Se estaciona de antemano
Triste vaporosidad.

¡ Luégo, ved! tanto edificio
Alto, serio... angustia dan,

El alba, el sol, allí están
Como sacados de quicio.

No, yo he de andar á mis anchas
Una campiña florida,
Por ver del alba querida
La faz virgen y sin manchas.

Verla en Oriente lucir
Diáfana, rosada, bella,
Como una casta doncella
Que enamora al sonreir.

Yo no sé como hay cabeza
Tan interesada y fria
Que no ame al rayar el dia
La hermosa naturaleza.

Vedla rejuvenecerse,
Vedla rodar en el rio,
Brillar pura en el rocío,
Con los árboles mecerse.

Arrastrada en el reptil,
Fiera y alzada en el bruto:
Dulce en el colgado fruto,
Risueña en la flor gentil.

¡Oh Dios!... Allá en mis niñeces,
Antes de brotarme el bozo,
¡Con qué sencillo alborozo
Vine á ver esto mil veces!

Ya una errante mariposa
Con su matiz me atraía;
Ya olvidado me ponía
A contemplar una rosa.

Siempre alegre. ¡Ya se vé!
Nunca entonces cavilaba
Ni mis cejas arrugaba
Algún triste no sé qué.

Después como entré en más años,
Y como ví una hermosura,
Tuve por triste locura
Ver sol, montes y rebaños.

¡Que ingrato fui!— Pero bien
Se vengó naturaleza;
Aquella ingrata belleza
Olvidóme con desdén.

Vertí un mar de llanto: el alma
No se me hallaba sin ella;
Al fin, una amiga estrella
Dolióse y me puso en calma.

¡Oh, qué dolor tan agudo
Es olvidar! Pero al cabo,
Rotos los grillos de esclavo,
Curóme el médico mudo.

El tiempo, el tiempo velóz
Que tiñe nuestras cabezas

De blanco, y tantas bellezas
Deja sin luz y sin voz.

De entonces acá me place
Ver la escena matutina
Segunda vez: medicina
Celestial que me rehace.

Con todo, mis cicatrices
Se ensangrientan, y suspiro
Adonde quiera que miro
Dos amadores felices.

Y aun con menos ocasión,
Si oigo el susurro alterno
De dos palmas en lo interno
Se me angustia el corazón.

Si en un ramo miro á solas
Dos aves cantar querellas,
Si relucir dos estrellas,
Si rodar dos mansas olas;

Si dos nubes alcanzarse,
Y por el éter perderse,
Si dos sendas una hacerse,
Si dos montes contemplarse;

Me paro y con ansiedad
Recuerdo que á nadie adoro;
Miro tanto enlace, y lloro
Mi continua soledad.

Costumbre general es entre los que para el público escriben amontonar páginas sobre páginas, á fin de presentar voluminosos tomos, sin detenerse á pensar que quièn mucho escribe se halla más propenso á equivocarse, y que la cantidad no añade belleza, antes bien la quita y da fatiga y cansancio.—Heredia no hubiera sido ménos grande si sólo hubiera escrito sus composiciones al *Niágara* y al *Sol*, y Gilbert, Andrés Chenier y otros muchos, no necesitaron fatigar las imprentas para gozar de una reputación envidiable.

A esta costumbre pagó escote Milanés, y así vemos en el tomo de sus obras trabajos que, por lo incompletos y defectuosos debieron permanecer en olvido; y no se nos diga que en todos ellos hay *algo* recomendable, porque si bien es cierto, no es menos verdad que contienen pensamientos vulgares en demasía y versos malísimos. Otros hay que, sin reunir los defectos de forma, no son muy superiores por el fin á que propenden, y la pintura por demás enérgica que encierran:

Cuando hay luna en el cielo y no hay estrella
Y en lenguaje nocturno hablan las olas,
Platicará con la casada á solas;
Pálida reirá la vil casada,
Y bajo de la adúltera almohada
Ocultará cargadas las pistolas.

. . . .

Que huye del sol y *anda oculto*.

. . . .

Como se muerde el puño y *sin resuello*

. . . .

En vez de que la ley *ponga un atajo*.

. . . .

Pues por huir de que el pueblo airado *ladre*

. . . .

Un ayo
Ingerto y risible de docto y lacayo
Que *vierte latines y enseña á servir.*

Pero despojado de estos defectos, eliminadas algunas composiciones y separadas otras, puede formarse un pequeño ramillete, que hará recordar por siempre á este infortunado poeta. Con el desbarajuste de una edición chapucera, se nos presenta Milanés muy desigual, y culpa tendrá de ello el colector de sus obras, que, falto de tino, y no con muy buen criterio, publicó cuantos versos hubo á mano, sin consultar la crítica literaria y los preceptos del buen gusto. Al ocuparnos de Plácido, nos quejamos de esta misma falta, y entonces, como ahora, deploramos el escaso talento de ciertos editores que nos ponen en el caso de censurar, contra nuestra voluntad, lo que coleccionado con mayor esmero fuera digno de alabanza y aplauso.

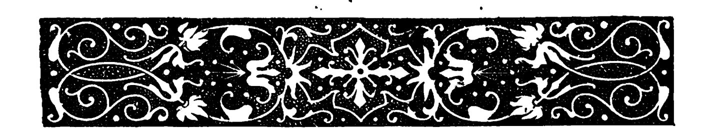
Y es esto tanta verdad que hasta los compiladores de *Cuba poética* vacilan un momento al escoger las poesías de este bardo, como temerosos de estrellarse con la opinión pública, lo cual viene á ser un argumento *de fuerza* para nosotros, pues en el trascurso de estas biografías hemos podido apreciar lo reparados que son en sus escogimientos tan donosos críticos.

Pero no presuma nadie que tratamos de menospreciar á Milanés. Léjos de eso, queremos consignar de un modo concreto, al terminar estos apuntes que de ligero escribimos, que, sin vacilación, reconocemos en el poeta de Matanzas méritos bastantes para colocarlo en los primeros puestos de nuestra galería.—No tiene el fuego pindárico de Heredia ni la entonación robusta y varonil del malogrado Luáces; pero hay tal sencillez, tal armonía, tan delicado acento en sus versos, que, fuera de estos dos gigantes de nuestra literatura, ha de compartir con Plá-

cido los aplausos que arranca el genio y la admiración que tributa un pueblo á sus hijos más preclaros.

Habana, 1876.





MIGUEL TEURBE DE TOLÓN.

EN sus poesías, dice en el prólogo de una de sus ediciones, — hay lo que ha habido en mi vida — alegres ilusiones, á par que tristes realidades, alcázares de cristal en lo porvenir y escombros de venturas en el pasado, armonías y encantos de ayer; gemidos y dolores de hoy, esperanzas que siempre corren por delante sin dejarse alcanzar, y desengaños que vienen azotando sordamente por detrás, cantos y lloros, risas y lágrimas, duda descreída y fe inefable, todo lo uno tras de lo otro, todo en confusión, todo chocándose como olas de revuelto mar. — Con estas palabras se describe el poeta mucho mejor que pudiéramos hacerlo nosotros. — Temperamento exaltado; imaginación ardiente, creyó sonada la hora de la libertad para su patria, y acariciando planes de anexión con los Estados Unidos, abandonó su modesto hogar, y ansioso de distinguirse se entregó al torbellino de la revolución en Nueva-York. Situación de angustia y zozobra, sin medios de vida en un país extraño, hallándose solo y acosado por la miseria. A sacarle de

estos apuros vinieron los que dirigían los asuntos cubanos, en la ciudad imperial, dándole parte en la colaboración de *La Verdad*, órgano oficial en aquella época de la gente levantisca. Hallábase en este empleo, como el pez en el agua. Publicó en este diario violentos escritos que hicieron figurar su nombre en el registro de la Comisión Militar establecida en la Habana como acusado por delitos de infidencia, siendo sumariado más tarde, y recayendo sobre él sentencia de pena capital, en el consejo de guerra que se le formó. Reseñas históricas y biográficas de sucesos y hombres contemporáneos, escritos con alguna facilidad y elegancia y grande exageración de ideas y sobrexcitación de pasiones; dió á luz en *La Verdad*, juntamente con un diálogo en que el autor suponía ser el asunto de las conversaciones que tenían en la Isla diversas personas de las diferentes clases sociales, discurriendo sobre los acontecimientos del dia. Este último trabajo fué el más notable de los que hizo en esta época, llamando poderosamente la atención por la novedad de la forma hasta entonces no empleada por otro alguno.

También publicó en esta fecha una obra de educación titulada *Elementary Spaisish Reader and Translator* y una traducción de la *Historia de los Estados-Unidos* de Mis Emma Williar.

Todos sabemos el fin que tuvo tanta fiebre revolucionaria de anexión. La parte sana del país repugnaba abiertamente ese pacto convencional que iba á poner nuestra raza á merced de otra, si bien prepotente y grande por su bienestar y progreso, sobrado absorvente y rapáz por condición natural. Los espíritus sérios y reflexivos eran enemigos declarados de tan temeraria empresa. Aun aquellos que más se habían distinguido por lo exaltado de sus ideas, veían con malos ojos tan descabellado proyecto. En honor de la verdad debemos confesar que el Gobierno americano no hacía gran cosa por alentarlas; antes bien, acogíalas con apatía, convencido tal vez de la poca efica-

cia de sus resultados. Con estos antecedentes, el pronunciamiento de las Tunas y el desembarco en Playitas de Lopez, demostraron las pocas fuerzas con que contaban. —Entonces, como sucede siempre, los apologistas de la víspera se tornaron en crueles censores, y aquella junta revolucionaria que, en la medida de sus fuerzas, había hecho todo lo posible, estrellándose contra la indiferencia de la opinión pública, recibió las más acerbas críticas, las más rudas recriminaciones, como si en sus manos estuviera el cambiar la manera y esencia de las cosas.

Tolón fué uno de ellos. ¿Cómo nó? Su imaginación febricitante no le permitía ver el sentido práctico de las cosas; no comprendía en medio de sus delirios revolucionarios, que es imposible alterar el órden y el gobierno de un país que vive tranquilo, trabajando y engrandeciéndose bajo la bandera augusta de la patria. ¿Se cometían abusos en la administración? ¿había un desequilibrio en el repartimiento de destinos públicos? ¿qué importa? Ancho y pacífico campo se ofrecía á los cubanos para conquistar el bienestar deseado y la libertad apetecida, sin ir á postrar su riquísimo suelo á la voracidad rapante de la nación vecina.

Concluída la revolución, tristes y aciagos días de miseria se presentaron para nuestro poeta. Se vió sólo y abandonado por sus amigos, en país extranjero, bajo los rigores de un clima que no podía soportar, y entónces pidió ser comprendido en la amnistía política, para volar á su patria infortunada, donde la muerte había de segar por siempre su asendereada vida.

¡Pobre poeta! ¡Sus delirios políticos á qué extremo no le condujeron! Su amor ferviente y sacrosanto al suelo que le vió nacer ¿á que fines tan altos no le hubiera conducido, si, mejor guiado, su precioso talento no se malograse en la miseria y alejamiento á que le llevaron su vida de conquistador y su carácter bélico? Nació en Matanzas el 20 de Setiembre de 1820 y murió en la misma ciudad el 30 de Agosto de 1857.

Sus obras no se han publicado todas en forma de libro. Cuando dejó esta mansión terrena se ocupaba precisamente en preparar una edición completa. Eso, no obstante, con las publicadas podemos formar juicio de las buenas cualidades de este ilustre matancero, y señalar en él uno de los que con más acierto y gracia dieron sabor local á sus cantos, procurando inclinar el gusto público á esta clase de trabajos literarios. Cierto es que en algunas de sus leyendas describe cuadros inexactos é inadecuados. Dígalo sino la que lleva por título la *Lectura de la Biblia*, donde pinta á un anciano labrador leyendo en corro de familia las Santas Escrituras. Eso, desgraciadamente no pasa en Cuba; allí no se suele ocupar la gente en buscar en esas sublimes páginas la guía de perfección moral y salvación eterna. No está dentro de las costumbres de aquel país, el recogimiento que ha menester el padre de familia para congregarla, en horas de ócio, y dirigirla con las sábias enseñanzas biblicas. Hay, sin embargo, intención en esta leyenda, y bien claro se vé en los siguientes versos:

La voz armoniosa y grave — en la estancia resonaba, — de los salmos del profeta — repitiendo las palabras: — « Mancebo fuí en otros dias, — y hoy de la vejez cansada — arrastro el fardo: mas nunca — vi que Dios abandonaba — al justo, ni vi su prole — que mendigando vagara — » Su amo, dijo entonce el negro — ¿ yo también? — Si Dios no falta, — buen Pedro, ni á tí ni á nadie. — Ámale como Él te ama, — pón tu esperanza en su mano — y Él pondrá su luz en tu alma. »

No es esta la mejor de sus obras; la *Ribereña de San Juan*, el *Remedio de una honra* y un *Rasgo de Juan Ribero,* colocan el nombre de Tolón á una altura envidiable y lucen las galas de su ingenio florido. No tiene poderoso vuelo su inspiración; en la oda decae siempre; en las estrofas de arte menor es donde ostenta su gallardía y se ense-

ñorea con el habilidoso empleo que hace de los adjetivos. Es un poeta sobre todo, y ante todo, local. Sus trabajos tienen, sin duda ninguna, el dejo de los cantos populares de Cuba. No cultivó ese género bastardo que trató de aclimatar en aquella tierra el versificador Fornáris. Comprendió, con sobra de talento, que para crear en Cuba una literatura propia y original, le bastaba copiar su naturaleza floreciente siempre, retratar las costumbres y usos de sus hijos, y no hacinar palabras de dudoso origen y soñadas historias de tiempos que no pasaron, con el fastidioso apéndice de «Yo soy Siboney.» — En este concepto nos es grato hacer mención de este matancero, digno por su talento, de figurar entre los predilectos hijos de Apolo en la Isla.





JOSÉ LUÍS ALFONSO

MARQUÉS DE MONTELO.

CANTOS *de un Peregrino*, intitula este hijo de Cuba una colección de sus obras publicada en París en 1863, y bien pudiéramos asegurar que tienen mucho de peregrino los tales versos. Él mismo así lo reconoce, presentándose en el Prólogo como *simple aficionado*, y á fe que no miente; pues, si no tiene nada de esto último, anda bien sobrado de lo primero, y váyase lo uno por lo otro.

Dice también, quizá para atenuar los yerros, que sólo en horas de ócio y de holganza ha dedicado las fuerzas de su intelecto al estudio de las letras; y esto casi nos avisa en favor suyo, porque en medio de todo, peor sería que se dedicara á *mauvais affaires;* pero hétenos aquí que, cuando más decididos estábamos á callar, saltó la liebre, es decir, la liebre precisamente no, por que no había ninguna, sino que D. José Luís, con una bondad irre-

prochable, aun cuando con sediciosa intención y aviesa mira, nos ofrece otro segundo tomo; y como eso de darnos un segundo tomo es la mayor de las calamidades que pueden sufrir las letras cubanas, y nosotros somos fieles amantes de ellas, — ¡ qué demonio! — lo que es eso, no se lo podemos perdonar.

Pero vamos á cuentas.

Divídese la obra en tres partes, concluyendo con una traducción de los *Cantos de Selma*. — Respecto de este poema, lo mismo que á la noticia que acerca del bardo escocés nos suministra Alfonso, hemos de apuntar algo á la postre de este artículo; pues ahora queremos examinar, aunque ligeramente, porque no podemos detenernos en obras de tan escaso valor, los tres primeros libros, que, ó mucho nos engañamos, ó no nos han de dar momento de reposo en su condenación y crítica.

Difícil nos sería clasificar las obras de este autor, y para ello no tenemos la paciencia y el buen humor que necesarios se hacen para cosa tan baladí; pero si no hemos de hacer una clasificación detenida y un análisis profundo de los versos de Alfonso, no por eso dejaremos de consignar aquí nuestro juício crítico, en la seguridad de interpretar en él el de todos los cubanos que hayan leído los *Cantos de un peregrino*.

Si entendemos por poesía la manifestación de lo bello, y la expresión artística del pensamiento por medio de la palabra, mal atinado anduvo este autor bautizando su libro de tal, pues en él no encontramos, y nos pesa en el alma, ni artística expresión, ni belleza alguna. Y no se diga que, ya que no un poeta excelente, es José Luís Alfonso un versificador armonioso, que ni esto le concedemos, y sólo, haciéndole mucho favor, colocamos su nombre al lado de los de Briñas, Betancourt y Cháves.

Abramos el libro, y oidle en unos sáficos á Nísida:

Haz que yo sienta sobre el pecho *mio*

La carga amada de tu hermosa frente,
Y que el aroma de tus negros *rizos*
Ávido aspire.

. . . .

Así felices en eterno *abrazo*
Nos juraremos un amor eterno,
Y si funesto nos separa el *hado*
Venga la muerte.

. . . .

Si de mi amada conocer *deseas*,
Lector amigo, la sin par *belleza*...

. . . .

Oval el rostro, placentero tiene,
Cual la sonrisa de la madre Vénus.

Mas no contento con estos desatinos, comete otros no menos notables, y á poco que anduviéramos, y si nos fijáramos en *La Noche de luna*, encontraríamos estos versos, en los que no sabemos que admirar más, si el chaparrón de asonantes ó lo mezquino y pobre del pensamiento:

Bello es el mundo y la vida,
Bello el *cielo* y sus lumbreras,
Bellas las verdes *praderas*
Como las flores de Abril;
Bello es el mar, y la *calma*
De sus ondas *azuladas*,
Dó se miran *retratadas*
De la noche estrellas mil.

Todo esto será muy bello, y más aun si así lo quiere el Sr. Alfonso; pero es poco castizo, y suponemos, pensando llanamente, que, al decir « estrellas de la noche,» lo hizo con la buena intención de no confundirlas con las que nos hace ver un indiscreto pisotón, sobre un callo re-

cibido. Por otra parte, que las estrellas no son de la noche ni del día, ya lo sabemos todos, y por lo tanto, parécenos sobrada impropiedad atribuírselas á aquella, cuando éste pudiera presentar también sus títulos de dominio.

Y hora es ya de que tratemos del poema de Ossián.

Cuestiónase de mucho tiempo ha sobre la existencia de este bardo, á quien se ha tratado de colocar al lado de Homero, asegurando que sus cantos pueden competir con la *Iliada* y la *Odisea*, y tan revueltos andan los pareceres y tan confundidas las opiniones, que más de cuatro, padeciendo extravío, afirman la autenticidad de sus poemas, sin que hasta la fecha, que sepamos, tengan razón alguna en que fundarlo. Es de los que sostienen esto el autor de quien hablamos, y tal maña se da, y de tal modo enmaraña y tergiversa la verdad histórica, que, pese á su sabér, no entendemos una jota de lo que sobre este punto dice. Nosotros, lejos de pensar en la verdadera existencia del hijo de Fingál, creemos que los poemas que con su nombre se conocen fueron escritos por Jacobo Macpherson, mediano ingenio que brilló allá por los años de 1760.—La popularidad que adquirieron estos cantos tiene su fundamento y aplicación en la humillación política que sufría Escocia, y no en el mérito literario intrínseco suyo, pues que, á vuelta de mil imágenes exageradas y faltas de verdad, toman un color vago, fantástico y sentimental, que, agradando al pronto, concluye por producir mareos.

¿Qué diremos de la traducción de José Luís Alfonso? ¿Se encontraba en condiciones para emprender este trabajo? ¿Basta saber un idioma para traducir bien una obra? El autor de los *Cantos de un peregrino* era el menos á propósito para dar cumplido remate á empresa tan árdua, y así le vemos trasladar desatinadamente á una lengua que no es por cierto la que hablaron Cervantes y Calderón, aquellas descripciones fantásticas, donde oímos silbar el viento entre los abetos y vemos cabalgar las sombras en las nubes.

Toda traducción en verso suele ser incorrecta y defectuosa, y, sobre todo, poco fidedigna. Sucede, que, tratando de vencer los obstáculos rítmicos, se olvida el pensamiento, y pierde éste toda la brillantéz y ternura con que fué expresado. Sucede también muchas veces, y particularmente al traducir del inglés al castellano, que las diferentes combinaciones del lenguaje, no se amoldan, por lo general, á una forma que, por muy sencilla que sea, siempre es más fatigosa y difícil que la prosa.

¿Qué habría de pasar con los *Cantos del Selma*? ¿Qué?... Preferimos callar, y callamos. ¡Ojalá que nuestro silencio pudiera hacer olvidar las obras de José Luís Alfonso! (1).

---

(1) Al preparar ahora la segunda edición de este libro, debemos hacer una advertencia.

Nada de cuanto consignamos en este artículo se refiere al hombre; todo va con el escrito. Nuestras censuras no son personales, y aunque empleamos el lenguaje ligero y frívolo de una crítica fugitiva, no por eso tratamos de rebajar la personalidad del escritor, cuyas obras dan motivo á nuestras burlas.

Y ya que tenemos la pluma en la mano, por más que andemos con prisa, no queremos pasar por alto otra advertencia. — En la colección de versos que publicó Lopez Prieto con el título de *Parnaso Cubano*, al ocuparse en este autor, copia versos más aceptables que los que aquí se citan. — En descargo de nuestra conciencia debemos declarar y declaramos que cada cual habla de la feria según le va en ella. Al Sr. Prieto no le fué del todo mal según la traza que pone y la muestra que nos enseña. Los versos que cita, si bien no son modelo de dicción y pureza como afirma, no están preñados de lugares comunes, ni presentan una rima incorrecta, como los otros. Son producciones incoloras: hijos entecos y encanijados de un chirumen poético pobre y mezquino; porque con todo y con eso, dígase lo que se quiera en el *Parnaso Cubano*, el marqués de Montelo no es de los que inventaron la pólvora en materia de versos.

Y basta ya de advertencias y explicaciones.

Fecha ut supra.



JOAQUIN LORENZO LUÁCES.

Carta á un amigo de confianza.

AMIGO mío: Pregúntame usted con bondadosa curiosidad, en su estimada carta, que, como todas las suyas, llenóme de placer, por mis insignificantes escritos, y me anima, generoso y benévolo conmigo, más de lo que merezco, á terminar y dar á la estampa mi trabajo, acerca de la poesía lírica cubana. Muchas veces he dudado, y suspenso repasaba mis mal pergeñados manuscritos, viendo en ellos la gran deficencia que manifiestan y revelan, y al reparar en lo pobre y malo de su estructura literaria, pensaba al pronto en cambiar la forma y plan de mi trabajo, y escoger simplemente algunas piezas de cada autor, precederlas de muy someras notas biográficas, con relación sucinta de sus escritos, y dar de ese modo á la imprenta un reportorio de versos cubanos.

Tarea fácil y por demás sencilla sería esta para mí, aunque tropezase con algunas dificultades, que se explican desde luégo, recordando que no otra cosa hicieron

Luáces y Fornáris, en su *Cuba poética*, con más reposo y vagar que yo, y conociendo y tratando personal é íntimamente á casi todos nuestros poetas; por más que en ese libro,¹ que usted conoce perfectamente, en resolución no brillan ni la imparcialidad ni el buen gusto de los compiladores. Pero, ¡ qué quiere usted, mi amigo ! Eso de no meter baza, como vulgarmente se dice, hiere mi amor propio, hasta el extremo de hacerme desechar tal propósito, y me obliga á continuar la primitiva senda, dedicando un artículo á cada poeta, y diciendo en él, como Dios me dé á entender, lisa y llanamente, no sólo mi opinión, enteca y flaca en demasía, sino la agena, si autorizada y digna se presenta. Tal sistema, harto más escabroso y difícil, entraña por otra parte mil tropiezos, que consisten en tener que condensar y concretar el pensamiento de manera que en muy pocas páginas resulte expresado lo que para su mejor y más adecuado desarrollo requeriría todo un libro. Y tanto es esto verdad, cuanto que me encuentro apurado hace días, sin saber como y de que modo he de escribir algo que no sea impertinente, sobre el poeta más vigoroso de esta tierra. El cantor de los grandes ideales de la humanidad no coge en el reducido cuadro de un artículo; su figura, cada vez más grande para mí, no se encaja en el estrecho marco que serviría para Briñas ó Fornáris. Y ¡ vea usted lo que son las cosas ! Joaquin Lorenzo Luáces es un poeta casi desconocido entre nosotros; sus versos, algunos de ellos publicados en un pequeño volúmen, cuya edición no fué numerosa; sus grandes odas al trabajo y á Varsovia y á Ciro Field; sus dramas y comedias, que son muchos; sus leyendas cubanas y sus romances, donosos y galanos como los de nuestros mejores hablistas; sus poemas, inéditos algunos; todos los trabajos, en fin, de su fecunda y correcta pluma, no han visto la luz pública coleccionados en forma de libro. Unos cuantos andan repartidos en las buscadas colecciones de nuestros escasos periódicos;

otros impresos separadamente en pequeños cuadernos; muchos en poder de su hermano D. Agustin, y todos ellos olvidados por la juventud, que conoce á Luáces más por su fama que por sus obras, más por el recuerdo de las prendas personales que le adornaban, que por los cantos apasionados y vehementes de su musa.

Fornáris era su amigo, y con él redactó muchos periódicos y revistas; con él compuso y recopiló esa desgraciada *Cuba poética*, de tan pésimo y deleznable gusto (1). A la muerte de nuestro poeta, el bardo bayamés le dedicó un artículo, más sentido que bien escrito y pensado, recordando su valeroso estro, y llamando la atención pública sobre el pobre Luáces. Villergas, que también le conoció cuando comenzaba su carrera literaria y las grandes concepciones de su inteligencia aun no habían robado su forma y vistosos atavíos á su fantasía y lozana imaginación, aplaude su depurado gusto en el manejo habilidoso del idioma en que escribe, y declara que sabe sostener convenientemente en sus obras el vuelo levantado de la verdadera inspiración. Encuentra muy nutrida de ideas, ataviadas con la majestuosa forma que su asunto requiere, la poesía que intitula *La Naturaleza*. Cita, el mismo crítico, los siguientes versos, tomados del *Último amor*, y el soneto dedicado al alzamiento del país Lombardo-Véneto:

Por él Catón, muriendo, se engrandece,
Y triunfa Bruto, y su ofensor perece;
Y del audáz Hiparco, haciendo vanas

(1) Debo declarar aquí, aunque no tengo motivo digno en que fundarlo, y sólo es obra de recelo ó sospecha que me asalta por el conocimiento de las obras de estos dos poetas, que la colección intitulada *Cuba poética*, más debe ser trabajo de Fornáris que de Luáces, ó bien que en su empeño cedió el autor del *Aristodemo* á una amistad poco franca y sobradamente exagerada y pueril.

Las duras leyes que menciona el ódio,
Con verde mirto cubre
Su fiel espada el vengador Hermodio.

A los nombres de patria y de venganza
Despierta rencoroso el italiano,
Y alzando airado la robusta mano,
Altivo blande la nudosa lanza.
Le conduce á la gloria la esperanza;
Reta á los siervos del feróz germano,
Y retumba en los ámbitos del llano
El himno precursor de la matanza.
El pendón nacional despliega al viento;
Combate bravo, asalta las almenas,
Huye el austríaco á su mirar sangriento...
Y exhaustas ya las generosas venas,
Sólo pueden alzar en monumento
¡Venecia ruínas y Milán cadenas!

Menciona como dignos de elogio, otros, como *La Pesca* y *Bruto, primer cónsul*, copiando el robusto y animoso coro de su *Canto de guerra:*

¡Venganza griegos: Missolonghi en ruínas
Bajo el alfanje de Ibraim cayó!
¡Halle siempre el muslín, cual en sus muros,
Al griego muerto, pero esclavo no!

Para Villergas, Luáces pertenece á la raza de los verdaderos poetas, y señala su presencia en Cuba, como uno de los más predilectos hijos de la musa castellana. Es atildado y nimio en su lenguaje, sin ahogar en una forma amanerada y violenta el fuego sacro de la inspiración; no canta solo la hermosura y el amor; su lira resuena caden-

ciosa y dulce al expresar el afecto que inspira la mujer amada, de igual modo que encuentra acentos bizarros y dignos arranques, cuando describe los adelantos de nuestra portentosa civilización y proclama la libertad benéfica de los pueblos.

Ya vé usted, amigo mío, si tengo tela larga que cortar, y si con tantos elementos como poseo, amén de una biografía detallada y minuciosa que me dió un hermano de Joaquin Lorenzo, con varios versos inéditos de éste, que guardo como preciosa reliquia, no podría hacer un acabado estudio de sus obras si, con más reposo, vagar y esparcimiento, pudiese coordinar mis ideas, darles forma adecuada y digna, y poseyere más talento y analítica atención. Por eso le decía, al empezar esta carta, que me veía negro, sin saber que hacer con este poeta, para mí el más notable de Cuba. Señalar los defectos de Briñas, de Fornáris, de Vinajeras y de otros mil, es labor fácil y acomodada al gusto público. Es más, la pequeñéz de sus obras dispensa al crítico de un trabajo serio, meditado y extenso; pero eso no sucede así tratándose de hombres como Luáces, que han escrito mucho y muy bien, reservando la posteridad, para sus obras, una influencia patente y manifiesta en la dirección de nuestra juventud estudiosa.

Era nuestro poeta de familia modesta, aunque no pobre, y en ella halló siempre ejemplo digno que seguir, modelo honrado que imitar, y condición y despejo en que amoldar su carácter. De cuerpo enteco y encanijado, gozó de poca salud, y su robusto ánimo y valeroso esfuerzo viéronse mal encerrados en tan pobre y menguada vestimenta. Sensible y afable en su trato; caballeroso y digno, conocía perfectamente nuestra literatura y escribía con corrección y gracia y de carrera, no concediendo á sus escritos importancia alguna; enemigo de darse á luz y de lucir las galas de su ingenio, que él juzgaba, con su delicada modestia, de ningún valor. Gozaba en el triunfo

de sus amigos y aplaudía la revolución literaria de su país, amándole con amor ciego y exaltado. Cultivó todos los géneros literarios; pero las condiciones peculiares de su espíritu, su exquisita prudencia y benignidad, le hicieron sobresalir más en los unos que en los otros. Y no podía suceder de otra manera. ¿Cómo era posible que Luáces compusiese epígramas y letrillas, como Góngora y Quevedo? ¿Cómo habían de valer sus críticas y sus artículos de costumbres tanto como los de Fígaro? Bufón lo ha dicho: el estilo es el hombre, y cuando quería poner de manifiesto los vicios de una obra, hallaba la disculpa en ellos y la aplaudía; cuando pensaba zaherir con un epígrama á un émulo suyo, lo hacía con tal suavidad, que resultaba inocente y pueril en sus enfados; era todo amor y entusiasmo, y no podía lucir su ingenio sino en los grandes vuelos de la poesía pindárica, cuando exclamaba:

¡Ciro, Cambises, Alejandro, César,
Pasad en vuestros carros y corceles,
Que de cien pueblos la cervíz hollaron!
¡Pasad; vuestros estériles laureles
El incendio y la muerte marchitaron!
Pero no los de Field... Ellos florecen,
Y sin llanto ni sangre reverdecen...
¡Vedlo sino! Con diestra inmaculada,
Del sábio ilustre conquistando el sólio,
Ha subido al moderno Capitolio
Laureado y solo, sin pavés ni espada.

Ya he dicho antes que Luáces rendía fervoroso culto á la amistad. — Prueba patente de ello es que en sus postrimerías, y cuando la muerte, aparejada de dolores, iba á visitarle, se creyó obligado por el dicho de su amigo Mestre, pulido escritor cubano, y presentó al certámen, que abrió el Liceo, un trabajo notabilísimo. Es un vale-

roso esfuerzo de su musa, próxima ya á espirar (1).

> ¡Oh Cuba! ¡oh patria!... ¡Si á mi acento rudo
> Tan grave senda holláras;
> Si á la molicie enervadora alzáras
> Con el trabajo previsor escudo;
> Si enérgica arrojaras
> El traje bullidor de los festines;
> Si opusieras con ánimo arrogante,
> Al perfumado humear de los pebetes
> Y al himno estéril del placer incauto,
> Que al íntegro sonroja,
> El rugiente vapor que el agua arroja,
> El crugir del cilindro que voltea,
> Y el alto hervor con que la masa roja
> Del fundido metal bulle y ondea!

Ignoro si llegó á publicar en colección sus anacreónticas, pero las conozco casi todas, y puedo aventurarme á decir á usted que no me agradan, por más que en todas ellas se descubre la inspiración de este peregrino poeta. Fornáris confiesa que lo creyó discípulo de Anacreón, y que le estimulaba á seguir sus huellas. ¡Medrados estaríamos, por mi fe, si llega á tomar por lo serio su consejo! Hoy no tendríamos esas odas que he citado, y la que dedicó á Varsovia, que puede muy bien figurar entre las mejores de Quintana. A pesar de todo, en sus anacreónticas hay gracia y sencillez, y á veces cierta ligera travesu-

---

(1) Para que vea usted que no me dejo llevar de la pasión, quiero consignar aquí que en dicha oda hay versos tan impropios como este:

> Doma al caballo, disciplina al toro.

Pero ¿qué valen éste y otros lunares ante la severidad de la forma y la robusta entonación de este canto?

ra, que sienta á maravilla en este género de composiciones.

También el teatro tiene que agradecerle á Luáces. No era un poeta dramático en el riguroso sentido de la frase. Sus dramas, por lo común, son flojos; sus comedias, bretonianas, á vuelta de una versificación fácil, fluida y elegante, descubren pobreza de trama, no despierta el verdadero interés, necesario, gradual y constante, que debe presidir en este linaje de trabajos. Ejemplo vivo y manifiesto de lo que le digo se encuentra en *El Fantasmón de Caravaca*, *Los dos amigos*, *El Becerro de oro*, y otras, sin dejar su drama *El Mendigo rojo*, primorosamente versificado y con algunas situaciones de primer órden. Empero puede asegurarse que sus mejores obras son el *Arístodemo* y *Arturo de Osbert*. La primera de estas tragedias no tendrá la sencillez extrema de la *Efigenia de Eurípides*; pero ofrece un plan perfectamente concebido y desarrollado con acierto. Los episodios que inventa contribuyen á realzar al protogonista, y la figura infame de Theón es sublime y sobre todo punto original (1).

Y basta ya de bachillerías, que á poco más salgo de mi apuro, sin darme cuenta de ello. ¿Puede esta carta servir de artículo en mi futura obra? Pienso que sí; y desaliñada y torpe en su expresión, si bien no estudia uno por uno los trabajos del infortunado Luáces, manifiesta bien á las claras, y sin artificio, la estima grande en que las tengo y el alto concepto que me merece quien, con su

(1) Pero ya lo he dicho antes: no era Luáces un verdadero poeta dramático. Su talento vigoroso y exaltado, su inspiración valiente y robusta no hallaban cómodo albergue en el teatro, sujeto á reglas y preceptos, y cuya naturaleza obliga al autor á despojarse de su propia personalidad, para reflejar con exactitud las varias escenas de la vida que retrata. La admiración le arrastraba; un hecho cualquiera hacía arder su pecho en grave y noble indignación: y estas cualidades le hicieron brillar en las mas altos vuelos de la poesía lírica.

talento lozano y vigoroso, supo dar vida al pensamiento, ensalzar á su país, y contribuyendo á su mayor progreso, hacerse digno de los loores que le tributa la fama.





F. LOPEZ DE BRIÑAS.

CON este nombre conocíase en Cuba un versificador florido, exaltado y ardiente en sus amores, defectuoso en el plan de sus composiciones, incorrecto en el lenguaje, descuidado y desleído en la frase. Y no se crea que alcanzaron poca boga sus escritos; antes bien, el vulgo de que nos habla Lope, y el vulgo de nuestros literatos concediróles sobrada fama, colocándolos á la par de los de Mendive, Roldán y Zambrana en los *Cuatro laudes,* otorgando á su autor diferentes premios en más de una sociedad literaria.

Nosotros, que no pensamos de igual modo, no hemos de brindar tan alto honor á sus obras. Nuestro propósito de no faltar á la verdad y de mantenernos en los límites que la razón dicta, nos impide prodigar aplausos á quién no los merece; y á fe que no nos causa pesar tratándose de Briñas, pues sentimos verdadero contentamiento al augurar á sus obras el olvido más completo.

«No son modelo á propósito para los jóvenes — dice Fornáris; — pero sus poesías escogidas serán siempre leí-

das con gusto; » y cita á renglón seguido el canto *A Marta*, *La Estrella y el Sol*, y otras varias, que, á su juicio, merecen consideración y aprecio.

Veamos hasta qué punto tiene razón el poeta de Bayamo, y citemos algo de las composiciones mencionadas.

CANTO Á MARTA.

Oigo una voz en lo interior del alma
Que me asegura el porvenir que ansío.
. . . .
Te haré una choza de cortezas verdes,
Donde en un lecho dormirás de flores,
Donde jamás te faltarán *sabrosas*
Mieles y *aromas*.

LA ESTRELLA Y EL SOL.

Me verá alumbrar la superficie
De la región vacía...

¿Como puede tener superficie lo que es ilimitado?

Mas no se piense que son estos los únicos yerros que comete Briñas: en su poema *Colón*, se leen otros no menos disparatados:

Se ha puesto el sol, y tiende su ropaje
La oscura noche por la *mar desierta.*
. . . .
Y al peso abrumador del desaliento
Se desploma sobre él el firmamento.
. . . .
Dice y la hora de arribar resuena
En las tres anclas, que, al caer á plomo,
Ruidosas á la par con la cadena,
Rompen del mar el *esmaltado lomo.*

¿ Queréis que sigamos copiando ? ¿ No bastan estos defectos ? Pues abrid de nuevo el libro ; deteneós en su oda *Redención del género humano*, y leeréis :

.....la vida
Con tres clavos cosida
. . . .
De muerte la escritura
Que adquirió el hombre, etc.

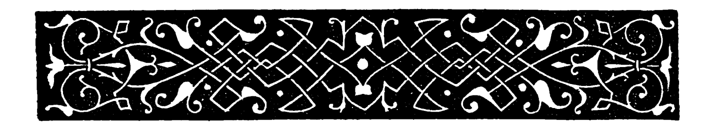
¿ Deseáis conocer sus versos *A Laura ?*

¡ Oh, cuán bella á mis ojos resplandeces
De este mundo *en la nada !*
. . . .
Si te miro en la danza enamorado,
Aérea cual tu risa (?)
. . . .

¿ Queréis..... pero, no: basta con la dicho para demostrar la poca significación literaria de este autor ; y al concluir estos renglones, diremos, como comienzo de ellos : «Olvido para sus obras, perdón para sus faltas; eterna maldición para la influencia que ejerció.»

1868.





RAFAEL MARÍA DE MENDIVE.

Le poëte ne doit jamais oublier au profit d'un avenir que lui meme trouve plus brillant, les exigences du present et du lecteur qui ne tient qu'a le dernier.

RICHTER.

I.

ACONTECE, por punto general, que aquellos que atinadamente manejan la crítica literaria son los que, aplicando con menos acierto los preceptos del arte, incurren en los mismos defectos que reprochan en los demás, careciendo de las bellezas, que en agenas obras, celebran y aplauden. Y esto sucede porque ha menester el escritor que á la crítica tarea dedique las fuerzas de su inteligencia y saber, un talento profundamente analítico, gran copia de erudición y una fría severidad, que, si bien no está reñida, al menos compónese mal y no se arregla y encaja con la briosa inspiración del vate y lozana fantasía. A este propósito dice Larra, á quién no nos cansaremos de admirar por lo mucho que discretamente

nos deleita y enseña, que mal pudiera el cielo conceder tan codiciados dones á un individuo sin contradecir sus propias leyes; y en su comprobación cita Fígaro á Homero, Virgilio y otros más, que si él no los mencionase bien podríamos nosotros hacerlo por cuenta propia, comenzando las citas por el mismo Larra, gallardo y noble talento, tipo, cifra y compendio de nuestro aserto.

Se agolpan á la mente estas breves reflexiones, porque vamos á trazar algunos rasgos biográficos referentes á uno de los cubanos que más se distinguieron en el campo de la poesía, y que más medianamente manejaron el escalpelo de la crítica literaria (1).

Nació Rafael María de Mendive el 24 de Octubre de 1821, hijo de padres que, si antes habían sido ricos, tan pobres los encontró al venir al mundo, que no pudieron pagarle una escuela, y mucho menos un colegio donde hacer sus primeros estudios. En defecto de ello enseñóle primeras letras, latín, italiano y francés su hermano mayor D. Pablo, que había recibido una brillante educación en los colegios más notables de Inglaterra y Francia, y cuyo cariño por Rafael le llevó hasta nombrarle heredero de su pequeña fortuna, de la cual, por motivos de delicadeza, no quiso percibir éste ninguna cantidad.

Hizo Mendive sus estudios preliminares para la carrera de abogado en el seminario de San Cárlos, donde á la sazón se daban gratis un curso de latín, otro de filosofía y cuatro de derecho común. Recibido de bachiller en 1842, le comprendió la reforma del nuevo plan de estudios y le fué preciso cursar los años quinto y sexto que exigía aquel plan para obtener el grado de licenciado, mientras

(1) No acostumbramos á estampar juicios sin comprobaciones. Véanse sus trabajos en la *Revista de la Habana*, principalmente el que versa sobre un poema de Campoamor.

que, en la universidad de Madrid se hacía necesario otro más, motivo que le obligó á no recibirse de abogado en la córte, como pensó hacerlo en 1845.

Vuelto á la Habana el mismo año, publicó en compañía de Roldán un semanario titulado *Flores del siglo;* y dos años más tarde, un tomo de poesías llamado *Pasionarias*. Fué en este tiempo colaborador asíduo de *El Faro industrial* y secretario de la sección de Literatura en el Liceo de la Habana. A contar desde esta fecha, hasta 1852, residió en París, y después de esta ausencia regresó de nuevo á Cuba y fundó *La Revista de la Habana*, periódico quincenal, que alcanzó gran boga y próspera y larga vida (1). Al año siguiente fué nombrado secretario de la Sociedad de Crédito del ferro-carril cubano, y así vivió contento y felíz, dando á la imprenta un segundo tomo de versos, con un prólogo de Cañete. Saludado por todos, alentado por muchos, se presenta el nuevo paladín en la arena literaria recogiendo triunfos, siendo en breve aclamado como un poeta dulce, natural y cariñoso. El mérito, que á nuestro entender, distingue las poesías de Mendive, en esta época, es el de haberse alejado de perniciosa escuela á la sazón puesta en boga en nuestro país. Nos referimos á la influencia de Zorrilla, que señaladamente se había significado en algunas obras de Palma, tomando carta de naturaleza en las de Fornáris.

Ha escrito además un libreto que fué puesto en música por el maestro Ardite, y cuyo título es *Gulmara*, habiendo tomado el argumento de uno de los poemas de Byron. Dió á la imprenta dos ediciones de las Melodías Irlandesas de Moore, y aun guarda inéditos dos dramas: *La Nube*

(1) Se dieron á conocer en esta revista los literatos que más tarde brillaron en Cuba; y entre las poesías que en ella publicó Mendive, merecen citarse *El Canto fúnebre*, *Serenata á Paulina* y la *Música de las palmas,* puesta en música por el célebre y malogrado Gotschalck.

negra y *Los pobres de espíritu;* y dos leyendas llamadas *El Valle de los Suspiros* y *Un drama en el mar*.

II.

Rafael María de Mendive, como casi todos los trovadores de Cuba, es tierno y sencillo, y agrada por la dulzura de sus cantos y los delicados matices de su sentimiento.

¡Y esto mismo se le ha querido echar en cara pretendiendo significar la pobreza de su estro!

Nosotros, que no preferimos ningún género, ni somos apegados á determinada escuela, creemos que donde quiera que se vean cumplidos los fines del arte, allí donde se mire realizada la belleza, debemos admirar la fuerza creadora del ingenio sin detenernos á examinar el tiempo que necesitó en su obra, ni su género, ni su escuela. Nos basta que haya belleza para que la admitamos, y por eso figuran en nuestra modesta biblioteca Homero al lado de Cervantes; Byron y el cantor de Hamlet; Voltaire en el mismo estante que Lamartine, y Fr. Luís de León junto á Calderón de la Barca, D. Ramón de la Cruz y Leopardi.

No es ciertamente la filiación lo que buscamos en un poeta, y por eso no hemos de deplorar que Mendive sólo tenga *una cuerda* en su lira, si bien no disculpamos que exagerando el tono quejumbroso del malogrado Heredia, preste cierta monotonía á sus cantos, condición que hace olvidar únicamente con los rasgos de sentimiento y la

delicadeza con que los exorna. Oigamos lo que dice á su hija :

Cuando en mis brazos con placer te estrecho,
Lleno de un fuego celestial... entonces
Siento que libre de tu amor en alas,
Dejo esta vida.
Dejo esta vida y me remonto á un mundo
Donde, entre sueños, la pasión me finge
Vastas campiñas de perfumes llenas
Plácidos bosques.
. . . .
Nunca del pobre la mirada apartes;
Ave que errante en tu cendal se prenda
Sepa que tiene en tu sencillo pecho
Cima de flores.

¿ Queréis conocer dos romances de lo más donoso y bello que ha inspirado la musa castellana? Pues leed la *Flor del agua* y *Yumurí*.

El amor á la virtud, el deseo del bien, le dictan la sátira intitulada *Lamento*, en la que , alejándose del camino emprendido por Quevedo y Moratín, llora las malas costumbres de la época, en vez de flagelarlas como ellos. No se encuentran allí ni gracia, ni travesura, ni acerada ironía; pero ¡ qué cuadro tan bello y rico presenta á nuestros ojos ! Mendive, entregado á una *soñadora idealidad*, como dice Byron, canta con extrema sencillez, y avergonzado de los vicios de la sociedad, fulmina contra ellos terribles anatemas :

¡ Cuán elocuente ¡ oh Dios ! y cuán sonora
Debiera ser mi voz en este instante,
Ya que infortunio tanto el alma llora !
. . . .

Ven, y serás al presenciar conmigo
El cuadro de tan mísera flaqueza,
Su juez más digno y su mejor testigo (1).
Escucha... ¿ vès ? A despuntar empieza,
Entre celajes trémulos, la luna
Mientras duerme felíz Naturaleza.
Reposa en calma en su adorada cuna
Un candoroso niño á quién halaga
Con sus brillantes sueños la fortuna.
La brisa, en tanto, cariñosa vaga
Entre las hebras de sus blondos rizos,
Como el postrer suspiro de una maga;
Y un ángel contemplando sus hechizos,
Suspenso acaso con placer le cuida
De la luna á los rayos movedizos.
Mas la amorosa madre ¿ dónde es ida ?
¿ Dónde aquél labio está, que con sus besos
Suaves nos llena el corazón de vida ?

¡ Qué versos tan preciosos ! Veamos ahora como traduce á Moore en una de sus celebradas melodías irlandesas :

Ven conmigo silenciosa,
Niña hermosa,
Sobre el mar ;
Ven á ser mi compañera
Cuando el sol solemne impera
O nos cubre temblorosa
La espantosa
Tempestad.

(1) *Villergas* dice, y con razón, que este juez debía ser *recto*, y no *digno*. *Passez la mot*.

¿ Qué me importa ser cautivo
Si aquí vivo
Sin tu amor;
Si ligada está mi vida
Con tu muerte, y siempre unida
Va mi suerte á tu existencia,
Y á tu ausencia
Mi dolor?

. . . .

En la tierra los más bravos
Son esclavos,
¡No en el mar!
Donde nadie nos espía
Ni hay más luz ¡oh niña mía!
Que la luz esplendorosa
De la hermosa
Libertad!...

La muerte del malogrado Palma arranca á su lira notas delicadas y sentidas. No se cumple en él el conocido proverbio de ¿quién es tu enemigo?—El de tu oficio.—Rinde, por el contrario, tributo cariñoso y digno á la memoria de los que fueron sus compañeros de letras, ensalza sus nombres y recuerda sus virtudes y talentos. Heredia, Milanés, Tolón y hasta Acosta, que fué bien mediocre, le sirven de motivo para alabanza, en uno de sus más celebrados romances. ¿Qué mucho que Ramón Palma, que era hombre de génio y corazón entero y valiente arrancase á su lira notas tan sentidas é inspiradas como estas?

Mentira me parece,
Mentira, que haya muerto...!
Sin luz está su alcoba;
Su lecho está desierto;
Y en él tan sólo reina
Profunda soledad...!

Las lámparas de oro
Se encuentran apagadas;
Su lira hecha pedazos,
Sus rosas deshojadas;
Y envuelto en sombras fúnebres
El ángel de su hogar.
Murieron ¡ay! murieron
Las dulces esperanzas,
Los sueños de ventura,
Las plácidas confianzas,
Y aquellos goces íntimos
De férvida pasión...!
Ni gritos, ni lamentos,
Ni cánticos, ni quejas,
Ni besos, ni suspiros
Devuelven esas rejas,
Que mudas guardan, lúgubres,
Su expléndida mansión.
Abierta está la página
Del libro que leía,
Y en cuyos versos ávida
El alma se embebía,
Cuando cual rayo súbito
La muerte cruel le hirió.
La estátua del silencio
Adusta se levanta,
Y el génio de la música
Oprime con su planta
Y apaga el són armónico
Del arpa del placer...
Cubierto por las nieblas
Su fondo oscuro y frío,
No guarda ni una gota
Del llanto que sombrío
En los momentos últimos
Virtió su corazón.

¡Oh cielos! ¿Es posible?
La muerte no respeta
Ni al férvido patriota,
Ni al mártir, ni al poeta,
En cuya frente espléndido
Brilló más de un laurel!
¿Qué ven aquí mis ojos?
¿Qué escuchan mis oídos?
Fragmentos y despojos
En polvo convertidos,
Y el eco melancólico
De algún suspiro fiel...!

No hemos de seguir copiando. No es menester que citemos otras composiciones. Historiando la poesía Horaciana el erudito Menendez Pelayo, cita con elogio y estima la que dedicó este autor *A un arroyo*, y en verdad que es notable. Con lo expuesto basta para probar el mérito de este poeta; y tiempo es ya que digamos algo sobre los defectos en que suele incurrir; poniendo punto final y remate á este artículo.

No cabe en humana obra nada perfecto, ni hay rosas sin espinas, rayos de luz sin sombras ni sol sin manchas. ¿Qué extraño, pues, que un poeta presente al par que muchas bellezas algunos lunares en sus versos? Mendive, el correcto y pulido Mendive, escribe versos tan inarmónicos como éste:

Nos devoran de dolor y de tristeza,

rimando goza con esposa (Esperanza), aplausos con brazos (á Dervenine) y lágrima con mágica (La gota de agua); tomando verbos en acepción impropia, como lo hemos probado al hablar de sus tercetos. Mas ¿qué importan estos defectos y algunos otros que no citamos en gracia de la brevedad?

Errare humanum est.

«En las composiciones de nuestro cantor cubano — dice mi buen amigo el Sr. Cañete — se advierte desde luégo que sabe sentir, que tiene ideas propias y sentimientos elevados, que conoce y maneja atinadamente el idioma, que lee con acierto en el gran libro de la naturaleza, y que la hermosura de los campos, el agreste esplendor de las montañas y la majestad de los mares, causan en su alma impresiones profundas y duraderas; pero se conoce tambien que, deslumbrado á veces por el falso brillo de una escuela que tuvo momentáneamente gran boga, y que ha caído ya en la sima del descrédito, cuando no en la del olvido (que es lo mejor que pudiera sucederle), vicía su índole peculiar, seducida por el irreflexivo aplauso que arranca al vulgo el oropel de ciertos ingenios corruptores, y se empeña en imitar y seguir á quién no merece tanta honra.»

Estos datos biográficos quedan incompletos. El poeta vive enmudecido en Nasseau, triste y sólo, y separado de su hogar y de su patria. La ola de la revolución le alejó de Cuba. Destino adverso, que roba á la literatura sus más gallardos campeones.

Después de la pacificación de Cuba regresó á la Habana, donde vive trabajando de abogado en el despacho de su amigo el Sr. Valdés Faulí. Allí hizo y publicó una edición completa de sus composiciones líricas, reproduciendo el prólogo de Cañete con una nota biográfica escrita por Vidal Morales, llena de noticias de interés para los que quieran conocer la historia literaria de nuestro país.



JOSÉ SOCORRO DE LEÓN.

ESCRIBIÓ este poeta un tomo de versos, intitulado: *Flores silvestres*, y como no le conocemos otra cosa, por ellos habremos de juzgarle.

Desde luégo salta á la vista que no pensamos bien de sus versos, y de esta opinión ha de convencerse el que leyere si se toma la molestia de repasar esta estrofa, que, como otras muchas, presenta una forma detestable y un pensamiento por demás pobre:

Dadme de *ádel* sepulcral corona,
Y el bastón del mendigo *miserable*
Con su sombrero y frac hecho girones
Para *abrigarme*.

Y no es esto de lo peor que encontramos, pues pagando escote á la manía de su país, escribe sone...tazos, que todo pueden ser menos sonetos.

Sin embargo, á pesar de tantos yerros, no con sobrada ligereza anduvimos al llamarlo poeta, que bien merece este nombre quién escribió el precioso romance *Te vuelvo á ver*.

Hélo aquí:

Y te vuelvo á ver. ¡ Ay triste!
¡ Cuánto por este momento,
Cuánto, luz de mis delirios,
Suspiró mi amante pecho!
¡ Y te tengo entre mis brazos!
¡ Y oigo tu voz y no sueño!
¡ Y me dan tus labios dulces
El más dulce de los besos!
Y yo esperaba... esperaba,
Y en la fiebre de mi anhelo,
Nunca pensé que llegase,
Nunca, este instante supremo!
Pero, ¿ es verdad ?... ¿ no es mentira
Que en mis brazos te contemplo,
Y que es tu voz la que escucho,
Y estos besos... son tus besos?
¿ Es verdad que eres tú misma
La que ciñes á mi cuello
Tus brazos... cadena suave
De dichas y de embelesos?
¿ No es ilusión que te escucho?
¿ No es ilusión que te veo?
¿ Es tu corazón amante,
Dilo por Dios, el que siento
Que solloza... que suspira,
Y late... como queriendo
Decirme con sus latidos
De tu cariño lo inmenso?...
¡ Como que he soñado tanto
De nuestra ausencia en los tiempos,

Me asusta que un sueño sea
La viva emoción que siento !
Y como que en esos días
De separación y duelo,
Cuándo no soñaba, ¡ ay triste
Y duro resentimiento !
Herido en medio del alma
Por el dolor más intenso,
Por el dardo más agudo,
Pensaba con desconsuelo
Que en la tumba del olvido
Sepultabas mis recuerdos !
¡ Oh ! permite que en tus labios,
En tus labios siempre frescos,
Beban otra vez amores
Los míos que ya están secos.
No te apartes de mi lado...
No te alejes de mi seno...
¡ Déjame buscar la vida
En el ámbar de tu aliento !
¿ Ves ese rayo de luna
Que por el follaje espeso
Penetra de una arboleda ?
Pues es de amor mensajero...
Amor le manda que alumbre,
De la noche en el silencio,
La escena más deliciosa,
De los amores más tiernos !

Gibert sólo dejó un corto número de composiciones, y, sin embargo, se halla colocado entre los clásicos franceses. ¿Qué extraño, pues, que nosotros escribamos aquí el nombre de León, después de habernos legado este delicado romance ?



JUAN CLEMENTE ZENEA.

I.

Vamos á tratar de un poeta infortunado, muerto en lo mejor de sus años, cuando el porvenir le sonreía y tantas páginas de gloria le estaban reservadas por sus cantos.

La guerra, semejante á ese mónstruo que nos pinta la antigüedad, todo lo absorbe y atropella. A su paso desaparecen hombres, riquezas y hermosura. ¡ Ah, y cuantas lágrimas nos cuesta ! Heredia muere clamando por el sol de su patria ; Plácido es fusilado en Matanzas, y Zenea, trás de prolongada prisión y encierro, recibe igual término que el ilustre cantor de Martinez de la Rosa.

¡ Maldita la guerra y bendita la paz !

Nació Juan Clemente Zenea en Bayamo en 1834, y siendo muy joven aún, contando sólo diez y siete años, colaboraba en *La Prensa*, y dirigía, en compañía de su primo Ildefonso Estrada, malísimo escritor por cierto, *El Almendares*, semanario de literatura y artes (1852).

Alimentando ideas de independencia, *cansado de soportar la mirada del déspota español*, según decía, tomó rumbo á New-York, y de allí pasó á Méjico, donde redactó el diario oficial de la República, hasta que la revolución de Yara le llamó á sus filas; y abandonando entonces gloria, familia y hogar, escribió artículos de propaganda y combate en *La Revolución*, disertó en el Ateneo Cubano de Filadelfía, animó á los débiles, esforzó á los valientes, y corriendo trás muerte segura, salió para Nasseau, y de allí para Cuba; conferenció con Céspedes, arengó á los suyos, y... ¡ terminación prevista! apresado por las tropas del Gobierno, fué fusilado en los fosos de la Cabaña el 25 de Agosto de 1871.

A la noticia de su muerte se publicaron en un periódico de la córte sus poesías póstumas, precedidas de frases apologéticas, protestando contra los voluntarios de la Habana por haber fusilado al poeta que, después de haber recorrido los campos de la insurrección « por no ser un esclavo más en el fondo de España » escribía :

Porque tengo por más honra
Ser libre filibustero
Que ser pirata negrero
Y torpe esclavo de un rey.

Nosotros no hemos de juzgar á Zenea en el campo de la política. A otros toca tan ingrata tarea. En la candente arena de la política no esparcen su fragancia las flores. Allí todo es campo de soledad y de abandono. En los verjeles de la poesía encontraremos grato soláz y esparcimiento al ánimo. Zenea era un poeta, y en sus versos se retrata su alma apasionada y vehemente.

II.

Bajo el punto de vista literario, su vida fué no menos activa, y de ello se resienten sus trabajos. Escribía mucho y de prisa, sin detenerse á corregir lo escrito. Por eso vemos composiciones tan detestables como *El hijo del rico,* en las que no aparecen ciertamente la sencilléz y novedad del cantor de Fidelia; por eso vemos que, imitando á García Gutierrez, le copia en uno de los pensamientos más originales de éste, exclamando:

El cielo siempre azul me causa hastío.

Pero ¿quién no perdona estos defectos en presencia de las infinitas bellezas que encierran sus versos? Juan Clemente Zenea, como Mendive, aunque á nuestro juício superior á él, es el arroyo que serpentéa y fecunda los campos, no el torrente que se desborda espumoso. Poeta de gran sentimiento, de galano estilo y pura dicción, escribió romances preciosísimos, género en el que se distinguió mucho. Y en prueba de ello, vamos á copiar algo de su elegía á Fidelia:

¡Bien me acuerdo! ¡Hace diez años
Y era una tarde serena,
Yo era joven y entusiasta,
Pura, hermosa y virgen ella!
Estábamos en un bosque,
Sentados sobre una piedra,

Mirando á orillas de un río
Como temblaban las yerbas.
¡ Yo no soy el que era entonces,
Corazón en primavera,
Llama que sube á los cielos,
Alma sin culpa ni penas !
Tú tampoco eres la misma,
No eres ya lo que tú eras;
Los destinos han cambiado:
¡ Yo estoy triste y tú estás muerta !
. . . .
Con estos temores vagos
Marché á lejanas riberas;
Y allá bañé mis memorias
Con una lágrima acerba;
Juzgué tu amor por el mío,
Entibióse mi firmeza,
Y en la duda del retorno
Olvidé tu imágen bella.
. . . .
¡ Bien me acuerdo ! ¡ Hace diez años
De aquella santa promesa,
Y hoy vengo á cumplir mis votos
Y á verte por vez postrera;
Ya he sabido lo pasado,
Supe tu amor y tus penas,
Y hay una voz que me dice
Que en tu alma inmortal me llevas !
Mas... lo pasado fué gloria;
Pero el presente, Fidelia,
El presente, es un martirio.
¡ Yo estoy triste, y tú estás muerta !

No sólo en el romance se distinguió Zenea; le vemos brillar en la oda, haciéndonos recordar á Fr. Luís de León, cuando dirigiéndose á la memoria de su pasada

ventura y de sus sueños de amor, exclama, días antes de morir, encerrado en aquel calabozo que, á semejanza del infierno del poeta florentino, debe tener esta inscripción sobre la puerta: *¡ Lasciate ogni esperanza !*

¿ Y éstas son las hermosas
Albas del porvenir? ¡ Delirio insano!
¡ Ay mis lirios y rosas!
¡ Oh dichas engañosas!
¡ Oh breves goces del amor humano!

¿ Hemos de copiar más? ¿ Queréir oír sus hermosas quintillas, dignas de Gil Polo?

Mensajera peregrina,
Que al pié de mi bartolina
Revolando alegre estás;
¿ De dó vienes, golondrina?
Golondrina ¿ á dónde vas?
. . . .
Bien quisiera contemplar
Lo que tú dejar quisiste;
Quisiera hallarme en el mar,
Ver de nuevo el Norte triste,
Ser golondrina y volar.
. . . .
No busques volando inquieta,
Mi tumba oscura y secreta;
Golondrina, ¿ no lo ves?
En la tumba del poeta
No hay un sauce ni un ciprés.

Pero, á pesar de su ingenio nada común, pagó tributo á su época; imitó al dulce Milanés en sus yerros y prosaísmos, y llevado por ideas exageradas de una falsa *poesía*

social, trazó cuadros faltos de verdad y de mérito, en los que desciende al nivel de un mediano versificador:

« Y en espléndida cuna te acostaron. »
La fortuna tomó por otras sendas. »
« Vamos donde los sauces
Gimiendo anuncian
Que desde el golfo sube
La blanca luna. »

Ya tuvimos ocasión de ver, cuando tratamos de José Jacinto Milanés, que esos lunares de Zenea tienen su explicación y origen en las obras del poeta de Matanzas. No sabemos por qué, ni atinamos tampoco á descifrarlo, siempre que de las obras de éste se ocupan los literatos cubanos, haciendo caso omiso de su *Madrugada* y de la *Canción á la tórtola*, sólo se fijan en *La Madre adúltera*, *A Larra, La Ramera* y otras piezas del autor de *El Conde de Alarcos*, que, ó mucho nos engañamos, ó son de lo peor que de su pluma ha salido. Achaque será tal vez de nuestra corta inteligencia y saber escaso encontrar defectos donde sólo hay bellezas, y desechar aquello que precisamente más nos venga en falta; pero ¿por qué no confesarlo ?... no nos conformamos con meras afirmaciones y nombres más ó menos respetables; queremos que se nos pruebe de una manera clara y terminante si composiciones en que abundan versos como estos

« No hay Dios; el hombre es mónstruo y su alma fea »
« La pobre cuna donde duerme un bulto »
« Rendida y muda ante el querer de bestia. »

pueden ser buenas ó aceptables, siquiera para quien se precia de rendir fervoroso culto á la verdad.

III.

Entre las diferentes ediciones que se hicieron de las poesías de Zenea, debe contarse primeramente la que, publicada por el *Mundo Nuevo,* de New-York, corre magníficamente impresa desde 1873.—La que hizo el poeta en 1860 *(Los Cantos de la tarde)* lo mismo que la formada por los editores de *Las Brisas de Cuba* (1856) á más de ser incompletas, contienen infinidad de yerros y dislates.

Y aquí terminaremos estos apuntamientos, por demás brevísimos y de ningún valor, añadiendo que Zenea escribió en *La Revista Habanera* (semanario que dirigía en 1863) una série de artículos acerca de la literatura anglo-americana, que prueban, cuando menos, lo familiar que debía serle el idioma de Ed. Poe.

Juan Clemente Zenea hubiera sido un gran poeta, con más meditación y estudio; con la agitada vida de conspirador y el corto número de sus años, sólo ha dejado adivinar con sus versos un destello de su genio.

Al repasar la preciosa historia de sus infortunios, ¿quién no maldecirá la guerra? ¿quién no bendecirá la paz?





ANTONIO VINAJERAS.

ON poca ó ninguna resolución y cobarde ánimo damos comienzo al presente trabajo. Antonio Vinajeras es amigo nuestro; él nos presentó al público de Madrid, cuando por primera vez, bajo el velo de un pseudónimo, dimos á luz un tomo de versos. ¿Será por eso menos imparcial nuestro juício crítico? ¡Quién sabe! Tal vez, sin darnos cuenta de ello incurramos en el mismo defecto que de todo propósito señalamos en los demás; tal vez... Pero, no; basta ya de suposiciones, que algo ha de quedar para el curioso lector, y él verá si caemos ó no en falta tan odiosa, que ya, en el pasado siglo, era amargamente censurada por el ilustre Montesquieu.

Los hijos de la América latina que hayan leído las pampiroladas que se publicaron en la Habana contra Antonio Vinajeras, se extrañarán de verlo figurar en nuestra galería, y doblarán desdeñosamente esta hoja, sonriendo con malicia del puritanismo del autor de estos «Apuntes».

No; no paséis adelante sin detener la vista en esta página. Poco juício y no mucha cordura sería desestimar las obras de este poeta, cuando aplaudisteis á Betancourt, Chaves, y Jacinto Valdés, y tuvisteis un cariñoso saludo para la *Hija del Yumurí*. No son razones las que alegáis: los artículos publicados en *Las Brisas de Cuba* no prueban nada, absolutamente nada, como no sea la poca pericia literaria de su autor, ilustre naturalista ciertamente, pero campanudo y pentacróstico poeta, á quién vienen de molde y como pedrada en ojo de boticario aquellos versos de mi amigo Villergas:

Es un poeta en invención muy flojo,
Y un literato en presunción muy fuerte.

Y para probar esto, no tendríamos más que apuntar aquí alguna estrofa de su composición *A un arroyo*, donde *saca el jugo almibarado de las flores, y la tierra, en su fecundo seno, presenta mil insectos, que alimenta*

En aquel corto espacio de terreno,

como dice este poeta por antífrasis; pero hacemos gracia de esta y otras muestras de poesía en estado de *canuto,* y pasamos á tratar de Vinajeras, que, á la postre, como poeta, vale más que él, *malgré lui* (1).

---

(1) Sentimos en el alma que una consideración bastarda de los que se empeñan en presentarnos á D. Felipe Poey como poeta egregio é inspirado, lo mismo que á Bachiller y Morales, nos pongan en el triste caso de cantar las del barquero. Por lo demás, repetimos, que Poey es hombre de talento, honra de su patria y gala y ornato de la ciencia. Lo mismo pasa con Bachiller; pero todo eso no quita para que no sean poetas, ni críticos literarios.—La verdad en su lugar y cada cosa en su punto.

Y ya que cité antes unos versos de Villergas, recuerdo que, hablando de un panorama muy celebrado que representaba al Great-Eastin, á cuyo lado parecían lanchas de pescar los navíos de tres puentes, decía que de igual manera semejaban coplas de Calaínos las odas de Píndaro y de Quintana, comparadas con las sublimes inspiraciones del gran Vinajeras. Entre paréntesis, dice aquel crítico, ¡ qué satisfecho de su numen debe estar el gran Vinajeras! Sólo así se explica el que haya hincado el diente al Niágara, después de Heredia, y á Atala, después de Chateaubriand. ¿Qué digo? ¿No es público y notorio que lo hizo para oscurecer las *usurpadas reputaciones* de Chateaubriand y de Heredia? —Con respecto á este último, se dice, que, habiendo uno de nuestros mejores talentos peninsulares celebrado sus obras, hasta el punto de decir que nadie debía ya cantar al Niágara, después de haberlo hecho Heredia en una oda inimitable, sonrióse con aire de compasión el gran Vinajeras y dijo: «¿Inimitable llama V. á esa oda? Pues yo conozco á un individuo capáz de hacer otra infinitamente mejor, y de ello tendrá V. la prueba antes de ocho días.» Y en efecto; aquel individuo, que era el mismo Vinajeras, porque no podía ser otro, publicó á la semana siguiente una oda al Niágara, en que reveló al atónito mundo los más gigantescos alcances, si estos habían de medirse por las pretensiones. En cuanto á lo de Atala, francamente, no sé lo que pasó; pero me lo figuro como si lo estuviera viendo.

«Ese Sr. de Chateaubriand, diría para sí Vinajeras, ha metido, en su tiempo, mucho ruído..... porque yo no existía; pero ya existo, y ahora veremos quién pone el cascabel al gato.» Esto diciendo, cargó bien el mortero de su poético chirumen, hizo su puntería, tomó la mecha, y..... ¡pum! ya murió Chateaubriand, ya murió Atala, ya casi murió también el género humano, que está desde entonces cantando á la sordina:

«Ya mi Atala ¡infeliz! sucumbió;
Vinajeras audáz la mató;
Y pues ella dejó de existir,
Sin mi Atala no puedo vivir.
No puedo, no puedo,
No puedo vivir» (1).

Uno de los defectos que presentan las obras de Vinajeras, es sin duda, su número, por demás excesivo. Este autor tiene publicados á la fecha, que sepamos, cuatro gruesos volúmenes de poesías; una novela, que, dicho entre paréntasis, es su mejor lauro, y una porción de artículos políticos y literarios. Su fecundidad, sobrada para el número de sus años, no podía menos de perjudicar al valor intrínseco de sus producciones: todo cuanto ganaron en universalidad perdieron en corrección y pureza, arrojando un déficit desfavorable á la fama y buen nombre de Vinajeras. La admiración sube de todo punto, dice un panegirista (nunca falta un roto para un descosido), cuando le vemos galantear, con amoroso discretéo, á dama castellana, celebrando sus gracias y hechizos, de la misma manera y con igual facilidad y talento que estudia á Locke y á Kant, y pronuncia un elocuente discurso, en lengua extranjera, en el Ateneo de Madrid. Necesario se hace un gran esfuerzo para comprender á este literato en todas las esferas que abarca, y muy dificultosa sería para nosotros la salida, de ser cierto este *soli-bombo,* si en tal atolladero nos encontráramos; pero la suerte nos favorece, siendo nuestro propósito más limitado y modesto; y á poco que digamos, llenaremos nuestro objeto, aunque malamente en su desempeño, pues andamos de priesa y no tenemos talento y gracia para salir airosos de tal empresa.

---

(1) Véase la colección de *El moro Muza.*

Comenzó este hijo de Cuba á darse á conocer en la época más calamitosa del romanticismo melenudo y, aunque calvo, hubo de comprarse una peluca, por no ser menos y pagar tributo á la diosa casquivana, á trueque de cubrir la parte superior de su individuo. Con tan *descabelladas* aficiones, publicó sus dos primeros volúmenes de versos, dedicándolos al Instituto de Francia, rasgo que hace notar uno de sus críticos con tono zumbón y burlona frase, no sabemos con qué motivo, ni por qué razón; pues creemos que cada cual puede dedicar sus obras á quién mejor le convenga, sin que por esto aumente ó disminuya el mérito que ellas atesoran ó los defectos que encierran. Después... pero ¡tate! íbamos á bosquejar, aunque indirectamente, su biografía, y eso no está en nuestros papeles; y tanto es así, que le hemos pedido los suyos al autor de *Enriqueta,* sin que hasta ahora este hijo de Matanzas, haya dejado de *hacerse el sueco* con nosotros, cosa que, francamente, no comprendemos.

¡Mirad á Dios! El infinito mismo
Estrecho viene á Él.

Así da principio á la introducción de sus versos, y fuerza es detenernos aquí para decirle algunas cosas al oído, á fin de que no se enfade; pues de otra suerte, si el que leyere se enterase de ellas, motivo justo tuviera para enfado. — « Señor de Vinajeras, eso de que Dios se viene estrecho á sí, me parece una estrechéz... de entendimiento. ¿Le gustan á usted las trompetas? Se lo preguntaba por que entro en gana de regalarle una muy chiquirritica y muy mona, solo por la curiosidad de saber lo que hará usted con ella. ¿A qué género corresponde la voz infinito? ¿Al neutro? Pues entonces, alma de cántaro, ¿por qué dice usted *el* infinito, y no *lo* infinito, como debiera decir?... Decididamente, usted quiere que yo le regale la trompetilla. »

Pero dejémonos de secretos, lector, y no te enfades, que sé bien que eso de hablarse al oído, estando otros delante, es sólo privilegio de gente enamorada y necia. —Continuemos:

« Y Dios *violento*
Con nuevos astros orna el firmamento. »

« De Gutemberg la *gloria sin retraso.* »
« La ilustración avanza triunfadora,
Queriéndose *del todo* presentar. »

¿ Qué te parece de estos versos, lector carísimo? Son malitos, ¿ eh? Lo mismo digo.

Si tuviéramos alguna autoridad en materia literaria y nos atreviéramos á tanto, aconsejaríamos á Antonio Vinajeras que se circunscribiera á la índole peculiar de su genio poético y que no se remontase á las altas regiones de la *poesía especulativa,* que es *ciencia esquemática ;* porque le encontramos más inspirado, correcto y pulido cuando en tono menos ribombante celebra la belleza del universo y canta á las flores en la introducción antes citada:

¡ Azucenas de Abril! Galanas flores
Que vuestro seno abrís ruborizadas,
Cuando evapora el sol con sus fulgores
Del rocío las perlas condensadas.

Aquí hay belleza y fácil expresión y gracejo, y no en esas otras composiciones en que á fuerza de *remontarse,* se pierde por las nubes, empeñado en parecer tan pentacróstico, como el celebérrimo autor del artículo de *Las Brisas ;* cosa que, á la verdad, no consigue, porque Vinajeras es al fin y al cabo un simple mortal á quien no es dado alcanzar la realización de un imposible. Y no vaya

nadie á creerse que en esas mismas páginas de tan desbaratadas poesías no hay algún rasgo, tal cual atisbo de lo que sería este autor, si, como hemos dicho, se ciñera á la propia índole de su carácter poético. Sirvan de ejemplo, sino, estos versos que tomamos de sus odas á la *Lucha del Atlántico y Al Niágara*:

Ante el raudo Amazona,
Dadme, os lo ruego, la sonora lira
Que al Niágara cantó; ved el gigante
De los ríos del Sud, que viene airado
Con vigorosa frente;
Y en paso vencedor y hondo rugido
Dando á los vientos su fragor profundo
Y anunciando terrífico á su paso
Que es corto cerco á su furor el mundo.
Partes resonando
Atruena bosque y selva tu rugido
Y entre cavernas cóncovas perdido,
El eco se derrama retumbando.
¡Señor! ¡Señor! te he visto levantado
En alas de tus rayos; tu grandeza
Dejó de gloria el corazón bañado;
Y postrándome al punto y asombrado,
Adoré tu grandor y tu belleza.
Más nunca ¡oh Dios de la verdad suprema!
Te miré como aquí, grave, brillando,
Siendo de eternidad divino emblema,
El Niágara á tus plantas rebramando:
Tu gloria el sol, el mundo tu poema.

Desgraciadamente para la reputación literaria de este autor, comenzó á darse á conocer en el período álgido del romanticismo de los duendes y brujas, y de los corazones hastiados y almas corrompidas, y de su nacimiento resiéntense no poco sus obras. Pudiéramos hacer aquí

un ligero estudio de aquella época, apuntando todo lo malo que en ella hubo y lo bueno que, por descuido, se conservó; pero esto fatigaría la atención del lector, y nosotros, al trazar estos apuntes, no nos proponemos sentar plaza de sabios, ni de eruditos siquiera; y sí presentar, á grandes rasgos, lo que valen estos poetas, que, á pesar de haber nacido en América, no son ciertamente cosa del otro mundo.

No sólo escribió Antonio Vinajeras en verso castellano, si no que también echó su cuarto á espadas en la lengua del proscrito de Persey. Aunque no debiéramos ocuparnos en tales cosas, por no ser de nuestra incumbencia, sin embargo, no podemos resistir á la tentación que se nos viene de copiar aquí una poesía, escrita en esa lengua, que, por lo fácil y sencilla, no dejará de caer en el agrado de todos.

Dice así:

TOUJOURS Á TOI (1)

Pensar, dudar.— *V. H.*

Si m'adressant au ciel, si caressant ma lyre,
Je voyais ton regard, mon âme, qui soupire,
Vivrait sans sa douleur;

(1) Esta composición se halla precedida de la siguiente nota, puesta por Thalés Bernard, elegante escritor premiado por la Academia Francesa: « Nous avons pensé que nos lecteurs verraient avec plaisir ces strophes, ecrites dans notre langue par un étranger qui aime passionement la France, M. Vinajeras, que l' Union des Poëtes est heureuse de compter au nombre de ses membres. Né le 3 Octobre 1833, á Matanzas, dans l' ile de Cuba, M. Vinajeras est venu habiter l' Europe en 1854. Fixé á Paris depuis une année, il y a publié deux volumes de vers remarquables, dédiés à l'Institut, dans lesquels il essaie d' unir la sciencie et la poésie. M. Vinajeras, lié personnellement avec nos plus illustres écrivains, et particuliérement avec M. Villemain, est

Et toi, brillante flamme, astre de ma fortune,
Tu serais à mes yeux le rayon de la lune
Sur le front du Seigneur!

Etoiles! douz zéphyrs! o fleurs! o poesie!
Donnez-moi pour toujours le souffle de la vie,
Car je vis pour aimer;
Je vis pour voir les yeux de l'être que j'adore,
Dans les astres du ciel, sur le front de l'aurore,
Sur les flots de la mer.

Et toit, rêve de l'âme à l'âme entrelacée,
Reçois ces vers plaintifs, reçois, ma bien-aimée,
La voix d'un cœur absent.
Toujours je pense á toi c'est pour toi que j'implore
Cet astre demi-dieu que l'univers honore,
Rubis du firmament!

¿ Hablaremos de *Enriqueta*? Hemos dicho ya que esta novela es la mejor obra de Vinajeras, y lo repetimos aquí, añadiendo que el capítulo titulado, si mal no recordamos, *Una tempestad en el Escorial*, es de lo más bello y animado que en este género de trabajos literarios se ha escrito en Cuba. Pocas son las novelas *cubanas* que hemos leído;

---

aujourd' hui membre de l' Institut historique, de la Societé libre des Beaux-Arts et de l' Académie imperiale de Rouen. Il es de plus chevalier de l' ordre espagnol de Charles III. C' est ainsi que l' Union des Poëtes prend une importance considérable, et compte aujourd' hui des correspondants même dans le Nouveau Monde.

THALÉS BERNARD.»

Paris, 1859. *(Bulletin de l' Union des Poëtes.)*

y si nos desentendemos de las de la Avellaneda, no conocemos ninguna superior á *Enriqueta*, salvo las de Anselmo Suarez que son la nata y flor de nuestra literatura romancesca.

Sentimos de todo corazón no poder analizar esta obra, ni ocuparnos tampoco en el estudio de otra no menos importante (sus discursos y artículos) por no darle este bromazo á su campanudo y pentacróstico crítico. Pero ya que no de ese modo, por no consentirlo el plan que nos hemos trazado, no perderemos la ocasión, porque sabemos que la pintan como al Sr. Vinajeras, y sobre otro punto diremos algo, no mucho, al célebre y distinguido naturalista habanero.

Por ejemplo: dice dicho señor que el poeta de quien tratamos confunde con bastante frecuencia los sonidos de la *v* y de la *b* aconsonantando leve con debe, etc., y esta falta, á sus ojos tan enorme, tan piramidal, es para nosotros perdonable en un joven que comienza, cuando hombres de tan gran valía como Quintana, Hartzenbusch y otros la cometen. Véanse, sino, los siguientes versos:

Más no la ley que permanente y *viva,*
Manda y anima al corazón del hombre,
Y en el orden del mundo entero *estriba...*

Y no queremos recurrir á tomar ejemplos de *Cuba poética*, colección *escogida* de versos, porque esto nos parece ridículo aunque tratándose del asunto que ventilamos todo es poco. — Como se vé, la observación del Decano de la facultad de Filosofía y Letras en la Univesidad de la Habana, carece de valor y de importancia; bien, que, siendo cosa tan nimia e insignificante como los lunares que señalamos, lo extraño sería que tuviese algún valor.

Y ya es hora de dar remate y terminación á este artí-

culo, por demás largo. Poco ó nada pudiéramos añadir á lo que llevamos dicho. El mérito de los versos de Antonio Vinajeras, no es tanto como han pretendido algunos; tienen muchas incorrecciones, muchas faltas gramaticales, muchos prosaísmos, muchos.....pero, á pesar de sus defectos y á pesar de la peluca, preferimos las obras de este autor á las de Briñas, Cárdenas y Chaves, Jacinto Valdés, y tantos otros que lucen plumas de pavo real en las letras de Cuba, sin ser ni más ni menos que grajos al estilo del que nos habla el fabulista; aunque, á decir verdad, si á ello se nos apura y se hace forzosa la elección, nos quedamos sin ninguna.

En el primer número de *El Solfeo*, periódico satírico de Madrid (7 de Marzo de 1875), leemos la siguiente *nota*, que copiamos á la letra:

«D. Antonio Vinajeras ha sido nombrado vicecónsul de España en Macao.

«Están pues de enhorabuena:

«El Sr. Vinajeras, Macao, y el estilo Victor Hugo (*especialidad* del Sr. Vinajeras.)»

Al dar cabida en el presente libro al artículo que antecede, echamos de menos la parte biográfica.

Le habíamos pedido al Sr. Vinajeras cuenta de su vida y milagros, á fin de llenar ese hueco que de seguida notamos, pero este buen señor, con la modestia que tanto le distingue, nos ha dado la callada por respuesta, empeñado en llamarse *andana*, cuando sabemos de buena tinta que se llama..... ¿Como se llama? Le regalamos una trompetilla á quien nos lo diga.

¿A que no aciertan ustedes?.....

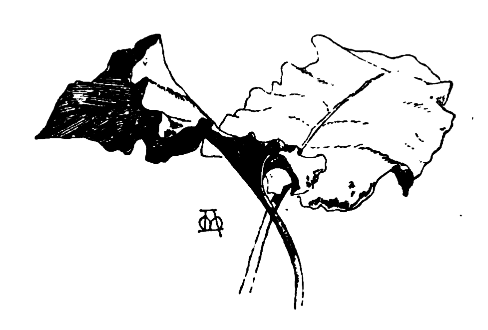
Hace pocos años viajaba yo en el *Mendez Nuñez*, vapor-correo de la Compañía de Lopez. Íbamos con rumbo á Cuba, y entre el abigarrado pasaje había algunas familias habaneras, que regresaban á su país después de visitar la gran Exposición que tuvo lugar en la capital de la vecina República. El tiempo hermoso y apacible ahuyentaba de nuestro ánimo el recuerdo temeroso de los peligros del mar. José Antonio Cortina y Tejera hacían el gasto de la conversación; el uno, entusiasta y verboso, con su natural y rápida palabra nos entretenía agradablemente; el otro, con sus caprichosas barcarolas y cancionetas, nos recordaba que la raza de los poetas es eterna en Cuba, por más que fuesen, con Tejera, á encontrar su inspiración en las nebulosas márgenes del Rhin y del Elba.

Tiempo después y ya cansado de estar en la Habana, fuíme una noche al Ateneo en busca de impresiones gratas al espíritu, y tuve el gusto de ver colocado en la tribuna al Sr. Vinajeras, leyendo un discurso de viernes de Cuaresma. Sorpresa grande fué para mí, que imaginaba estuviese este autor en Madrid, encontrarle en semejante sitio. Con voz melíflua y tono que, por lo dulzón y almibarado, se despegaba un tanto del oído, leyó nuestro matancero muchas páginas de prosa poética, sustentando principios que no hallaban sólido afianzamiento en su argumentación pobre y enteca.— Olía su oración á panegírico, y picaba en alabanza poco discreta de otras edades, para que pasase inadvertida, allí, donde tantos corazones jóvenes y generosos latían rindiendo culto ferviente y puro á la libertad. Así fué que, á poco de concluir, levantóse Cortina, mi compañero de viaje, y con ademán descompuesto y airado, con desordenada pero elocuente palabra, contestóle entre los aplausos de todos.

¡Y qué diferencia tan notable! El Sr. Vinajeras leía acompasadamente; su voz era igualmente melíflua: su tono, dulzón, como queda dicho, y algo empalagoso; su acción, rígida y meditada y medida. Cortina, por el

contrario: los ondulantes rizos de su caprichosa cabellera batían el aire con los movimientos de su cabeza artística y escultural; su palabra, premiosa al par que espontánea, era á trechos elocuente é inspirada, y á ratos perezosa y lenta, como á veces nos alumbra el sol con luz brillante, y á veces se anubla y oscurece; su ademán descompuesto é irritado acompañaba á la frase y sutría sus veleidosas alternativas. ¡Ay, y como se revolvía contra su paisano, que, tras largos años tornaba al nativo suelo! ¡con qué dureza le atacaba!

El Sr. Vinajeras aplaudió á su contrario, y por medio de un señor, que no conocí, nos anunció que, estando cansado, se reservaba para otro día la tarea de rebatir las proposiciones de Cortina. Yo, al saberlo, no quise volver al Ateneo: el señor Vinajeras parece que fué de mi opinión, y no volvió tampoco. En cambio, el Director de *La Revista de Cuba* sigue conquistando laureles en aquella sala, donde tan malparado quedó el bueno de Vinajeras.





SATURNINO MARTINEZ.

CONFIESO ingénuamente que cojo la pluma con temor. Cuando conocí á Saturnino Martinez, tuve ocasión de escribir en una Revista de aquella época un artículo que revelaba bien á las claras la impresión que habían hecho en mi alma de veinte años, sus cadenciosos y fáciles versos (1). Hoy, por fuerza, tendré que ponerme en desacuerdo con mis anteriores afirmaciones, que no en vano el estudio y el trascurso del tiempo apagan convenientemente los desusados vuelos juveniles, y, depurando nuestro gusto, nos hacen comprender mejor las condiciones estéticas que una crítica racional ha de reclamar á toda obra de arte. Por otra parte, para acallar escrúpulos de conciencia, pues soy timorato y medroso en grado sumo, al seguir este nuevo rumbo en mis

(1) Este artículo á que hago referencia fué reproducido más tarde por la *Ilustración Gallega y Asturiana.*

apreciaciones, puedo vanagloriarme de no hallarme solo, ya que un crítico de *La Revista de Cuba*, probó como dos y dos son cuatro, que nuestro poeta había perdido mucho, malogrando en cierto modo sus envidiables cualidades para la lírica.

Con tan buena compañía, he de desafiar las iras de nuestro héroe, á trueque de decirle unas cuantas verdades, que sólo es amigo quién las dice, no con ánimo de afrenta, y sí como advertencia cortés é interesada. Puede que guste poco el autor de que voy á tratar de este lenguaje, y que su epidermis, por demás finísima y susceptible, se irrite al menor contacto de mi pluma. Fama tiene de ello, y buenas pruebas da á cada momento de la irritabilidad poética de su carácter; pero ¡qué demonio! los que murmuramos en público sobre cosas agenas que no nos importan, debemos decirle la verdad monda y lironda, aún con certeza de suscitar los enfados de la víctima.

De todas suertes, bien sé yo que no soy santo de la devoción de nuestro autor, pues no canto cómo él

« la evolución sublime de la idea. »

ni desciendo á pintar en mis pobres versos, aquellas zarandajas tan á su capricho y voluntad, que le sacan de cualquier compromiso, dejando maltrecho al desventurado lector, que no entiende ni una jota de tantas sublimidades. Dígalo sino aquello de

« así en las hondas
cavidades del pueblo, se revuelven
opacas multitudes.»

Hay en la Habana una manera de hablar rara y por demás culta que se apellida *estilo catedrático*. Fulano habla en estilo catedrático, dicen, y ya se sobrentiende que lo

que hace ese prójimo no es otra cosa que disparatar á maravilla, con una forma plateresca y sobre todo encomio original. Picado se halla de esta dolencia y le aflige en grado superlativo á Saturnino Martinez. Sus artículos de propaganda republicana-socialista, se reducen á un hacinamiento de palabras de relumbrón, huecas las más, aparatoso ropaje de mil colores que cubre raquítico esqueleto.

Aunque no tanto, nótase igual tendencia en las composiciones de sus últimos tiempos, y eso que la fuerza nativa de su numen poético le arrastra y separa, á cada paso, de tan peligrosa senda. ¿En qué consiste? ¿Dónde y cómo hallar explicación cumplida á este extravío de su inteligencia? Casi estoy por asegurarte, lector querido, que no me atrevo á penetrar tan hondo arcano. Averígüelo Vargas, que no canso mi cabeza en esos tiquis-miquis ni quintas esencias. Reconozco el hecho, lo afirmo; presento mis pruebas. ¿A qué buscar su genealogía? Estos poetas son el diablo; se incomodan por poca cosa, y yo soy demasiado cobardón para provocar, á sabiendas, sus rencorosas iras. Líbreme Dios de ello, y así, curado de este mal, diré tan sólo de Saturnino Martinez, lo que se cuenta y murmura en la vecindad.

Como me lo contaron te lo cuento.

Es el caso que este hijo de las musas nació en el pequeño concejo de Sariego (Oviedo) tan chiquitín y estrecho como grande y gigante la ambición de Martinez. Fueron sus padres honrados trabajadores; llegó á la pubertad, y sin más estudios que los muy rudimentarios que recibiera en la escuela pública de su pueblo, como tantos otros, en pos de fortuna, marchó á las codiciadas playas de Cuba. Allí encontró rudo trabajo sin descanso; pero su espíritu se mecía en nubes de verdadera y noble poesía, y su corazón ansiaba dar otro rumbo más adecuado y digno á los esfuerzos de su actividad.

Ocurrió por este tiempo la muerte de la mujer del

dulcísimo Mendive, dama de buen porte, mucha caridad y excelente trato, y entonces escribió una elegía, que, recomendada por Azcárate, vió la luz, con frases encomiásticas de Zenea, en la *Revista Popular*. Esta composición fué un hallazgo, anunciaba un poeta sencillo é inspirado; sus versos, fáciles y armoniosos, proclaman sus condiciones para la rima; su frase, si bien natural, dejaba bastante que desear á los puristas, señalando todo ello en conjunto, que Saturnino Martinez tenía verdadera aptitud poética, que era, digámoslo así, de la madera con que se hacen los predilectos discípulos de Apolo. — Verdadero poeta de imaginación; especie de planta inculta, natural y espontánea, de bello color y forma; pero planta al fin, no cultivada. Estos vates duran poco; el bagaje poético de que disponen es pobre y reducido en demasía. Concluyen á la postre por copiarse á sí mismos; por hacer un molde estrecho donde encierran sus repetidos conceptos, entregándose en brazos del culteranismo más chabacano, para ocultar, con tan vistoso equipo, la pobreza y ruindad del pensamiento. Sólo el estudio puede salvarles, y presurosos acuden á él los que desean inscribir sus nombres en el libro de los inmortales.

Hospitalarios, como ningunos, los habaneros, acogieron con regocijo el canto sencillo y tierno de este trovador, y comprendiendo Azcárate y demás amigos suyos, que había menester de ocupación más liberal que le dejase tiempo y reposo y vagar para el estudio, le proporcionaron el cargo de bibliotecario de no sé qué corporación ó academia. Libros tuvo á mano con que instruirse; su nuevo destino, si no le proporcionaba elementos sobrados con que atender á las múltiples necesidades de la vida, en una sociedad tan cara y exigente como la de Cuba, no dejaba de contribuir, en la medida de la decencia, al sostenimiento de sus cargas personales y de familia. Con tan buenos auspicios, ¿ aprovechó su tiempo nuestro autor? Es esta una pregunta á la cual no se puede contestar de un

modo categórico y absoluto. Saturnino Martinez es poeta ¿cómo negarlo? Su alma recibe la inspiración sublime de los dioses, y modula en su lira acordes de inefable y suavísima armonía. En este concepto, sus primeras composiciones, si no se pueden presentar como modelo de diccion, tienen suaves y tiernos arranques líricos, pensamientos delicados y sencillos, ecos apasionados de una inspiracion robusta y poderosa. Inútilmente puede negarse esto despues de leer estas estrofas de su epístola á Fornáris, titulada *Mi valle natal:*

«Yo tambien, como tú, pienso en el fresco
valle donde nací... Aun imagino
ver en las olas de la mar lejana
levantarse la espléndida llanura,
donde á la luz del espirante dia
vagar exento de pesar solia
en mi edad infantil...
¡No! Nunca olvidaré los dulces juegos
de la alegre niñez, ni los lugares
donde al rumor de solitario rio
mis dulces compañeros de la infancia
me dijeron adiós; ni el tierno abrazo
y postrero tal vez de la familia,
que arrebatada de amargura y pena
al pequeñuelo infante contemplaba
resignado á partir. Aun de mi frente
no ha borrado el torrente de los años
el último de amor ardiente beso
del labio maternal; y aun me parece
ver los objetos que á mi lento paso
iba dejando atrás. La blanca oveja
triscaba en torno del redil; el ave
posada sobre el árbol del camino
entonaba con plácida dulzura
su armónica cancion; la flor se abria

dando á los aires su primer fragancia.
Y la zagala de vivaces ojos
al pasar junto á mí se detenia,
y dejando escapar lágrima pura
me estrechaba á su seno palpitante
de emoción fraternal. Ah! cuán inmenso
torrente de sublime poesía
encierran para mí las blancas hojas
del libro de esa edad! Campos cubiertos
de tembladores lirios y azucenas,
soledades sin fin, vastos desiertos...
si yo os olvido en mis amargas penas
que me niegue su amor la amada mía,
y nunca el verso que mi labio entona
merezca, como prenda de valía,
rico laurel ni espléndida corona.
.....Tú del Bayamo
junto á la márgen solitaria y fría
aspira alegre el aura embalsamada;
que en tanto yo por ignorada vía
iré soñando en mi fatal jornada
con la doliente humanidad que ansía
tiempos de bendición, sin que olvidada
quede, en los antros de la mar bravía,
del callado Nalón la honda y sombría
corriente, que se quiebra sosegada
en las llanuras de la patria mía.»

Pocos años ha publicó un tomo de versos con un prólogo de Villergas. En esta carta de recomendación ó informe de vida y costumbres, le dá el naipe á este señor por encontrarlo todo inmejorable, lo cual no deja de ser una fortuna, pues pocas cosas en el campo literario, califica de buenas y bellas, este antojadizo crítico. Obróle este milagro, que por tal hay que tenerlo el patriotismo á la sazón irritado de Villergas. El mismo Saturnino

Martinez había sido tildado como patriota tibio y casi simpatizador, algo inclinado á teorías y discursos poco convenientes en Cuba.

Razón por demás era esta para que, quemando en el pebetero de la adulación la mirra de la lisonja, cantara nuestro autor republicano con ribetes de socialista, á gentes que habían engalanado sus nombres con rumbosos títulos y otros aditamentos y cintajos poco democráticos.

Aquello era una fiebre de patriotismo; su libro una protesta; la dedicatoria, un saludo afectuoso á los voluntarios; el prólogo de Villergas un esfuerzo inútil de crítica apasionada y del momento. Y tanto es ello así, que nunca hay necesidad de hacer alarde de independencia y desinterés al juzgar una obra. Cosas son estas que deben desprenderse del mismo juício emitido, y del buen nombre y fama del público escritor. ¿Le remordía acaso la conciencia al autor del *Parnaso español* al asegurar que no sólo le consideraba como un buen poeta inspirado y correcto (por instinto de forma), sino que llegaba á colocar su nombre á la cabeza de los primeros que en este siglo pulsaron la sagrada cítara? ¡Oh sombras veneradas de Quintana y Gallego! Dormid el profundo sueño de la muerte; que no lleguen á vuestro oído el eco de estas y otras estrofas que entresacamos de sus obras:

« Almas que llevan
entre los pliegues de sus vagas formas
un astro negro que en la eterna noche
apenas vierte luz.»

Sabemos los castellanos
Qué no formará episodio
El cataclismo del ódio
En corazones hermanos.»

«En cada verde sábana
Mostrará sin que se asombre
Ese santuario sin nombre
En cuyas aulas se imprime
La unificación sublime
Del pensamiento del hombre.»

¡Quiera Dios que Campoamor y Nuñez de Arce y otros bardos de menor cuantía, no reparen en el pobre bagaje poético de Martinez: quiera el cielo que no den en afirmar que no había motivo para tanto aplauso de parte de Villergas, ese Atila literario, que, con estrecho criterio de escuela, se atrevió á maldecir del cantor de Granada. —Los encomios exagerados vienen en mengua de quien los recibe, como una crítica apasionada, personal y necia que se empeña en encontrar defectos en todas partes, cede siempre en desprestigio de quien la ejerce. —¿Pueden servir de algo los incesantes aplausos de Villergas á Saturnino Martinez? Las alabanzas extremas de Leal, ese Chateaubriand de bisquit ¿son provechosas al hijo de Sariego? Seremos más exigentes con él, ya que sus abogados defensores con maneras tan altisonantes y por tan diversos modos, no se contentan con señalar las buenas condiciones poéticas que posée, sino, que nuevos mentores del público que lee, paga y tiene criterio propio, tratan de exagerar sus méritos por vana complacencia, por capricho amistoso ó por convenirles así para redondear una frase, que á los demás nos parece ampulosa y vacía, y que al autor del *Mundo sensífico*, en medio de sus recónditos y laberínticos ensueños, le sabe de perlas y la encuentra sublime, grandilocuente y archipiramidal.

No se envanezca nuestro poeta con el elogio fácil de la gente amiga. Oiga el eco fiel de la opinión y de la prensa, como reza *La Correspondencia de España*. Escuche á los que, con deseo de acierto, no les mueve más interés que el de la verdad. Nunca fueron los prólogos verdade-

ros juícios críticos; antes bien va cayendo en desuso la costumbre de ponerlos, porque el público está en el secreto y prescinde de ellos.

Pero, ¿cómo—dirá el entretenido lector,—¿cómo pudo extraviarse una imaginación lozana, corromperse un instinto poético nativo, y caer en defectos garrafales Saturnino Martinez, que despertó en un principio tan risueñas esperanzas? Faltóle el brío de su primera edad, como cuando se dirigía á un célebre violinista exclamando:

«Lánzate audáz y piérdete en la inmensa
llanura esplendorosa
tras cuyo azúl y dilatado velo
la patria de los genios se levanta
sobre discos de luz; rápido vuela,
y si apiñadas las gigantes nubes
ocultan tempestuosas
el templo celestial que tu alma anhela,
estremeciendo la región del viento,
el arco pulsa, y al vibrante acento
que retumba en la bóveda sombría,
el mismo Dios, radiante de alegría
te abrirá la mansión del firmamento.»

¿Nególe su lira la verdadera magia de sonidos, la cadencia armónica que hacía resonar sus versos con tan grato són en nuestro oído?

«Fugitivas las aves
cruzando van el aire humedecido
ansiosas de encontrar entre las suaves
hojas del verde matorral su nido.»
«Cuando la tarde trémula derrama
flébil melancolía,

del árbol del dolor en mústia rama
cuelga el laud y llora todavía.»
« ¡ Oh ! plegue á Dios que en la escabrosa senda
de este mundo de sombras y de hastío,
jamás el infortunio te sorprenda,
y que brote la flor y mane el río
doquier que intentes colocar tu tienda.»

Pero, si todo eso sucede, si continúa con vigor imaginativo y cadencia y magia de sonidos en su arpa, ¿ por qué nos apartamos de los elogios de Villergas ? Lo he dicho antes y forzoso me será repetirlo ahora; Saturnino Martinez es un poeta de imaginación. Trató de fortalecer su inteligencia con serios estudios; faltóle dirección en un principio; sobráronle aplausos después; anduvo escaso de buenos amigos que le hiciesen justísimas advertencias y reparos; huyó de estos en busca de aquellas, y se entregó al *afectismo* deslumbrador y ciego.

En sus escritos en prosa es donde más se refleja este desbarajuste de su cerebro. El lenguaje es ampuloso y culterano; el concepto pobre y raquítico. Es á veces socialista, en sus conclusiones; raya en demagogo, casi siempre, y, sin embargo, hay tanto de autoritario y personal en su estilo, que el satánico *yo* trata de imponerse á todos. Ahí está la colección del semanario que publica en la Habana que no me dejará mentir. En él se estudian, ó á lo menos se pretenden estudiar los problemas más difíciles de la vida, la lucha eterna del capital y del trabajo, las manifestaciones de los pueblos en la ancha vía del progreso, los misterios más ocultos de la historia, las cuestiones más abstrusas del derecho, los más delicados debates en la economía política. ¿ Con qué criterio ? ¿ Con qué preparación de espíritu ? ¡ Ah ! ahí está la cuestión. De aquí arrancan sus extravíos. Habla del subjetivismo alemán aplicado al arte, sin conocer á fondo un mal tratado de estética. Piensa, acaso, que con una lectura lige-

ra y versátil, aunque variada, puede penetrar los misterios de la ciencia, y proclamarse su apóstol. Desde su periódico asesta sus tiros contra las clases acomodadas que arrastran sus vicios en riquísima carroza, mientras las *opacas multitudes sienten hambre y sed en las sinuosidades sociales*. Este ataque incesante, este porfiado empeño en presentar á los unos oprimiendo y denigrando constantemente á los otros, tiene sus eclipses, y se convierte en el canto apologético á un rico improvisado. Más vale así. En un cajón de sastre hay retales de todos colores.

Pero nos alejamos del verdadero objeto del presente trabajo, y es hora ya de terminarlo. Saturnino Martinez es un poeta de imaginación brillante, de lozana fantasía; sus versos suaves y armoniosos suenan con grato deleite en el oído. Mas, con todo y con eso, su falta de dirección y de estudio le ha llevado por sendas peligrosas, viciando y corrompiendo la índole de su carácter poético. Habla en culto, y sus conceptos son pobres é insignificantes. Se ha forjado un lenguaje particular y raro; deleznable vestimenta con que cubre los apasionados sones de su lira. Sus primeros versos son los mejores; sus mejores tiempos, los primeros. En ellos se refleja una imaginación brillante, un instinto de forma excelente, un oído finísimo. Son preludios suaves; presagios de un bello porvenir. ¿Porqué así vino á dar en tierra con tan halagüeñas esperanzas? ¿qué hacer ahora para pulsar de nuevo

« el arpa de oro que en mejores dias
al manso ruído del laurel agreste
mezcló sus melodías? »

Ya lo ha dicho el ilustrado crítico de *La Revista de Cuba*, con quien nos hallamos completamente de acuerdo en este asunto. « Renueve sus estudios, y, si le es dable, procure renovarse á sí propio. »



ÚLTIMO MOVIMIENTO LITERARIO EN CUBA.

EPÍLOGO.

I.

Con el epígrafe de *Estudios y conferencias de Historia y Literatura*, acaba de publicarse en New-York, lujosamente impresa en la acreditada casa de Thompson y Moreau, una obra de verdadero mérito. Su autor, que era ya ventajosamente conocido en la república de las letras, es cubano de nacimiento, y por su filiación crítica pertenece á la raza de los Valeras. Hay en su estilo algo que recuerda los trabajos del autor de *Pepita Jimenez;* tiene esos delicados matices que encantan y enamoran, y prestan tanto valor é importancia á las ideas, como los pliegues de la vestidura de una estatua griega, realzan lo majestuoso de su aspecto. Es correcto,

sin ser nimio, ni reparado en su lenguaje, y sus períodos numerosos y bellos, son á trechos elocuentes é inspirados. — A pesar de todo, no hemos de pasar por alto que le falta un poco de claro-oscuro; algo que le haga más movido, sin perder por eso su serenidad y tersura, recomendable siempre.

Tiempo hace que se inició en Cuba una transformación literaria que tiende á sacar á nuestros escritores de las anárquicas corrientes que trajeron consigo tendencias exageradas de un falso concepto de la belleza y de un desconocimiento completo de las más rudimentarias reglas de la gramática.

Pensóse que el ser romántico implicaba y llevaba consigo toda falta de estudio ú olvido de lo aprendido y estudiado; y así vemos que trás de esa época brillante en que lucieron las galas de su ingenio Mendive, Luáces, Palma, Anselmo Suarez, Tolón y otros muchos, el *efectismo,* aparatoso y necio, y una poesía indígena y chocarrera, vinieron á invadir la prensa diaria y el libro, hasta que momentos antes de la pacificación, la publicación de *La Revista de Cuba*, creó un núcleo de literatos serios y concienzudos, que comprendiendo su verdadera misión y conociendo los adelantos de la ciencia moderna, en sus varias y múltiples manifestaciones, despertaron el buen gusto y el amor y cultivo de las bellas letras. — Varona comenzó sus estudios filosóficos revelando una erudición y analítica atención y mira, que le colocan á una altura envidiable: el malogrado Gassie dejó entrever los rasgos de una inteligencia robusta, consagrada por completo á la indagación de la verdad: Cortina, Morales, Ricardo Delmonte y otros, imprimieron nuevas direcciones y tendencias á la oratoria y á la crítica histórico-literaria, y Govin, gran conocedor de los códigos, presentó, en diferentes cuadros jurídicos, los tesoros de saber que guardaba.

El autor de que vamos á tratar no pertenece precisa-

mente, por la fecha de su nacimiento, á la época á que nos referimos. Hizo sus primeras armas en la prensa, algunos años antes de la revolución, manifestando ser una esperanza para el porvenir. Resto de una generación que se extraviaba en las exageraciones de un romanticismo bastardo, se había salvado, gracias á su educación verdaderamente clásica, y entiéndase, que al decir clásica nos referimos á sus estudios de las literaturas griega y romana, estudios hechos con criterio propio y elevada inteligencia, no con preparado ánimo de aprisionar un pensamiento mezquino y pueril en una colección de reglas.

En efecto, Enrique Piñeiro, (y este es el nombre del autor á quien aludimos) esa esperanza que nos dejaba columbrar el sazonado fruto de una inteligencia varonil, viene hoy á nosotros con dos libros en la mano. El uno titúlase *Estudios y conferencias de Historia* y *Literatura,* y el otro lleva por epígrafe *Poetas famosos del siglo* XIX.

Con la brevedad que es consiguiente á una nota bibliográfica, vamos á dar cuenta de la primera, en justo cumplimiento al propósito nuestro de dar á conocer los hombres más notables de nuestra tierra. Nótase desde luégo en sus conferencias, que nuestro autor es un orador académico, y que huye con estudiado empeño de esos períodos, si bien brillantes y fascinadores, vacíos de ideas y conceptos, más propios para arrastrar las gentes indoctas que para cultivar la atención de las personas cultas é ilustradas. Su elocuencia es reposada y serena, como límpida laguna que retrata un cielo azul, y si alguna vez se riza al blando impulso de la brisa, no por eso pierde su transparencia primera. En los asuntos que trata busca el aspecto conveniente, y lo presenta á nuestra vista; no se enamora del efecto ampuloso de una palabra vibrante y sonora, sino que acierta solícito y afanoso con la expresión clara y correcta en que encierra sus conceptos, y, verdadero artista, colocando su cuadro á luz, nos guía al punto desde el cual es permitido contemplar

mejor las bellezas que le avaloran y distinguen. Interesante nos muestra la figura de Mme. Roland, de quien dijo Stendhal al recorrer las cercanías de Lyón: «por aquí poseyó una pequeña propiedad la mujer que me inspira más respeto en el mundo».

Pinta en patéticos períodos, la historia de sus espirituales amores con el girondino Buzot, cuando separada de su marido por los duros yerros de la prisión, se entrega á los deliquios de su amor, y su alma grande se manifiesta entera en las expresivas cartas que le escribía á su amante. «¿Pero, no comprendes tú (le decía) qué por lo mismo que estoy sola es contigo con quién estoy? El cautiverio me permite sacrificarme por mi esposo y conservarme para mi amigo. Ahora, gracias á mis verdugos, conciliados están mis deberes y mi amor. No tengas lástima de mí. Todos admiran mi valor; por fortuna ignoran mis alegrías.» Y esta mujer apasionada y vehemente, llega serena á la plaza de las ejecuciones, trás larga y dilatada prisión, consolando á un hombre débil que, condenado á sufrir la misma suerte iba junto á ella; y al apagarse su vida en manos del verdugo, exclama: «¡Oh libertad! ¡cuánto crímen cometido en tu nombre!»

Otra de las conferencias de Piñeyro más notable, quizá la que revela más profundo pensar y sereno ánimo, es la que dió en Santiago de Chile, en Abril de 1875, sobre los Estados-Unidos del Norte América, donde residió algunos años, familiarizándose con su lengua y costumbres, y comprendiendo los peligros que pueden presentarse en lo futuro á esta gran república, por los varios elementos de que se compone y los opuestos intereses de sus estados. La abolición de la esclavitud le arranca páginas en esta conferencia de grave indignación y generosos arranques, pero las consecuencias políticas de este paso no le ciegan hasta el punto que no pueda ver, en los primeros momentos, á los confederados proscriptos en su propia patria; indiferentes á la cosa pública; tristes y abatidos

al ver sus hogares desiertos y abandonados, amenazando ruína y publicando la miseria de sus antiguos y opulentos señores, mientras que allá en el Capitolio, cuyas bóvedas han devuelto tantas veces el eco de ardientes discursos en defensa del derecho de los Estados, contra las invasiones del poder central, se agita y ahulla una asamblea compuesta en su mayor parte de negros ignorantes, nombrados por millares de séres embrutecidos por siglos de degradación, y que han acudido á las urnas instigados y guiados por aventureros insaciables, resíduo de una raza infame, vestigio nauseabundo de la invasión y de la guerra. La explotación de los chinos en San Francisco ocupa sabiamente su atención, y no se escapa á sus fines el sórdido interés con que se les mortifica y persigue, y el mormonismo, extravagancia religiosa predicada por Smith, que en su principio se creyó secta numerosa y crecida y potente, encuentra en Piñeyro un narrador desapasionado y sincero, á la par que un espíritu fuerte y moral que rechaza sus pestilentes dogmas y costumbres. Pero, en medio de tantos inconvenientes, en esta trabazón de obstáculos y calamidades con que lucha la república y que tan brillantemente presenta á nuestros ojos Piñeyro, ¿puede deducirse con verdad que este autor condena á un porvenir de horrores á la nación norte-americana? No por cierto, y muy lejos de eso, señaladas las causas productoras de sus extraños vicios sociales, se entretiene en relatarnos sus grandezas y prosperidades, explicando estas por virtud y bondad de sus instituciones. Aquel puñado de hombres que en Philadelfia fundaron los cimientos de la gran república, crearon, sin duda alguna, una patria grande y generosa, que pudiera abrigar en su seno cien millones de habitantes, todos libres é iguales ante la ley. —¿Por qué no? se pregunta Piñeyro, terminando así una conferencia que bastaría sola para crearle una reputación envidiable.

Si fuéramos á detenernos en analizar una por una sus

conferencias é hiciésemos otro tanto con sus estudios, nos veríamos obligados á alargar con demasía este trabajo, que escribimos á toda prisa y sin pararnos á meditar lo escrito, porque nuestras ocupaciones no nos los permiten. Los diferentes asuntos de que trata, ya se detenga á estudiar las incestuosas causas del rompimiento del matrimonio de Byron; ya nos presente los tres poetas más notables de su tierra; ora estudie con minuciosa diligencia el Aristodemo de Luáces, y so color y pretexto de las representaciones de la Ristori, esa trágica insigne, con crítica al parecer ligera y fugitiva, nos retrata sus impresiones sobre las producciones que con tanto acierto interpretaba; ora dejando aparte las exageraciones de escuela, olvidándose del naturalismo frío y duro de Zola y las violentas y poco realizables manifestaciones en la vida práctica de nuestra sociedad, del *Rafael y Graciella* de Lamartine, en bella galería haga desfilar á nuestra vista á Feuillet, Stendhal y George Sand; ó bien ponga sus atinados reparos á Castelar, cuando á fuerza de su acostumbrado lirismo, se olvida de su verdadero objeto en el movimiento republicano en Europa; en todas las producciones, en fin, que forman este breve tomo, tendríamos que aplaudir la fuerza didáctica de Piñeyro, su criterio firme, resuelto y seguro; su amor sincero á la verdad; sin pasar en silencio su estilo majestuoso y digno, pulimentada y correcta vestimenta con que aprisiona y hermosea los altos vuelos de su pensamiento.

En su conferencia sobre Dante y su *Divina Comedia*, se muestra toda la plenitud de su talento analítico y profundo, considerando ese gran poema como monumento insigne que encerró entre sus cantos la aspiración suprema de una época grandiosa, dando vida, movimiento y calor á una patria turbulenta, despedazada ayer y repartida cual codiciado botín por las naciones vecinas, y regenerada hoy al impulso de las ideas modernas.

Enrique Piñeyro es joven aún. La obra que consagra á

los poetas fámosos de este siglo, merece capítulo aparte; pero nuestro vagar nos lo impide. Consagraremos, sin embargo, nuestro juício acerca de ella, en brevísimas palabras. El fondo del libro, excelente, salvo lo que se refiere á Espronceda, que es de todo punto injusto. El autor del *Diablo Mundo* ha hecho algo más que copiar la carta de D. Juan, é imitar á Beranger en su canción al cosaco. Pretender otra cosa es cerrar los ojos á la luz, y llevar á la serena región de la crítica racional y seria, los torrentes de ódio de la política. Esta es la verdad.

No echaremos en cara al autor la omisión que hace de algunos poetas de reconocido renombre y fama, porque la advertencia con que encabeza su libro le coloca fuera del alcance de esta observación. Lo que nos regala ahora no es más que un ensayo, dice; una primera serie. Luégo vendrá el resto.

En cuanto á la forma, ¿qué podremos añadir después de lo que hemos dicho? Hay algo, empero, que no queremos pasar por alto. La circunstancia de estar la obra impresa en el extranjero, le disculpa un tanto; pero no sabemos si esto podrá ser fuerza á que un quisquilloso purista deje de poner el necesario correctivo á algunas locuciones traspirenáicas. Cada cosa en su lugar.

II.

¿Hemos llegado al fin de nuestro trabajo? ¡Quién sabe! Tal vez se nos haya traspapelado, en este fárrago de notas biográficas y críticos escarcéos, el nombre de

algún poeta de mérito; acaso con la precipitación con que corre nuestra pluma, olvidemos al más garrido y frescachón de los bardos cubanos.

Salga, pues, de la oscuridad en que vive, por la indiferencia del público, el ilustre y célebre fundador de los *Cantos del Ciboney*.

Hemos dicho fundador y no autor, y no nos volvemos atrás. Lo que hizo Fornáris fué fundar un detestable género literario, que pugna con la razón, se dá de bruces con el buen gusto y atropella y maltrata la pobre lengua de Cervantes.

Cierto es que escribió mucho; pero mal. Fué máquina descompuesta de hacer versos: salían éstos de su pluma como brota el agua á borbotones de abundosa fuente.— Villergas al hablar de ellos, tituló su artículo: «Entre col y col...» ¿En donde mejor colocados? El título salió un epígrama y así lo entendió la gente que estaba en el secreto.

¿Tuvo verdadera nombradía y popularidad? En el período anterior á la revolución, su nombre figuró algún tanto entre el vulgo de nuestros literatos. Sólo Piñeyro se atrevió á llamar la atención pública sobre lo estupendo de su género favorito. Y no podía ser menos, tratándose de un hombre culto, cuya inteligencia se haya nutrido de buenas ideas estéticas.

Pero soplaron vientos de guerra en los fértiles y antes tranquilos campos de Cuba, y Fornáris se vió obligado á abandonar su país, fijando su residencia en la capital de Francia. En ella permaneció algún tiempo; después viajó por Italia y por otras naciones, hasta que la paz del Zanjón le abrió de nuevo las puertas de la patria. Ni la experiencia, sabia maestra de los años, ni la comunicación y trato con personas de valer en el extrangero, le curaron de sus antiguas aficiones; tornó á ser el mismo, con sus acostumbrados estribillos ciboneyes, tan inocentes y primitivos en su forma artística como intencionados en su

fondo político. ¡Pobre versificador! Si no fuera por las amistades que tuvo por la época en que brilló y la tendencia por demás separatista de sus versos, en Dios y en nuestra ánima juramos, que su nombre se hubiera perdido entre el murmullo del Bayamo, que en sus mansas aguas llevaría arrastradas al silencioso mar del olvido, los cánticos de su laud desafinado y descompuesto.

Entre el fárrago de sus obras hay tal cual asomo de belleza que la casualidad y no el talento depositó, para hacer resaltar con más fuerza lo desbarajustado de ellas. Valióse de voces indias, pensando que era necesario ese ropaje para ser un poeta popular. Quiso ser el Beranger cubano, y tropezó con su falta de aptitud, no acertando á hacer cosa de provecho. Brillante globo de jabón, que entretuvo por un momento la curiosidad de los chicos, y que al más ligero soplo de la crítica se deshizo, no dejando rastro de su paso.

*
* *

¿Pero no hubo más poetas en Cuba? ¿Dónde está esa falange que ocupa tantas páginas del *Parnaso Cubano?* Bien se está San Pedro en Roma, y ellos en su sitio. Realmente no hacen falta aquí para nada ni Orgáz, ni Roldán, ni Ramón Zambrana, ni Domingo Delmonte, ni otros más. Delmonte y Zanco no fueron poetas; como humanistas pueden y deben citarse con encomio; Iturrondo (Délio) Orgáz y Roldán no llegaron nunca á poseer el *quid divinum* de que nos habla el maestro; imaginaciones extraviadas, pagaron tributo al *afectismo*, y nada más. Manzano, fué el mejor de los poetas negros y el peor de los blancos; á su color y pelo rizo, y á su erudición de esclavo, debe mucha de la fama de que goza; los hermanos Gonzalez del Valle (D. Manuel y D. Zacarías) tienen otros títulos á la gratitud de los habaneros, para que vayamos á aquilatar su mérito, como discípulos de Apolo.

¿Necesiteremos citar á más gente menuda? Advertimos á cualquier trasconejado gacetillero, que nos eche en cara alguna omisión, que poseemos una biblioteca cubana bastante completa. Conocemos casi todas esas obras flamantes que ellos citan. Cuando empezamos á estudiar Retórica, nos arrullábamos leyendo los versos de Blanchié y de Luisa Molina. Entonces creíamos firmemente que la Isla de Cuba no carecía de literatura propia; pero eso nos sucedía cuando sólo teníamos quince años. Hoy ya es otra cosa. Somos más exigentes, y esperamos serlo cada vez más, con la ayuda de Dios.

¿Qué nos resta de Cuba poética? ¡Ah! Sí, nos resta Luisa Perez de Zambrana, carácter noble y elevado, que modula suaves y melódicas canciones llenas de sentimiento y de amor. Nadie, como ella, en Cuba, pulsó la lira con tan armónico ritmo y compás; la misma Avellaneda no tiene esa ternura de sentimientos, esa suavidad de afectos que la pobre Luisa.—De buena gana la dedicaríamos un artículo y relataríamos en él sus muchas y buenas cualidades para la lírica. Después de todo, nuestro trabajo no significaría otra cosa sino el aplauso sincero y entusiasta que arrancan á la crítica imparcial la virtud y el talento. Eso merece quién escribió los siguientes versos:

Mi noble amigo:
El delicado y generoso obsequio
commovida agradezco, mas no quieras
verme subir al pedestal que me alzas
con la vista inclinada, y con la frente
por tí ceñida de laurel glorioso,
teñida de rubor... no, amigo mio,
pinta un árbol, mas bien, hojoso y fresco
en vez de pedestal, y á mi á su sombra
sentada con un libro entre las manos,
y la frente inclinada suavemente
sobre sus ricas páginas, leyendo

con profunda atención ; no me circundes
de palmas, de laureles y de rosas,
sino de fresca y silenciosa yerba ;
y en lugar de la espléndida corona,
pon simplemente en mis cabellos lisos
una flor nada más ; que más convienen
á mi cabeza candorosa y pobre
las flores, que los lauros...
No me pintes más blanca ni más bella ;
píntame como soy, trigüeña, jóven,
modesta y sin belleza, y si te place
puedes vestirme, pero solamente
de muselina blanca, que es el traje
que á la tranquila sencilléz de mi alma
armoniza más bien ;... Píntame en torno
un horizonte azúl, un lago terso
y un sol poniente, cuyos rayos tibios
acaricien mi frente sosegada.
Píntame así : que el tiempo presuroso
los años hundirán con rauda prisa ;
y después que esté muerta y olvidada
á la sombra del arbol silencioso
siempre leyendo encontrarás á Luisa !

*
* *

Y ahora que tocamos al fin de nuestra tarea, solo nos queda que decir algo sobre el movimiento literario novísimo de Cuba. Prefijarle con exactitud es difícil en verdad. Muéstrase incierto y dudoso, sin rumbo fijo y determinado. — Varona se atrevió á señalar esta evolución de la lírica cubana. Tejera, Valera y Borrego, son sus corifeos, y al estudiar sus obras trata el autor en las « Conferencias filosóficas » de significar la nueva tendencia que imprimen en nuestra literatura. Cierto será, ya que así lo dice persona tan competente y discreta ; pero, con to-

da la consideración posible nos alejamos de esta opinión, y afirmamos, que ni Tejera ni los otros dos representan la *nueva era*. Francisco Sellen, vale, en nuestro concepto, bastante más que esos señores. Tradujo el Intermezo de Heine, de un modo admirable, y escribió y compuso versos, donde brillan el verdadero talento y la inspiración palpita y late y se manifiesta viva y grande.

Tejera es premioso en la frase: hay falta de arte en sus obras; su lenguaje no es limpio y los vuelos de su fantasía cortos y sosegados. Borrego y Zequeira, literariamente, se parecen á todo el mundo y no se asemejan á nadie. Hacen versos bien medidos; dicen en ellos *cosas bonitas*, no siempre bien dichas; pero de lo demás, nada. —¿Es el verso un ropaje? ¿es acaso un ideal para el arte? De ser cierto lo primero, podemos asegurar que estos dos autores andan por lo común muy bien trajeados; en una palabra, que tienen buena ropa.

Nos satisface más el crítico que los criticados. Varona escribió poemas y narraciones en verso, que valen mucho más que las rimas becquerianas de Tejera y las obras de Borrego. En otra parte de este libro dejamos consignado nuestro parecer acerca del autor de las conferencias filosóficas, y al repetirlo aquí de nuevo sentimos verdadera complacencia en añadir que ni siquiera tenemos el gusto de conocerle de vista. —Nuestro juicio por lo tanto no puede ser más imparcial ni más desinteresado.

Al dejar la pluma y poner la palabra *fin* á estas páginas, en vano evocamos las sombras augustas de Heredia, Milanés y Luáces. La patria de estos ilustres vates no da hoy más que poetas de menor cuantía. El mercantilismo reina y avasalla el corazón de sus hijos; ocúpanles hondos problemas de la vida social y política; parece como que pasó para aquella tierra el período del sentimiento, y que en-

tra ahora por la ancha vía de la reflexión. Sea en buena hora.

Los pueblos, como los individuos, tienen sus edades, como tiene sus estaciones el año, y si la primavera ofrece galas y esplendores á los ávidos ojos de los mortales, el verano no es menos hermoso y digno de fijar la atención en sus múltiples atractivos y bellezas, como el invierno y el otoño tienen condiciones y circunstancias que nos mueven á dulce contemplación y delicioso y consolador reposo.

Villa América 1884.



ÍNDICE.





